

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

GENIO de ESPAÑA

exaltaciones a una y del mundo
resurrección nacional



ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

GENIO de ESPAÑA

*exaltaciones a una y del mundo,
resurrección nacional*



SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

GENIO DE ESPAÑA

A la que me reintegró a mi mismo, es decir, a mi pueblo: al genio de España.

=====
ES PROPIEDAD
Derechos reservados
para todos los países
=====

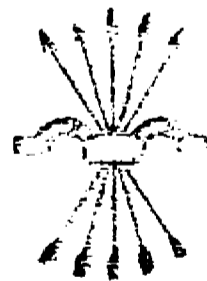
GIMÉNEZ CABALLERO

GENIO DE ESPAÑA

Exaltaciones

a una resurrección nacional. Y del mundo

(TERCERA EDICIÓN)



EDICIONES JERARQUÍA

1938

II AÑO TRIUNFAL

NOTA PARA ESTA TERCERA EDICIÓN (1938)

Esta tercera edición de *Genio de España* (compuesta y descuidada por mí hace más de un año) ya no es cosa mía. Va lanzada sobre el haz de nuestro pueblo, por el ímpetu nacional, creador y juvenil de la Falange Tradicional de España. De los Combatientes de esta Causa.

Lo que constituye la mayor gloria de mi vida. Porque cuando verbo y palabra encarnan en acción e impulso, la misión profética del predicador ha triunfado. Fecundamente. Entrañablemente.

Al traspasar yo las puertas de la España Nacional—recién escapado del Madrid rojo—y contemplar estremecido, loco, exaltado: toda una juventud, fusil al brazo, que alzaba su mano en alto como una flecha de nuestro símbolo, sentí que la muerte ya no me importaba.

Sentí: que ya España no podía concederme más.

Ni yo pedir más a mi Patria. Pero España ha sido todavía más generosa conmigo. Me ha concedido no sólo ver realizado el sueño hispánico de este libro, hecho carne y corazón, himno y triunfo de todo un pueblo, de toda una sublime juventud, sino que esta juventud y este pueblo se acuerden

de mí. Y me recojan de mi avanzadilla solitaria, de mi descubierta precursora. Y ondeen, como ondean sus banderas victoriosas, las páginas de este libro frente al azul del cielo de España; ese azul profundo, azul de amanecer en la noche, que ha impregnado de color emblemático nuestras camisas de combate.

Al entregarle esta obra a los Combatientes de España, les entrego un depósito sacro que no era mío: una Voz que me eligiera como trémulo transmisor, un día ya lejano. La Voz—histórica—de los mejores muertos que tuvo la vida de España. Una voz que traía tanta vida, que por ella están muriendo hoy—otra vez—los corazones más puros de nuestra nación.

* * *

En los tiempos herejes, demoníacos, liberales de la historia, creían, los hombres llamados poetas y artistas, que eran ellos los inventores de sus obras, como lo fuera Dios del mundo. Esos tiempos liberales, demoníacos y herejes, estaban encarnados, cuando yo escribí este libro, en los dos fautores máximos contra cuyas posiciones ensoberbecidas y artilladas desencadenó mi pluma su previa ofensiva: D. Miguel de Unamuno y D. José Ortega y Gasset.

Hoy, D. Miguel de Unamuno, el abuelo Unamuno, cuyo sentimiento trágico, agónico y cristiano de la vida le ganó, por fin, a nuestra causa,

duerme su sueño eterno de paz en su Salamanca —y ya nuestra—, desde donde nuestro corazón le ha vertido el cariño, la justicia y la filialidad póstumas que merecía.

En cambio, D. José Ortega y Gasset, último gran heterodoxo, de la actitud autónoma ante la vida, padece allá por los refugios de nuestra enemiga Francia, el castigo arcangélico de Adán: la expulsión del paraíso patrio. Ni con unos ni con otros. ¡Quién sabe si algún día su humildad, o nuestra piedad, le aliviarán del fuego que debe consumir sus entrañas en pecado!

* * *

Sí. Porque el pecado existe en el mundo. A fuerza de repetir maquinalmente por España, los labios que se decían católicos—que existía el pecado—, nuestro pueblo había dejado de creerlo. Y se había entregado al *Olvido* y a la *Soberbia*. A despreciar: *lo que fué*. Y a no creer: *lo que habría de venir*.

Ese “momento de pecado absoluto” de nuestro pueblo: es el momento patético—allá por 1931—en que mi palabra se echó a volar, a temblar, a gritar, por las páginas de este libro, como la de aquellos centinelas que sonaban campanas y encendían hogueras y excitaban al arma frente a la hueste arrolladora que nadie, sino estos vigías, columbraban.

En ese momento de pecado absoluto en que yacía España—1931—, no fué mía mi voz. Ya lo dije entonces: “Sé que mi labor tiene el estremecimiento del trance, de la visión sagrada, de lo religioso. Visión y palabras oraculares, donde el oráculo es lo que menos importa, y lo que más: la Voz en nombre de quien el oráculo habla. ¡Genio de España! Por eso no será extraño que esta voz la oigan con el tiempo millares de gentes, de corazones juveniles, sanos, ingenuos y desintoxicados”. Y así fué. Así ha sido. Oída esta voz. Entendida. Propagada. ¡Y triunfante, al fin!

Por eso, al entregarle a los Combatientes de España—a esos corazones desintoxicados, ingenuos, sanos y juveniles—esta Voz, les entregó algo puro y sacro que no es mío ni de ellos, sino en cuanto lo sigamos sirviendo con ardor y abnegación, con exaltación y con humildad: el *Genio de España*, la *Tradición* nuestra, la *Voz* de nuestros muertos. Es decir: el ansia de vida y eternidad que dejaron en el aire, en la tierra y en los mares originarios de España los que ofrecieron su propia perduración corporal a la perduración de una fe.

Del modo que ahora mismo—hoy, hoy—los combatientes que están muriendo por nosotros y enlazando sus vidas a las vidas de los que ya poblaban los luceros de nuestro antiguo cielo, vigilan el que su muerte sea vida y resurrección. Vigilan: el que su sacrificio resucite en gloria. Vigilan, arma al brazo, desde el firmamento español, para

que su sangre no se corrompa; para que los cuervos acechantes no se la beban; para que se haga con ella licor de vida y comunión total; para que se vierta esta sangre en el cáliz de España y todos—de rodillas—la adoremos. Que eso es ser cristiano e imitar a Cristo: dar la sangre para que alcance resurrección y pascua triunfal.

* * *

No es el valor más o menos histórico de este libro, lo que os entrego, españoles.

Es cierto que en él está en germen casi todo el *Material de guerra terminológica y conceptual de nuestro Movimiento*.

Hasta el punto de haber sido considerado este libro—dentro y fuera de España—como la *justificación espiritual de nuestra Causa*.

Es cierto que en este libro late un espíritu tan firme y profético que sus profecías son hoy ya: historia viva. Su fe: realidad española. Y su consigna final: “¡sed católicos e imperiales!”: una orden cumplida por nuestro pueblo.

Después de este libro surgieron muchos “profetas de circunstancia”. Porque cuando las cosas triunfan todos quieren ser *profetas del pasado*.

Pero es el porvenir lo que el vaticinador debe iluminar. Por eso estas páginas son el canto del amanecer de España: son la exaltación a la subli-

me Cruzada recogida, hoy, por nuestro providencial Caudillo Francisco Franco.

* * *

Yo os entrego, españoles, todo eso en este libro. Pero sobre todo os confío: la defensa de nuestros muertos españoles. La defensa de su vida. Y la fecundidad de su sacrificio.

Porque yo, que no os pediré nunca nada; yo, que no exigiré de España nada y me retiraré, humilde y lealmente, al puesto de combate que se me siga designando, sabría otra vez gritar y ponerme en pie y tocar arrebatado y levantar bandera de dolor y angustia en cuanto se intentara traicionar a nuestros muertos.

Y sabría blandir, como una antorcha de lucha y de incendio, aquellas palabras que un combatiente italiano pronunciara en días de peligro:

“Vosotros, falange innumerable de héroes que quisisteis la guerra; que fuisteis a la guerra sabiendo que andabais a la guerra; que fuisteis a la muerte sabiendo que ibais a la muerte... ¿no sentís cómo las hienas intentan desenterrar vuestros huesos y cómo hozan sobre la tierra empapada de vuestra sangre y se preparan a escupir sobre vuestro maravilloso sacrificio?

Pero no temed, espíritus gloriosos. Esa querencia, si ha comenzado, no terminará. ¡Os defende-

remos! ¡Aun a costa de cavar trincheras en las plazas y en las calles de nuestras ciudades!”

+ + +

¡COMBATIENTES de la Falange y de la Tradición de España! ¡Arriba los muertos! Ellos nos protegen y ellos nos vigilarán. Ellos—que son ya vidas eternas—y sólo ellos, harán que España suba a su cielo de gloria y de historia. A un Arriba divino. A que España alcance, victoriosamente, su genio.

Cogolludo. (Frente de Guadalajara, 1938.)

NOTA PARA LA SEGUNDA EDICION (1934)

Genio de España ha sido, en mi vida de escritor, el libro que me ha surgido definitivamente.

Desde el primer instante de producirlo sentí como un temblor augural, como quien ha hecho un hijo predestinado.

Los dos años escasos que han bastado para agotar la edición primera fueron para este libro una vía plena de acogidas entrañables, de apasionamientos y de egregias estimaciones. El mejor camino que un ser puede hallar en la vida: la fecundidad.

Pudiera aquí transcribir extractos benéficos de la literatura—en ocasiones: alta literatura—que ha merecido. Y hasta de la acción nacional que ha suscitado.

Pero ello tendría un aire vulgar e inelegante de reclamo y petulancia.

Baste esta sencilla nota de gratitud para los que atendieron al ardor y profecía de este libro. Y de esperanza: para los que sigan—aún—tras esa profecía y aquel ardimiento. Almas genuinas de España.

Madrid, 1934.

INTRODUCCION (1932)

Este libro es un libro muy sencillo. Con la sencillez de lo elemental. Escrito no sólo para que lo lean contadas minorías. Sino—para que su sustancia—pueda llegar al origen mismo de donde tomó este libro su propia sustancia: el pueblo, el genio de España.

Por eso, este libro tiene un tono que sólo a los pedantes parecerá pedante, pero como los pedantes son pocos, por fortuna, su tono parecerá al resto de españoles que lo lean, un tono religioso. Fervoroso, lleno de unción y de simpatía por ellos, tono de comunión con el genio de España.

Por eso mismo que es muy sencillo este libro, podrá parecer complicado a algunos. Pero sólo a aquellos que sean ellos complicados.

Por eso mismo que es muy fervoroso este libro, podrá parecer hereje a ciertas gentes. Pero sólo a aquellas gentes que sean ellas herejes. (La herejía frente a una herejía, es ortodoxia, otra vez.)

Por eso que este libro es muy ingenuo, gozoso y entusiasta, podrá parecer, a ciertos espíritus, malicioso, grave y seco. Pero sólo a aquellos espíritus que se han pasado, ellos mismos, de secos, graves y maliciosos en su comprensión de España.

Es cierto que este libro plantea la cuestión más fundamental para la comprensión de España.

Es cierto que este libro aborda la revisión—o recompreensión de España—a partir de la época en que España comenzó a dejar de ser comprendida y sentida.

Es cierto que este libro ofrece batalla, sin vacilar; y dispara, sin pestañear, contra tres siglos de bastardeamientos españoles, de fracasos materiales y morales de España.

Y que somete a crítica rigurosa—con el rigor de las intuiciones entrañables—a los índices espirituales más preclaros que ha tenido España hasta el presente.

Pero todo ello—si resulta heroicamente ambicioso—no ha de estimarse ni vano ni petulante. La paz moral y la sonrisa tranquila que el lector sano advertirá en el alma de este libro, le hará llegar a la conclusión única de que este libro lleva en sí: salud. (En el significado auténtico de salutación, de salvación.) Libro sano, este libro. Libro que por fin sale de “la atmósfera de hospital” en que los libros terapéuticos sobre la enfermedad de España, estaban oclusos desde muchos años.

Y como sano, este libro, muy propenso al contagio de alegría, de fe, de luminosidad y de esperanza.

Si este libro influye sobre los que lo lean no será para envenenarlos precisamente. Precisamente, todo lo contrario: para desintoxicarlos.

Este libro va contra todos los estupefacientes que han hecho de España un pelele sin pulso, sin sangre y sin moral superior en la vida.

Exaltaciones a una resurrección nacional lo subdenomino. Esto es: desintoxicación de drogas infames, con que se le ha llevado a nuestro pueblo, siglo tras siglo, año tras año, a una palidez de cadáver, a una agonía de moribundo.

Genio de España. Sí. Vuelta al genio de España. A la raíz genital de la esencia española. Regreso: a zahondar el corazón en el manantial genuino y secreto que corría por debajo de nosotros mismos, de España misma, sin que esta España sorda y triste de tres siglos últimos, oyese la voz de esa fuente, de esa vena, de esa maternidad, de esa genialidad.

Tripartido armónicamente, queda consagrada su Primera Parte a resumir, en elementales y seguros trazos, la Historia de nuestra nación. Sin pretensiones historicistas: pero con sabiduría de poeta que siente hablar por su boca la verdad mística, misteriosa, oracular, de su pueblo. Sabiduría poética, infantil y exacta.

Así como esa Primera Parte queda adscrita al signo de Unamuno—fautor penúltimo de esta España presente, índice de la generación del 98—la Parte Segunda, queda enderezada al sigma de Ortega y Gasset: último y grave doctor de la enfermedad española. Mi análisis de su “España inver-

tebrada”, mi inspección en su clínica famosa, resultará a algunos incondicionales del famoso maestro, irrespetuosa y hasta intolerable. Pero quien lea ese análisis mío, sin rijosidad, observará toda la nobleza respetuosa e implacable de que está ungido. Por pura nobleza, por puro deber, me he visto yo mismo obligado a sacrificar mi pura devoción hacia quien como Ortega, me ha venido nutriendo hasta ayer, de sugestivos mitos piadosos y adormecedores.

La Tercera Parte del presente libro, está destinada a la construcción y a las afirmaciones. A la aplicación inmediata, de mi intuición radical: de mi fusión con lo que yo llamo el genio de España. Parte mística, entrañable y leal—limpio el corazón de bastardías—donde mi alma canta sus cantos sionidas, sus almenas de una Jericó reedificada. Canta sus ¡“ARRIBA (1) los corazones, castillos de Castilla”! ¡Vuelta a resucitar el Mundo!

Como para mí esta labor de sentir el sentido de un pueblo no radica en la erudición, ni en la teoría, ni en ningún armadijo intelectual e inerte—sino en la Profecía, en la comunión de un alma

(1) Nota de 1938.—Este grito de “Arriba”—genuina creación de nuestro Movimiento—tuvo ya antecedentes precisos en “La Conquista del Estado” con la consigna: “¡Arriba los valores hispanos!”, publicada en su número primero (14 de marzo de 1931). También es de esa época—anterior a las J. O. N. S.—el grito de “España una, grande y libre”, inventado por Juan Aparicio. Así como fué Ledesma Ramos, en 1933, el que lanzó la consigna “Por la Patria, el Pan y la Justicia”, en la revista “J. O. N. S.” y en el semanario “La Patria libre”.

alerta con el genio callado de su pueblo—, sé que mi labor tiene el estremecimiento del trance, de la visión sagrada, de lo religioso. Visión y palabras oraculares, donde el oráculo es lo que menos importa, y lo que más: la Voz en nombre de quien el oráculo habla. ¡Genio de España!

Por eso no será extraño que esta Voz, la oyeran con el tiempo millares de gentes, de corazones juveniles, sanos, ingenuos y desintoxicados.

Nadie es profeta en su patria. Pero sólo de su patria puede serse profeta.

Nadie es profeta en su patria—entendiendo por esto que raramente agradece la patria la visión y alerta de los que, por ella y para ella, hablan.

Pero todo poeta, de su pueblo, sólo puede serlo de su pueblo. Aun cuando el olvido de ese pueblo caiga sobre él como la noche sobre el cantar de un ave.

Mas al poeta que siente su patria, eso no le importa. Porque sabe la humildad religiosa a que toda poesía verdadera obliga.

¡Si un pueblo avanza en marcha cerrada y unánime tras un signo, el que lo trazó sirviendo a ese pueblo, también es pueblo, también marcha, a su vez, en comunión y salvación total!

Lo importante es marchar. Lo importante es despertarse. Lo importante es que un pueblo sienta su propia genialidad y, como sobre un río majestuoso, bogue en la barca, oportuna, que le ofrezca cualquier humilde y modesto barquero.

1932.

PRIMERA PARTE

LOS NIETOS DEL 98

(NOTAS A UNAMUNO)

I

FILIACIONES

Unamuno—en sus últimos escritos y discursos—solió aludir frecuentemente y con ternura digna de sus años—venerables—a los “nietos del 98”. Pero con desvarío, sin duda debido a esa ternura, solió situar tal nietez allá por los años futuros de la nana, cuando la tierra esté comiendo, no ya a los abuelos, sino a los hijos de los hijos de esos abuelos.

Aunque la herencia del 98 no sea precisamente un patrimonio de felicidad que repartirse, conviene ya precisar—de una vez para siempre—a quiénes corresponden tales particiones.

Por cronología mecánica, biológica, los “hijos del 98” tuvieron que ser aquellos intelectuales españoles de la preguerra y guerra europea; los que desde mil novecientos y tantos a mil novecientos veintitantos fijaron su “filiación” en libros, revistas y periódicos de todos conocidos.

(“Hijo del 98”—primogénito—fué D. José Ortega y Gasset. El cual bien se cuidó de testimoniario, piadosa y reverencialmente, al colgar en sus primeros escritos los retratos o manes de un Baroja, de un “Azorín”. Y las primeras discrepancias—de un tipo netamente filial—con el patriarca de Salaman-

ca, “morabito insigne”. Y al encender un cirio sobre el lar del bisabuelito Larra.)

Por tanto, los “nietos del 98”, los hijos de esos “hijos del 98”, cronológicamente tendrían que ser aquellos escritores españoles cuajados en la postguerra. O sea: la generación que, por su edad, pudiese llamar “abuelo” a Unamuno, sin que Unamuno por ello se ofendiera. Y “padre” a cualquiera de los hijos de aquellos padres.

Somos muchos de estos escritores españoles de postguerra, los que nos sentimos posibilitados para aceptar esa nietez del 98, cronológicamente hablando.

LA HORA DE LAS ALMAS NIETAS

Pero en la vida intelectual de las generaciones de un pueblo no todo es cronología mecánica.

No basta ser hijo de su padre, ni nieto de su abuelo, para aplicarse una ley de herencia espiritual (1).

(1) Nota de 1938.—La “generación” como unidad histórica, es uno de los tantos errores en que ha incurrido el progresismo liberal, defendido entre nosotros por Ortega y Gasset.

Una generación, por el hecho de suceder a otra, no es mejor ni peor que la anterior ni que la subsiguiente, sino en cuanto interprete el genio del país donde se dé—con mayor o menor grandeza, con mayor o menor voluntad de destino.

Por eso los hombres de una generación sólo van ligados entre sí por nexos miméticos, mecánicos, vitales, y, en último término: sin importancia. (El modo de llevar el bigote, de haber asistido a las mismas funciones de teatro o viajado en la misma forma de tranvía.)

Yo no puedo hacerme solidario de gentes de mi generación que luchan contra mi causa desde la otra trinchera. Con el comunismo, la democracia, el

Me consta que a muy pocos, por no decir ninguno, de esos nietos automáticos del 98" les interesa asumir tal nietez. Ninguno, excepto yo.)

Aun recuerdo el primer artículo de José Bergamín publicado en "La Gaceta Literaria" el 1.º de febrero de 1927, y titulado "La literatura difunta", que empezaba así: *"Dijo "noventa y ocho", y, al decirlo, su voz doblaba a muerto, lánguidamente, como una campana"*. (¡Y Bergamín era de los que iban más a comer y jugar a casa del "abuelito"!)

intelectualismo y el Frente Popular, yo no tengo raíz alguna de mi ser que participe. Y sin embargo, allí están gentes de mi misma edad, gentes que han sido amigas mías, y hemos tomado café juntos, y fumado la misma marca de cigarrillos. No. No es la generación la unidad histórica. Sino el **ciclo espiritual**. La generación es lo fugaz, lo efímero: la **moda** y no el **modo** histórico. La "generación" es una entidad vitalista, mecánica, deshumanizada. Es: un concepto materialista de la historia. Es un concepto: **rojo**.

Por tanto, no hay jefes de generaciones. Sólo existen: **conductores de ciclos espirituales**. (Guías. Alumbradores. Capitanes.)

Yo siento que estoy unido en mi voluntad de destino, en mi ciclo creador, no ya a los falangistas o fascistas o nazis de hoy, sino a un San Ignacio, a los franciscanos, a cuantos han hecho "nuestra guerra". A cuantos han sido en la historia de nuestro bando.

El ciclo espiritual es como las carreras de equipos: es la transmisión de una señal, de un fuego eterno y sacro a través del espacio y del tiempo. Es el mismo combate que se reanuda—tras años o siglos de armisticios o derrotas—hacia un ideal siempre absoluto de triunfo.

La sustancia de este libro mío, "Genio de España", sé que es eterna. Y que el **modo de ser** que aborda este libro no pasará para España, nunca, de moda. Aunque de moda pase el leer este libro un día. Ese día en que lo aparte de sí una generación degenerada de españoles. Unas malas castas de gentes que pueden sobrevenirnos otra vez. Pero siempre de entre esos **descastados** saldrá un rebelde, un sano, que lo extenderá como un painel de enlace para otro futuro. ¡Más olvidados y desuetos tipos que los carlistas hace unos años no había nadie en nuestra patria! Y, sin embargo, su aparente arcaísmo de ayer se ha convertido hoy en una novedad insospechada, mágica, misteriosa. Cada ciclo espiritual tiene su hora y tiene sus Combatientes. Y éstos no mueren. Se reanudan y enlazan a través de las edades. La muerte se hace vida. Y la vida, al morir, resucita.

También—y esto hace poco—un grupo de jóvenes unamunidas (Sánchez Mazas, Mourlane y Montes) se desaforaba ante mi tesis de que estábamos hoy en el último 98 de España. De que el 98 acababa de renacer en España por última vez. Y de que era la hora de sus *almas nietas*.

Ya sé que esa opinión de que “el 98 es cosa putrefacta y superada” la comparten todas las juventudes actuales de España, todos los nietos cronológicos.

Pero también sé que el verbo “superar” es el tranquilo más fácil de que viene disponiendo la intelectualidad española desde el Renacimiento; verbo pedante y progresista, el de “superar”, que me hace, cada vez más, ponerme en instintiva desconfianza contra el que lo pronuncia.

Porque también uno creía haber “superado”, no ya el 98, sino el 1915, y hasta el 1930... Y, sin embargo, la realidad obliga a reconocer que aun lo más pretensamente superado torna de pronto como enorme y feroz novedad ante uno; que cuando se cree terminar con todo no se hace sino volver a empezar todo...

A mí no sólo no me avergüenza sentirme “98” nieto del 98, el último “98”, sino que me parece un deber justificar esa nietez, poniendo en claro para siempre la herencia ante notario. Ya que la tal herencia era simplemente un “grito”.

El grito frente a la destrucción de España. El

grito frente al fantasma de España. El colofón, frente a lo irremediable de España.

“El 98” es ese grito desesperado que—sordamente—se inicia en la paz de Münster (1648), en pleno siglo XVII de España, y, rodando y creciendo de siglo en siglo, de fracaso en fracaso, como puntualizaré, termina en este desesperado grito insistente y rotundo que en 1931-2, vine lanzando desde mi *Robinsón Literario* (1), desde mi isla española.

II

LOS TRECE PACTOS DE ESPAÑA

Porque yo me considero hoy nieto del 98 sé lo que significa esa fecha en la historia de España. Y conozco su simbólica. Y, lo más importante: que el 98—el desastre colonial de la España de 1898—

(1) **Nota de 1938.**—El “Robinsón Literario” fueron seis números de “La Gaceta Literaria” redactados exclusivamente por mí mismo, ya que aquella revista—al llegar la República democrática en España—quedó abandonada como un buque torpedeado, en el que sólo el capitán resistió.

De “La Gaceta Literaria” (1927-1932) surgieron las dos juventudes espirituales que cuajarían el porvenir de España. Los Comunistas y los Fascistas. Precisamente por haber yo enarbolado la bandera romana, católica, tradicional para España—quedé aislado, robinsonizado, en esa isla de papel. Pero en esos seis números—hoy difícilmente encontrables—están los cimientos íntimos y preparatorios de este libro. Está la base social de lo que yo llamé un “sindicalismo nacional” o nacional-sindicalismo, que hoy ha triunfado ya en la acción y en la historia de España.

Creo que el investigador futuro de las raíces espirituales de nuestro Movimiento deberá consultar “La Gaceta Literaria” con su final del “Robinsón Literario”, para tener datos justos y precisos del presente hispánico.

no fué más que el *penúltimo 98 de España*. Ya que el primero se diera en el siglo XVII. Y el último hace poco más de un año, en pleno siglo XX y nuestro.

* * *

El primer 98 de España: fué el de 1648. El del 15 de mayo de 1648. Cuando se firmó aquel primer pacto entre España y Holanda, por el cual perdía ya el “vertebrado” Imperio de España sus primeros miembros: las Provincias Unidas y las colonias asiáticas de los holandeses.

(Aun guarda mi memoria la angustiada visión de aquella Friedensaal: una mañana, en el Rathaus de Münster. Aquel cuadro de los plenipotenciarios españoles—perilla, melena, faces calderonianas y dos dedos juramentantes, alzados sobre una mesa—. Aquellos tristes rostros, graves rostros de españoles que —en su grito ahogado, de vencidos—inauguraban el primer 98 de España, pintado por el westfaliano Floris.)

El segundo 98 de España: fué el de 1659. En que la “vertebrada” España perdía su Artois. Y el Luxemburgo. Y plazas de Flandes. Y el Rosellón. Y la Cerdaña. Y los derechos a Alsacia. Quedando el Pirineo por frontera de Cataluña.

(Esa islita turística, queridos automovileros y viajeros, de la frontera bidasotarra. Esta islita de los Faisanes. Hoy refugio de aburridas miradas aduaneras, carabineras. Esa islita de la Paz de los Pirineos, cercada de patos y de anzuelos hoy. Y siempre de esta pregunta: ¿Cómo pudo España perder tanto sobre tan poco? ¡Diminuta y trágica islita—Faisanes sin faisanes—bidasotarra!)

El tercer 98 de España: fué el de 1668. 13 de

febrero de 1668. En Lisboa se firmó el Pacto por el que Portugal se nos desgajaba para siempre tras casi un siglo de convivencia hermana. Y con Portugal sus inmensos Dominios. Menos Ceuta.

(Lisboa y el Acho ceuti; testigos de aquel Pacto se miran, sin verse, por encima del Estrecho, todavía. Yo he contemplado aún—tierras berberiscas—los vestigios portugueses de aquella fraterna colaboración: viejas atalayas desmanteladas.)

***El cuarto 98 de España:* fué el mayo de 1668. La “vertebrada” España perdía Charleroi, Binch, Ath, Donai, Commines, Tournay, Oudenarde, Lille, Armentieres, Courtray, Beranes y Furnes. En secreto, Luis XIV y el emperador Leopoldo pactaban un reparto de España.**

(Aqua-grani la llamaron los romanos. Era ya una estación termal. Aachen la llamaron los alemanes. Aix-le-Chapelle, los franceses. Aquisgrán, nosotros, españoles, los del Pacto de Aquisgrán, 1668. Los perdidosos de esas ricas ciudades francas que dejan hoy—ventanilla del tren al transitarlas—su olor a lluvia, techos de pizarra, acordeón y melancolía.)

***El quinto 98 de España:* fué el de 1678. 17 de septiembre de 1678. Pérdida del Franco Condado. Y urbes de Valenciennes, Bouchain, Condé, Saint Omer, Iprés, Warwick, Cassel...**

(Ciudad carolina y anseática: Nymegen. Nuestra Nimega, la del Pacto 1678. En su “Stadthuis” como en el de Münster, aun se ven los pintados bultos de los exarcas, de los pactantes de aquel quinto Pacto: quinto 98 de España.)

***El sexto 98 de España:* fué el de 1713. 11 de abril de 1713. La “vertebrada” España dejaba estas**

vértebras en el osario: Gibraltar, Menorca, Estados de Flandes. Dejaba todas sus posesiones de Italia (menos Sicilia). Y la colonia del Sacramento, en América.

(Utrecht: visión nevada de Utrecht. Carillones sobre el Oude Gracht y sobre el Nieuwe Gracht. Aquí nació nuestro Papa Adriano. Y aquí nuestro Carlos V construyó su Vriedenburg. Y aquí se selló el Pacto aquel del Taciturno contra la unidad de nuestro Imperio. Y aquí se desarrolló la doctrina del obispo de Iprés, Jansenio, contra la unidad de nuestra conciencia. Y aquí nos despojaron de Italia y de Gibraltar... Aquí—Utrecht—horas de nieve, horas de Noel: mis amigos hispanistas queriendo alegrar mis memorias al son de carillones sobre el Oude Gracht, y de villancicos (¡stille Nacht heilige Nacht!) sobre el Nieuwe Gracht. Y poesía de canales helados. Y tulipanes entre cristal. Y copas de vino renano, de oro.)

***El séptimo 98 de España:* fué el de 1763, consecuencia del Pacto familiar del 61. España abandonaba sus derechos terranovinos. Y la Florida. Y el fuerte San Agustín. Y Panzácola. Y territorios del Mississipi.**

(París-Madrid, Luis XV. Grimaldi, Choiseul. Una reina de Sajonia: Amalia. Un pintor aun más extranjero y empelucado: Mengs. Un ministro inglés: Pitt. Un reyecito ilustrado por la Francia: Carlos III. Todo ello un "affaire de coeur". Baraja francesa. Le roi, la dame. Le valet. Pique. Trèfle. Carré. Et coeur. Un affaire de coeur. Vive l'Espagne!)

***El octavo 98 de España:* va de 1792 a 1795. Pérdida del Oranesado (Orán, Mazalquivir, Tlemecen). Y pérdida de Santo Domingo.**

(¡Todo el Oranesado! ¡Aquella conquista fundamental de Cisneros (1505-1509); aquella conquista, sagrada para nuestra defensa nacional, soñada y dictada por los Reyes Católicos, como única política africana de España! ¡Mauritania cesariana! ¡Argel, de Cervantes! ¡Berbería nuestra que aun hoy habla español! Los masones Aranda y Floridablanca, preparan la traición al servicio de Francia, para provecho de Francia.

Basilea; el sur del Rin comienza a recibir en sus ciudades, como Holanda en las suyas—norte del Rin—, paces y pactos. Pacifismos. Ginebrismos de España. Derrotas de una cultura mediterránea y católica. Godoy. Basilea. Y allá, por el océano, Santo Domingo; nave a la deriva; desanclada, lejos...)

El noveno 98 de España: fué el de 1800: la Luisiana. La Luisiana para los franceses.

(San Ildefonso: versallismo. Verano. Carlos IV. ¿Corren las fuentes? ¡Lloran las fuentes de La Granja!)

El décimo 98 de España: 1802. La Trinidad en las Antillas.

(Las naranjas cogidas en los fosos de Olivenza, por el favorito, para la reina chula: la María Luisa. Los gajos de esas naranjas: Amiens. Amiens, la ciudad gótica y sin azahar. Pacto de Amiens, sin azahar: isla de la Trinidad.)

El undécimo 98 de España: no tiene fecha precisa. Tiene fechas anchas y terribles; tan anchas como la América, que se escapaba. Fechas desde 1810 al 1825. Un 98 de quince años; un 98 lleno de innúmeros 98.

(Ese 98 innumerable se llamó: Miranda, Bolívar, San Martín. Se llamó Boyacá, Tucumán, Carabobo, Córdoba, Pampa de Junín. Se llamó: Ayacucho, diciembre de 1824.)

El duodécimo 98 de España: es el famoso, el vulgarizado, el de los hombres del 98; el 10 de diciembre de 1898. París. El de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Marianas, Carolinas y Palaos.

(En torno a una mesa de café, Madrid, provincianos. ¡Todo era mentira y farsa! ¡Subvirtamos los valores! La Voluntad, Camino de Perfección. La comida de las fieras. Unamuno. Maeztu. Benavente. ¡Abajo el Quijote! Costa. ¡Siete llaves al Cid! Baroja y Azorín. ¡Viva la Voluntad y Nietzsche! Campañitas de bazaros generales en Marruecos.)

Y el tredecésimo 98 de España: ¡Ah! el preludio del tredecésimo 98—último 98 de España—se llamó “1921”. Y ese preludio ya lo pude interpretar yo. Se llamó: “Annual”. Se llamó: “Berenguer”.

(Mis “Notas Marruecas de un soldado”, mi primer vaticinio, el grito de “último 98”, que apercibieron mis abuelos en sus comentarios, viendo en aquel “soldado” su legítimo nieto.)

Pero el final de ese preludio es ese final: agosto de 1930. Pacto de San Sebastián.

Y ese grito final, de cisne español—nieto del 98—, es este que vengo contando, cantando.

(14 de abril. La farsa—que no fué farsa—se acabó. El residuo final de España se disuelve y pulveriza dentro de la misma España. Rey, Aristocracia, Iglesia, Ejército, Lengua y Unidad. Una mesita en aquel despachito de aquella calle de San Sebastián: Círculo Republicano. El último 98: el número XIII de España. Alfonso XIII se va. El vertebrado Imperio, la integrada España, 14 de abril: un solar en derribo.)

III

EL CONCEPTO DE "98"

El concepto de 98—utilizado para calificar la “generación” espiritual de españoles que se agrupara en torno a la fecha de 1898 (o fecha de la liquidación Imperial de España) (1)—, lo hemos encontrado reiterándose trece veces a partir de la unidad nacional de 1492 (I, 1648; II, 1659; III, 1668, febrero; IV, 1668, mayo; V, 1678; VI, 1713; VII, 1763; VIII, 1795; IX, 1800; X, 1802; XI, 1810-25; XII, 1898, y XIII, 1921-31). Trece etapas en la “destrucción de España”, que diría un nuevo cantar de Rodrigo.

Pero lo que nos ha de importar en rigor señalar son: no tanto esas trece consunciones como “la conciencia hispánica” que despertaron; no tanto esas trece numéricas alarmas como sus “reflejos espirituales” en el alma de España. Dicho de otro modo: lo que nos importa señalar es el “grito” de

(1) **Nota de 1932.**—El nombre de 98 aplicado a esa generación no está todavía claro quién lo dió. R. Gómez de la Serna afirma que fué Ortega y Gasset (“Azorín”, ediciones “La Nave”, página 86); Rafael Marquina denunció que fué Gabriel Maura (“La Gaceta Literaria”, núm. 99, 15 de febrero de 1931); Werner Mulertt y A. Cruz Rueda, en su estudio sobre “Azorín” (Biblioteca Nueva, 1930), incluyen este concepto sin precisar su progenitura.

un alma nacional al sentir entrar en agonía su cuerpo histórico.

Frente a esos trece calvarios, ¿cuál fué la actitud del espíritu hispánico, representado por los vértices anímicos de las generaciones coetáneas?

EL CONCEPTO DE ESPAÑA

¿Existía un concepto nacional sobre *España* antes de 1492? ¿Antes de que España se integrase en su perfección unitaria? ¿Antes de que España llegase a ser totalmente *España*? Dicho de otra manera: ¿cuál fué la trayectoria ascendente del nacionalismo español? Se habla hoy tanto de nacionalismo en España y tienen los jóvenes españoles tan pocas ideas sobre ello, que vale la pena de precisar los datos. (Confieso que toda mi labor robinsoniana es como la de un laboratorio monacal para aportar este utilaje, lejos del mundanal ruido político.)

* * *

Puede afirmarse que los pueblos prerrománicos ibéricos entregaron a Roma, invasora de España, un cierto concepto de unidad. *Hispania* fué ya para Roma algo más que una expresión geográfica.

Pero la primera expresión unitaria y nacional no la encuentran los españoles hasta la Monarquía gótica. Hasta entonces puede decirse que los 98 se

sucedieron a cada invasión extranjera. (98 fué la invasión fenicia, y la griega, y la cartaginesa, y la romana, y la germánica.)

En el siglo VII, San Isidoro escribe las primeras afirmaciones nacionales que recogería luego el juglar del Cid en el siglo XII, un Alfonso “el Sabio” en el XIII, un poema de Fernán González en el XIV y un Nebrija en el XV.

“*España es hermosísima... ¡Oh sacra España!... ¡Oh madre España!...*” (Pulcherrima es, o sacra semperque, felix principium gentiumque, mater Espanna) escribe Isidoro el sevillano.

La invasión árabe es un nuevo 98 de España. El concepto de España casi se borra. Pasando a ocupar su sitio el “Andalus” mahometano. España no es España: es Córdoba la jalifiana.

Pero el concepto nacional no se pierde: como un anillo nibelúnguico queda entre los dedos de los cristianos godizados y refugiados en la montaña. Alfonso III pone en boca de Pelayo, refiriéndose a Covadonga, esta consigna mágica: “*Espaniae salus*”.

En el siglo IX, en el *Cronicón del Albendense* —dice Menéndez Pidal al estudiarlo—, percíbese la unidad de *Spania*, hija de Roma, descendiente de la Monarquía goda e informadora de la Monarquía leonesa.

En el siglo X, al colaborar Navarra en el reconquistar de León las tierras a los moros, este concepto de España se afianza.

En el siglo XI, este concepto queda definitivamente afianzado al firmarse Alfonso VII en los documentos "Imperator totius Spaniae". Y, sobre todo, al recoger este sentido integrador, regio, el gran Rodrigo Díaz, el Cid, el Señor, el primer dux, o duque, o dux, de la futura España grande. En el siglo XII, el poeta de Medinaceli se encarga de proclamar eviternamente que "*a todos alcanza honra por el en que buen hora nació*".

En ese mismo siglo, Alfonso VII, muerto en 1157, ensaya un Imperio panibérico traspasando los límites pirenaicos. Es la primera *expansión del concepto de España*.

Pero la ingerencia romana de Gregorio VII ocasiona una pérdida de sentido nacional al servicio de la idea genérica de cristiandad.

En el siglo XIII, Alfonso X "el Sabio" centra en Toledo lo que podría llamarse "el meridiano cultural de Occidente". Y en aquel meridiano hispánico redáctase la *Crónica general*, donde el *concepto de España* se reanuda y se ensancha con nuevas y claras afirmaciones: "Esta Espanna que dezimos tal es como el parayso de Dios. Es generosa, atrevida, mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al sennor, afincada en estudio, palaciana en palabra, cumplida de todo bien. E sobre todo, Espanna es adelantada en grandeza e más que todas preciada por lealtad".

En el siglo XIV, D. Juan Manuel estima a los españoles como "mártires de la guerra". Y el poe-

ma de Fernán González pide a Dios que por nuestros pecados no destruya a España.

Pero España ya no se destruye. Consolida su edificación.

En el siglo XV, Nebrija pronuncia ante los Reyes Católicos estas solemnes, maravillosas palabras: *“Los miembros e pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron e ayuntaron en un cuerpo e unidad de reino. La forma e travazón del cual, así está ordenada que muchos siglos viviría e tiempos no la podrán romper ni desatar”*.

Los Reyes Católicos acababan de fajar la unidad de España con su *fajo* o *fascio* de flechas y bajo su simbólico *yugo. Haz y Yugo* (1). “La tra-

(1) **Nota de 1934.**—El *Haz* y el *Yugo*—símbolo unitario de los Reyes Católicos—fué propuesto por mí en 1928-9; “Carta a un compañero de la Joven España”, en mi libro “En torno al casticismo de Italia”, como signo nacional de futuridad. La idea fué recogida por Ramiro Ledesma Ramos en *La Conquista del Estado* (1931). Y dibujado por el carlista Roberto Escribano Ortega que fijó en cinco el número de flechas para que fuesen radiales al yugo, situado en la intersección del haz. Pasó a las J. O. N. S., y actualmente a *Falange Española*. Es hoy el emblema del naciente movimiento fascista, *hacista*, en España.

Nota de 1938.—Este emblema de nuestro *Haz y Yugo*, que hoy agrupa a los combatientes españoles, a toda la España nacional: y está incorporado al escudo de nuestra patria, tiene su origen histórico (como dice mi nota anterior, de 1934) en la emblemática de los Reyes Católicos, de donde lo tomé y lo propuse, con lucidez inspirada, hace casi ya unos diez años. Ahora, hecha la nueva fortuna nacional de tal símbolo, he querido indagar sus orígenes anteriores, su última raíz mística. ¿De dónde lo tomaron a su vez los Reyes Católicos? ¿Fué sólo un signo cortesanesco de amor? ¿Fué sólo la F de flechas para significar Fernando a la reina y la Y de yugo para expresar Isabel al rey? Yo creo que hay un sentido ulterior y esotérico de unión de reinos. Y de yugo de rebeldes. Los Reyes Católicos a través de sus “reyes de armas” o heraldistas; y de los Humanistas italianos que regentaron su cultura (Marineo Siculo, Prieto Martir), procedentes del Nápoles imperial y renaciente de nuestro Alfonso V “el

bazón así estaba ordenada para que viviese muchos siglos”.

Pero esa *trabazón*, ese concepto de España, iba a destrabarse en trece caídas. Trece fechas desatadas del místico yugo. Los trece noventa y ocho de España que hemos señalado. Trece fechas como trece hojas de un tallo, cuya percusión y roce sobre el suelo del alma nacional producirían las emociones agónicas que vamos a señalar.

Magnánimo”; y a través de nuestros renacentistas castellanos, como Nebrija, ese emblema debió ser adoptado de la simbología numismática del signario greco-romano que puso en moda el Renacimiento. En efecto, en monedas imperiales aparece el **Haz alado**. Haz de rayos, flechas radiantes, yugadas por alas. (*Cum quatuor telis ignitis et quatuor alis.*) Sobre todo, en monedas de nuestro Trajano. (*Imperator Caesar Traianus Augustus Germanicus Dacicus Parthicus Pater Patriae restituit.*)

El **Yugo con haz de espigas** está también en monedas acuñadas en cecas turdetanas: como en un sextercio de Obulco, puesto por ejemplo. El **Haz alado** era el símbolo del Cesarismo. Del Imperio. Del Poder. Es decir: de Júpiter. Símbolo divino, fulgurante, fulmineo. Por tanto, un símbolo de raíz aria. He ahí, cómo este emblema de remotos orígenes arios—escuchadlo, amigos germanos—fué la divisa de la **Roma imperial**. Y pasó a nuestra Bética.

Al cruzar por tierras de Jerez—hacia el frente andaluz—y contemplar nuestro **Haz y yugo**, el de nuestra Falange Española y Tradicional, floreciente en campos, cortijos y ventas del camino, me pareció ya verlo de otro modo. Alucinadamente. Como una planta mágica, como una flor surgida de la entraña misma de aquel paisaje. Me pareció el signo natural—y místico—de la España romana, ligada por sus venas de ríos, minas y mares, al riñón divino de Júpiter, de Zeus. Al mismísimo Dios. Me pareció, ese signo, el auténtico emblema del Genio de España.

Sin embargo, el futuro signo del próximo imperio hispánico será no el águila unicéfala de San Juan, solamente unitaria, sino la imperial o bicéfala que mira a Oriente y Occidente—como en Carlos V—, coronada por la Cruz universal de Cristo.

IV

El concepto de “España” hemos visto que tiene una trayectoria ascensional hasta el siglo XV, desde la vaga unidad geoétnica de los prerromanos hasta la afirmación imperiosa de Nebrija; desde la España deshacinada de nuestra Edad Media hasta la “travazón” en haz de los Reyes Católicos; desde los “cinco reinos de España”—“las Españas del XIII”—, hasta el vértice (1) de 1492.

El vértice de 1492 fué como la cima ideal a que aspiraran durante siglos los anhelos nacionales de San Isidoro, del Cid, de Fernán González, de Alfonso el Sabio, de D. Juan Manuel; es decir, de todas aquellas generaciones espirituales en cuya conciencia se reflejara un ansia unitaria por los “miembros e pedaços de Espanna”.

MÁXIMA ESPAÑA, YEMA DEL MUNDO

Esa conciencia verticilar que simboliza Nebrija en el siglo XV perdura por más de un siglo.

El español del Quinientos y parte del Seiscientos goza la serenidad y el orgullo de su máxima-

(1) Nota de 1938.—La palabra “vértice”, “verticilar” es otro término que me interesó propagar para la nueva terminología del Movimiento. Así se llama —“Vértice”—una de nuestras revistas actuales más ricas y ambiciosas.

lidad en el mundo. Y así lo expresa con tono apologético y providencialista.

“España se creyó el pueblo elegido de Dios”—comenta Menéndez Pelayo.

Sí. El teólogo, el místico hispano identifica el destino de su patria con las profecías bíblicas, divinas. Y reconoce en esta Máxima España suya, extendida por toda la tierra, y en esta lengua compañera del imperio, la encarnación de Israel y de Roma: de lo divino e imperial de la Historia.

Para Herrera, el de Lepanto, España es el “pueblo de Dios”.

“En toda la tierra se oyó su sonido, y hasta los confines del mundo se oyó su voz”—se dice parafraseando a David.

La Profecía LX de Isaías se cumple en Felipe II. Y también aquella otra de los Proverbios: “Thronus ejus in aeternum firmabitur”.

“Los españoles dilatan la fe católica, oficio y prerrogativa que tenía el pueblo de Dios escogido”—afirma un historiador secentista.

El Presagio del Antiguo Testamento se verifica en la Monarquía hispana. Y también el destino virgiliano de Roma: “Imperio sine fine dedi”.

“Ya es llegada la edad dichosa que promete el cielo”. Una grey y un Pastor solo en el suelo.

“Por suerte a vuestros tiempos reservada”—advierte el poeta a Carlos V.

“Nosotros nacimos para mandar”—asegura Gracián.

“Es España yema del mundo”—asegura Guzmán de Alfarache.

“¡Madre de las naciones!”—asegura Cervantes.

“España, en virtudes, envidia de las demás naciones”—asegura Hurtado de Mendoza.

“Decir español es decir caballero”—ecuaciona Lope.

“No hay bestias ni hay vulgo como en las demás naciones”—observa, agudo, “El Criticón”, adelantándose así a la observación de Keyserling de que en el español genuino no existe el proletario.

El español ha nacido para mandar y no ser proletario.

“Los españoles en Indias no aran ni cavan”. “Morirán antes de hambre que ponerse a un oficio”. “Con decir “español”, se me debe toda cortesía y respeto”. “Nación, España, arrogante y porfiada”. “La bizarría española, naturalmente soberbia”. “Español, galán como el sol”. “Español soy, que me obliga a ser cortés y a ser verdadero” “Español hasta la gola, siempre la libertad nació española”. “A los españoles poco les basta para entretener y sufrir muchos trabajos”. “Para ingenios, España”. “España, en virtudes floreciente”. “Florecen hoy templos, virtudes, sacrificios”. “Deleita la división de grados, la distinción de sangre”. “Subieron hoy las artes al extremo de sutileza”. “En España hay acierto para enderezar los públicos negocios, y, lo más importante, la salud universal”.

Este es el maximario nacional que refleja el teatro, el sermón, la poesía de la época.

Una caricatura o pasquín aparecido en Roma representaba una vaca ubérrima: “España”. Y de sus pezones, becerrillos mamando: Inglaterra, Flandes, Holanda, Francia y “otros enemigos nuestros”—dice el español que lo noticia.

Aquella España que ingénuamente vaticinaba la prosa toledana de Alfonso el Sabio, como “parayso de Dios”, es la que apologizan los humanistas de esta edad de oro: Nebrija, Barbosa, Matamoros, Mariana, Quevedo.

Esta Monarquía universal de España es la que alaban extranjeros como Marineo Siculo y Campanella. (Es la que siglos más tarde aun loarían un Macaulay, un Lummis, un Vossler, un W. Frank, un Pfandl.)

LOS PRIMEROS ESTUPORES DEL SIGLO XVII

En el siglo XVII hemos visto que acaecen los “cinco primeros 98”. El de “Münster” (1648). El de la “Isla de los Faisanes” (1659). El de “Lisboa”, el de “Aquisgrán” (1668). Y el de “Nimega” (1678).

La Monarquía universal de España entra en ese período que D. José Ortega y Gasset llamó “desintegrador”; entra en su “desvertebramiento”. Posesiones hispanas de Europa y Africa se secesionan y apartan. El gran cuerpo de la España

máxima comienza a mostrar sus muñones sangrantes ante la Historia.

¿Cómo se manifiesta el “alma” de ese cuerpo? ¿Cuál es la actitud de los espíritus avizores, cimeros, de esa máxima España en peligro? Dicho de otra suerte: ¿Cuál es el “grito del 98” con que se caracteriza la conciencia nacional del XVII?

Durante el siglo XVII “no hay gritos”. El *intelectual* español, es, antes que intelectual, un “espíritu en función de Estado”. No se le ocurre anteponer—ni por un momento—sus propias preocupaciones líricas a las genéricas y objetivas del Estado (1).

El español del XVII conserva la jerarquía, la disciplina y el respeto del Estado.

Cierto que hay ya en ese español del XVII gérmenes de rebeldía, de crítica y de anarquismo. Que hay ya en él esos conatos de escindir España en “dos Españas”: la “tradicional” y la “reformista”—que se desenvolverían enérgicos durante los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, bajo diversas an-

(1) Nota de 1938.—La palabra “intelectual” la empleo ahí, subrayada, para designar que es impropia de esa época. La palabra “intelectual” ha sido privativa, únicamente, de la época liberal y racionalista. Y valió para designar aquellas gentes que, como decía Hegel, “andaban con la cabeza”. En Grecia se les llamó “sofistas”. En la Edad Media, “herejes”. En el Renacimiento, “bachilleres”. En el XVIII, “pedantes”. Y en el siglo pasado, “intelectuales”. Y a todos ellos juntos: “heterodoxos”. Gentes de opinar contrario y al revés. Enrevesado. Frente a ellos estuvimos siempre los “místicos”, los “teólogos”, los “predicadores”, los “sacerdotes” de causas divinas. Los “curas de almas”. Los que no andamos con la cabeza ni de cabeza. Aquellos que definió nuestro San Juan de la Cruz: sin otra luz ni guía / sino la que en el corazón ardía.

títesis (la última de las cuales era de “la España oficial”, y “la España vital”)—(1). Pero también es lo cierto que tales gérmenes disolventes estaban contravacunados por un “sentido de consustancialidad estatal”.

El español del XVII nota que España es máxima todavía. Pero que “algo”, un “quid de inquietud”, se cierne como tormenta y peligro sobre esa España “yema del mundo”. Siente el estupor, el asombro de encontrarse frente a potencialidades hostiles y oscuras que le amenazan. Índice de tal situación estupórica y dubitativa fueron esos supremos representantes espirituales del siglo XVII: Cervantes y Quevedo.

+ + +

Cervantes es, ante todo, un soldado. Su primera labor de escritor hispano son “notas políticas y heroicas de soldado”. Es el Cervantes que considera orgulloso a España “madre común de las na-

(1) Nota de 1932.—Escritas estas líneas recibo el excelente libro de Fide-lino de Figueiredo: “As duas Espanhas” (Coimbra, 1932), donde este concepto de bipartición queda muy bien estudiado.

Nota de 1938.—Hoy, esas dos Españas se han escindido definitivamente: la España nacional y la España roja. La gran misión del Caudillo triunfador será la de evitar toda otra escisión en la conciencia de España, bajo el nombre que sea. Bajo ningún pretexto. ¿Métodos? 1) Unificación de partidos y tendencias, de símbolos y uniformes, y 2) Jerarquización de los servicios al Movimiento, en tres grados sociales: “Combatientes”. “No combatientes”. “Y gentes que combatieron contra nosotros”.

Estas deberán ser las etapas para ascender de la Unidad al Imperio. Es decir: para evitar en España una nueva guerra civil. Otra escisión. Otras dos Españas.

ciones". El que no le importa morir en la batalla si los ojos de su príncipe contemplan su morir.

Pero Cervantes es también el observador que empieza a analizar, a preferir, a confrontar. Y a quitar ceguedad a la soberbia—mística y ciega—de la España yugada en haz. (Las posadas europeas, italianas, le parecen más confortables que las españolas. El clero español quizá es un poco bárbaro, como pensara Erasmo. El varón español tal vez trata con poca liberalidad a la mujer.)

Cervantes a veces alardea de excesiva ortodoxia y se le ve la ironía. Y es que Cervantes ha creado "la ironía": el gran instrumento de combate frente al estupor. Hace "Don Quijote", la gran burla de lo estupefaciente.

El "Quijote" es la correlación espiritual al desastre que se fraguaría en Münster. El "Quijote" es el primer "estado de ánimo de puro 98". Alarma e ironía. Primera despedida de toda grandeza y aventura española.

+ + +

Quevedo es el político y el humorista. Su fe en España es más fuerte aun que la de Cervantes. Al fin, Quevedo, si conoce la cárcel, la persecución y la plebe, siempre es como palatino y como político. No como un oscuro hidalgo, casi un proletario, como le acaece a Cervantes. Quevedo no es analítico ni escéptico. Nunca le asoma esa diabó-

lica “duda íntima” que se insinúa en Cervantes. Cierto que su excesivo temperamento satírico, amargo y atroz presagia el drama romántico de España. Cierto que la burla constante de Quevedo bien puede homologarse a la sutil ironía del “Quijote”. Sobre el alma clásica y heroica de Quevedo planea también el veneno etéreo de las disolvencias. Pero hay algo en Quevedo que denuncia mejor que la “duda íntima” el que las cosas de España se han torcido y fracasan. Y son sus panfletos defensivos de España. No sus ofensas, sino sus defensas de España. Su “Carta a Luis XIII de Francia” y su “Lince de Italia”, su “España defendida” muestran la amargura de un espíritu prócer al constatar que todo el esfuerzo universal y genial de su país se rompe ante la malevolencia de ocultos enemigos. Es la melancolía de Don Quijote frente a los endriagos y los embaucadores la que reaparece en Quevedo con forma polémica y panfletista.

* * *

Pues bien; esa “sensación de melancolía” la siente toda la espiritualidad del siglo XVII español. Basta mirar a los ojos de un Greco para advertir, junto al llamear de la pupila, el cansancio triste del rostro.

El español del XVII comienza a advertir con estupor que España se ha quedado desolada con tanta guerra.

“Tan despoblados todos esos pueblos”—dicen Tirso, Rojas, Suárez de Figueroa, Gracián.

“Espántame ver los muchos españoles que militan en varias provincias. Esa es la causa de estar España tan desierta”—dice “El Pasajero” con estupor.

Y estupor era ya el de Fray Luis ante “la espaciosa y triste España”.

El español del XVII comienza a discernir por qué se espanta y estuporiza. Cuáles son las causas para que en la periferia del Imperio se produzcan un Münster, unos Pirineos, un Aquisgrán. Falta de gentes para tantos combates, tal vez. “Por las muchas y elevadas empresas se va apocando España de gentes”.

También puede suceder que el exceso de burocracia estatal—o, como hoy se diría: de “enchufes”—fuera otra causa.

Y así hay quien señala la superfetación clerical como grave daño. “Sacerdote soy—dice un capellán de Felipe III—, y confieso que somos más de los que son menester”. Y así declara también Navarrete en su “Conservación de Monarquías”.

Ello hace, sin duda, que la tierra labriega no se cultive. La tierra no se cultiva no porque sea más “miserable” que la de Italia, como señala Cristóbal de Villalón, ni más “seca de lluvias” que la de Francia, como dice otro arbitrista, sino porque todos están concordes en reconocer que el español ha perdido sus antiguas virtudes de sobriedad, su-

frimiento y sencillez. El español del XVII se ha hecho soberbio. Ocioso. Luxuario. Inhábil para el trabajo mecánico. Se ha hecho señorito, con horror a lo trabajador. Hasta el punto que el mismo operario—como aquel zapatero salmantino—se hace descender de altos linajes antes de confesar que su madre era mondonguera.

Este español “nacido para mandar”, que expulsa a las razas serviles del país (judíos y moriscos), se encuentra sin saber a quién mandar, como no sea a los esclavos que se traiga de América. Y de ahí nace el “pícaro”. El señorito encanallado. O el canalla enseñoritado. El español de los mil trabajos por no trabajar. Con moral de señor y hechos innobles. En busca ya sólo de la canonjía, del enchufe.

El español del XVII, apretado por la naciente miseria material y espiritual, comienza a acentuar su xenofobia. España, “madre común de las naciones”, comienza a no poder ya serlo. Ni Madrid, que, al decir de Lope, fuera “madre de gente extraña”, “madre, punto y excelencia de la real circunferencia que es la corona de España”.

Ese español mira ya con celo el que Génova se coma nuestro azúcar y Holanda se lleve nuestro oro y nuestras lanas, y Nápoles nuestra seda, e Inglaterra nuestros vinos, y Venecia nuestro vidrio, y Alemania nuestro azafrán...

Sepúlveda, Ambrosio de Morales, Soto, Medina, Saavedra Fajardo, Gracián: las minorías de

nuestro siglo XVII se esfuerzan con su ingenio y su corazón en conjurar esa madrugada de desastre, esa naciente crisis. Y arguyen, valientes, contra Maquiavelos, Luteros, Oranges, Escalígeros y demás huestes antiespañolas.

El español del XVII aun canta el himno triunfal de Nebrija. Pero por sus labios suena ya en voz baja y con trémolo de lágrimas.

¡Aun hay maximalidad en España! Pero “cinco Pactos, cinco 98”, como cinco saetas, se han clavado ya en el cuerpo vacilante de la nación.

V

LOS CINCO REMEDIOS

Si en “lo corporal” del “concepto de España”, los cinco 98 del siglo XVII (Pactos de 1648, 1659, 1668 bis y 1678) significan cinco desmembramientos: significan como retrocesos a una España medieval, rota otra vez en *pedaços, sin travazón*—las “crisis espirituales” de un Cervantes, de un Quevedo, de un Gracián, de un Saavedra Fajardo, de un Fray Luis de León—representan otros tantos partimientos del “concepto maximalista de España” en el “alma” de aquel “cuerpo”.

La *ironía* de Cervantes; la *sátira* de Quevedo; la *sonrisa* de Gracián; la *prudencia* de Fajardo; la *tristeza* de Fray Luis, vienen a ser, en este “alma” de España, los boquetes por donde empieza a de-

rramarse la sangre espiritual de la nación. Del modo que aquellos cercenes de los Pactos vinieron a ser las rotas venas por donde comenzó la hemorragia política española.

Flechas caídas del haz. Y en su caída, otras tantas llagas sobre el alma de España.

* * *

Llagas difíciles de curar, de atajar, ya. España—desde el Pacto del 48 y desde “la duda” cervantina—entra en su vertiente mórbida, en esa enfermedad terrible, lenta, consuntiva, tuberculósica, que le iba a durar tres siglos.

Entra—“el concepto de España”—en la fase de “los remedios heroicos”, de “las consultas doctorales”, de “las velas al Santísimo”, de “las medicaciones arbitristas”, de “los “sortilegios rectificadores”. Entra en una “atmósfera de hospital”—como exactamente la calificó Ortega y Gasset, al entrar él en su quirófano, en la sala de operaciones de la “España invertebrada”—. Fase trágica y agónica de lo irremediable. A la cual se aplican esos grandes emplastos que yo he sintetizado en número de cinco.

1) *El Concilio de Trento*

La primera de aquellas medicaciones o curas aplicadas al herido ser de España fué, sin duda,

como urgente y desesperada, la más aparentemente eficaz.

Fué: el Concilio de Trento. Fué: la Contrarreforma. Fué: frente al morbo quijotero, la inyección nuevamente cargada de fe y de rectificaciones, de Ignacio, el de Jesús, y de Teresa, la de Jesús.

El Concilio de Trento, la Contrarreforma española, tuvo un éxito más que de resucitamiento, de galvanización. Y lo tuvo porque se planteó el problema de la incipiente morbidez hispánica, hasta la raíz de tal problema; esto es: hasta *Roma*.

Si España había sido fuerte, sana, hacinada y expansiva durante más de un siglo, ¿a qué se había debido?

¿No fuera por haber respirado un aire específico, que ahora comenzaba a enrarecerse?

¿No fuera por haberse nutrido de una cierta sustancia, que ahora comenzaba a putrefactarse?

¿No fuera por haber amado a unas ciertas deidades que ahora comenzaban a evanescerse?

Exacto, exacto. España había sido fuerte, sana, fajada y expansiva, porque: llegada a su *individualidad como nación* (siglo XV) se había puesto, integral e inmediatamente (siglo XVI), al servicio de aquellas deidades sobrenacionales a las que viniera sirviendo trabajosamente desde la Monarquía gódica, desde hacía diez siglos: una *Espada* y una *Cruz*; es decir: la causa secular del Cristo; aquel ecuménico ideal nacido en la Roma antigua y des-

arrollado durante el Sacro Romano Imperio de la Edad Media; la romanidad católica, europea.

Los godos se catolizan en España desde el año 587. Es decir, los *germanos* se hacen *romanos* en España desde el siglo VI. Cuando la Monarquía cristiana de España reanuda en Covadonga su secular destino, en el siglo VIII, aquellos “románicos”, se vanaglorian de ser góticos, “germanos”. Alfonso X, en pleno siglo XIII, junto a su *ideal nacional de España*, tiene el *sobreideal de la sobrenacionalidad*; el de una “internacional germanorrománica”, y aspira a ser Emperador de Alemania para mejor servir al Dios de Roma. En el siglo XV: los Reyes que fajan a España se llaman los *Católicos*. Y su entronque con lo *germano* hace que Carlos V y Felipe II realicen, por fin, el gran sueño medieval, carlomágico, de un Sacro Romano Imperio germánico” en España. El sueño de la grandeza “nacional y sobrenacional” de España: Grandeza mundial: *Imperio sacro*.

Esa había sido *la clave* de la famosa grandeza de España: el oro celeste de aquel siglo XVI español. Esa. Que España, *nación* trabada por españoles (1492), se puso al servicio de una “supernación”. Fué el instrumento nacional de una idea universal, representada en lo temporal por un “César”, y en lo espiritual por un “Dios”.

Esta supeditación jerárquica de lo nacional a lo cesáreo y de lo cesáreo a lo espiritual ecumé-

nico—*Roma*—, fué la clave de aquella grandeza española.

La civilización de América y la conquista del mundo no las hace España en nombre de “libertades comuneras de Castilla”, sino en “nombre de un *César* para el servicio de un *Dios*”. Genio de España.

* * *

La crisis de la “primacía espiritual de Roma” del Dios universal y católico, comienza con las grandes herejías o disolvencias del Renacimiento. Y esa crisis es la que repercute inmediatamente sobre el brazo diestro de aquella primacía: el cesarismo de España. La estrella luciente de España comienza a nublarse cuando el sol de Roma se nubla. Por eso acude España—ante todo—a Roma, para salvarla, porque salvando la luz de Roma salva su propia luz, su destino.

Y ese es—exacto—el origen de la Contrarreforma española. El origen de la lucha española contra las disolvencias que amenazaban a Roma, y por consecuencia: a ella misma. Su agonía desesperada contra luteranismos y todos los ismos.

El Concilio de Trento es el primer remedio heroico para cortar la gangrena comenzada.

Ignacio y Teresa luchan porque la ironía de Cervantes no degenera en sarcasmo. Porque la sátira de Quevedo no se corrompa en volterianismo. Porque la tristeza de Fray Luis no derive a pesi-

mismo. Porque la prudencia de Fajardo no pare en derrotismo. Y por que Gracián con su sonrisa no anticipe, demasiado pronto, la mueca amarga de Schopenhauer.

Es decir: porque el último 98 se retrase en tres siglos. Porque la disolución o destrucción de España se demore en trescientos años.

Mientras la política cesárea de los últimos Austrias españoles intenta corregir por el mundo, con las armas y con la Inquisición, las sangrías de sus cinco llagas, de aquellos cinco 98 inferidos al cuerpo de España, la Compañía fundada por el español Ignacio al servicio del *Dios de Roma*, ensaya batidas en todas las brechas del mundo contra las sangrías espirituales inferidas al alma católico-imperial de España, aplicando el *remedio heroico de lo tridentino*. ¡Momento prodigioso en la vida española esas primeras sacudidas de un país para salvarse, acudiendo por todo el orbe de su personalidad, como con cauterizaciones: con la espada y con la cruz!

Pero el morbo no se detuvo. Sino que se ahonda y se amplifica. La “duda” cervantina se ha profundizado y extendido durante todo el siglo XVIII. Discípulos de los mismos jesuítas la recogen y la desarrollan: Descartes, Voltaire. Y cuando está ya bien madura y terrible, nos la envían de reflejo, para que alcance su máxima expresión ochocentista en el genio debelador de un Feijóo, de un Goya. Y durante el ochocientos y el novecientos: en las

filosofías escépticas y criticistas que irían a desembocar en la negación absoluta de un Ortega y Gasset de que España fuese vertebrada.

2) *El remedio económico*

La “reserva” de un Gracián al plantearse *económicamente* lo que hubiera sido España si en vez de dedicar su moneda y su esfuerzo a las guerras universales las hubiese aplicado a la reconstrucción interior, toma un desarrollo virulento y pasmoso en los siglos sucesivos. (“¿No estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y murallas de plata? ¿Qué duda hay en eso?—se pregunta el *Criticón*.)

Esa “reserva” gracianesca es la terrible falacia del *remedio económico*, del creer que un pueblo es rico *cuando puede* y no *cuando quiere*. Es la tremenda falacia de la *coyuntura económica* que iba a destrozar el resto del cuerpo imperial hispánico.

Mientras al español no le importa dar su vida, su oro y su salvación por la salvación, el oro y la vida de los *demás*—de los *no españoles*—, el Imperio crece y se mantiene. Pero desde el momento en que Castilla no acepta aquello del decir de Saavedra Fajardo de “que triunfen los demás y ella padezca”, es desde que la hegemonía española se quiebra. Prueba de ello: en lo territorial, las fechas de 1713, 1763, 1795, 1800, 1802, 1825..., 1898, 1931. Prueba de ello: en lo espiritual, que ya no se bus-

ca el remedio del desastre en la *raíz*, sino en las *ramas*.

El sentido internacional, *católico*, del español del XVI y XVII, se reduce a sentido otra vez *nacional, particularista, paisano, civil* de los siglos XVIII, XIX y XX.

Para salvarse España no hay que curarse ya de la salvación de Roma, del *alma mater*. Sino poner emplastos al brazo de aquel alma; al puro y estricto territorio español.

De ahí se origina que se consideren como tumores y superfetaciones: *a)*, las guerras; *b)*, los funcionarios de esas guerras: el soldado y el sacerdote; y *c)*, las riquezas acumuladas en la hidalguía. Y que todo el remedio se contraiga a *comprimirse*: a preludiar las “reformas de Azaña”, las del último 98 de España.

Ya en los finales del siglo XVII los arbitristas e intelectuales, los reflejos anímicos de los *cinco 98* del siglo, señalan como causas de la enfermedad *paisana y nacional*: *la despoblación del país, la incultura de las tierras del país, la abundancia de clérigos en el país, la ociosidad de los hidalgos, la ignorancia de la plebe*.

Campomanes, en el siglo XVIII, echa “las cuentas” de aquel problema que planteara Gracián. La guerra de los Países Bajos contra el luteranismo “costó más de 200 millones de pesos..., que impuestos en España con destino a población, a riego, a canales de navegación e industria *nacional*, al 3

por 100, habrían rendido al Erario perpetuamente seis millones anuales de pesos”.

Tal *remedio del tanto por ciento* es el que llega a través de Cadalso y de Larra hasta Costa; quien lo cristaliza en su famoso enterramiento del Cid y en su no menos famoso *despensa y escuela*. Es el que informa la “anticruzada” de Unamuno contra el modesto protectorado marroquí. Es el gran postulado de “colonización interior” que hace posible la República de 1931, destinada a suprimir, como gastos inútiles, lo que ya era sombra de sombras.

El débil brazo de España en 1931 ya no puede sostener—no ya un Imperio—sino el simple peso de una corona, de una espada, de un pergamino, de un crucifijo y de una lengua.

3) *El remedio de la cultura*

Así como el *remedio de lo económico* no tuvo otro sentido que reducir a números, a materia, lo que era innumerable, espiritual, así aparece, desde el siglo XVII, otro remedio sucedáneo: el de la *cultura*.

Se manifiesta en forma polémica. Aquellos ataques de Escalígero, de Maquiavelo, de Mureto contra la cultura hispana iban a continuarse en el siglo XVIII por los enciclopedistas, y en el siglo XIX por los herederos españoles de esos enciclopedistas.

Al principio se trató de desdeñar las puras le-

tras de origen español. Quevedo defiende aún a Quintiliano, Lucano y Séneca, a quienes el crítico holandés llamara *pingües isti cordubenses*...

Pronto se plantea el problema mismo de la validez cultural de España, en sus ciencias y artes, que se concreta en la invectiva enciclopedista de negar que *Europa debiera nada a España*, origen de las polémicas que—a partir del siglo XVIII—, con Cavanilles y Forner, pasan al siglo XIX con Menéndez Pelayo y llegan hasta hoy con Rey Pastor y Federico de Onís. Polémicas sucintamente historiadas por Pedro Sáinz Rodríguez.

El *remedio de la cultura* toma la misma bifurcación errónea que el *remedio de lo económico*: la misma *guerra civil*; esto es: plantearse si la cultura en España se mejorará inspirándose en lo *castizo* o inspirándose en lo *uropeo*. Y entendiendo por *castizo* la ciencia y el arte de siglos anteriores. Y por *uropeo* los adelantos de “la Europa”, de la Europa desromanizada, protestante, independizada, particularizada, nacionalizada. Francia, en un principio; Inglaterra después, y finalmente Alemania.

En el remedio de la “cultura”, como en el “económico”, el español deja ya de abordar el problema en su misma raíz genética o universal. Y se atiene a las derivaciones locales, nacionales.

Patriota, dicen en el siglo XVIII los europeizantes, empleando ese bárbaro y moderno término de *patriotismo*, será en España “el que escriba uno de

los muchísimos libros que nos faltan". Y este sentido del "patriotismo ilustrado" es el que informa toda la cadena intelectual europeísta que va desde Huerta e Iriarte hasta la Junta de Ampliación de Estudios.

Por otra parte, los casticistas, caídos dentro de la *falacia patriótica*, se esfuerzan en demostrar que en España ha habido siempre una cultura tradicional, que conviene mostrar ante los extranjeros, aunque sus fallas las reservemos para nuestros adentros. Y ello lo sostienen desde Forner hasta el profesor Pin y Soler, cuyo debate sobre este tema lo transcribe Federico de Onís en su libro sobre el "Sentido de la cultura española".

Pero los resultados de ese *remedio de la cultura* no fueron superiores a los de la *restricción económica*.

El genio sustancial de España no recobra su vitalidad ecuménica e integral de otrora.

Frente a aquella suma de afirmaciones maximalistas de España que mostramos anteriormente, frente a aquel maximario de la abundancia y grandeza de España en el siglo XVI, la generación de 1898 expone este otro:

"No hay un hombre", dice Costa. "No hay voluntad", dice Azorín. "No hay valor", dice Burguete. "No hay bondad", dice Benavente. "No hay ideal", dice Baroja. "No hay religión", dice Unamuno. "No hay heroísmo", dice Maeztu.

4) *El remedio de la libertad*

Junto al remedio de “lo económico” y junto al remedio de “la cultura” se plantea una tercera medicación: la panacea de la “libertad”.

Si España se ha desvirtuado y decae, es porque ha carecido de libertad: por la Inquisición.

El tema de la Inquisición, señalado por Voltaire y los “ilustrados” del 700, encarna en la ideología de las Cortes de Cádiz.

Muñoz Torrero afirma en esas Cortes que en España dejó de escribirse desde que se estableció la Inquisición (1).

(Pero lo cierto es que en estos días (1931-1932) puede afirmarse que en España se ha dejado de escribir desde que la Libertad, en su máximo grado de *República*, se ha establecido.)

El tema de la libertad es el básico que utilizan las masas políticas para organizarse en “partidos” y para escindirse en las manifiestas guerras civiles del siglo XIX y en la *laiente* del siglo actual (2).

En el “progresismo”, dicen los liberales, está la salvación. En el “regresismo”, dicen los carlistas, está la salvación. “No importa que todo se

(1) Nota de 1932.—Parece ser que Américo Castro (nada sospechoso en ello) en sus últimas investigaciones sobre el erasmismo en España, ha comprobado que Felipe II resultó un tolerante. Mantuvo en El Escorial a un Padre Síguenza, erasmista, que se burlaba de la teología.

(2) Nota de 1938.—Ahí vi anticipada en 1932 la guerra civil de hoy. Mi último libro—inédito y destrozado por los rojos en Madrid—escrito en los dos últimos años predecesores del Movimiento lo llamé ya “Cantos de guerra civil”. Quise cantar de antemano esta hermosa guerra civil que de civil pasaría a nacional y luego a universal.

hunda—economía y cultura—con tal de que se salve la libertad”—dijo uno de los primeros ministros del régimen actual republicano.

No importa que todo se hunda—había dicho un ministro de la causa de Austria, “si no es la religión, que, como ésta quede a salvo, lo demás se puede sufrir”.

Y 5) *El remedio de lo indígena*

Finalmente, la otra panacea característica que se señaló para curar las llagas de España, para “regenerarla” de sus tristes 98, fué el de apelar al remedio de lo *indígena* en la dirección de los negocios públicos.

La repulsa de los Comuneros por aceptar una dinastía extranjera para el mando de España es la tradición que recogerán todos aquellos que señalaron en el “austracismo” la causa fundamental de la decadencia española. Desde Cánovas hasta Ganivet. Y hasta Manuel Azaña.

En uno de sus discursos, Manuel Azaña (cuyo mejor estudio literario es el dedicado a los Comuneros) afirmó que se enlazaba a la verdadera tradición de España, a la de las libertades comunales, a un nacionalismo puramente indígena (1).

(1) Nota de 1934.—Yo también lo creía. Y así lo afirmé en mi Carta a un compañero de la joven España. (“En torno al casticismo de Italia”. Madrid, 1928. Caro Raggio, editor.) Pero hoy reconozco, lealmente, mi error. No todas las tradiciones en un país, son la tradición genial de este país. En un pueblo pueden coexistir varias tradiciones. Junto a una tradición sacra de creadores y conquistadores puede haber otra de locos, de estériles y de bandoleros.

Y ello puede ser verdad en Azaña. El rostro de Azaña—con su impresionante mueca pálida—tiene algo de cabeza ajusticiada en Villalar, que reaparece ahora vindicativa, sobre los hombros del mejor heredero que a través de los siglos iban a tener Padilla y Maldonado, los primeros republicanos castellanos ante el preimperio español del XVI.

* * *

Frente a la decadencia o enfermedad de España: esas cinco medicaciones o arbitrios o remedios: de lo *religioso*, de lo *económico*, de lo *cultural*, de lo *libertario*, del *indigenismo político*.

Resultado: trece Pactos, trece secesiones, trece disoluciones. Desde 1648 a 1931.

Resultado: desde el vértice imperial de 1492 hasta esta España desnuda y despojada que torna a la fragmentación polirregional de la Edad Media.

Los arbitristas o intelectuales, los *médicos de España*, operaron con un crescendo de alarma. Su método fué una escala sonora de menor a mayor.

Al principio fué la discreción en el obrar, sin ruido y sin gestos. (Recordemos el mudo cuadro aquel de los plenipotenciarios de Münster, siglo XVII).

Poco a poco, según se acumulan llagas y derrotas, esa discreción pierde su pudor. Se manifiesta en polémica (siglo XVIII). La polémica degenera en panfleto y grito (siglo XIX). Y el grito (grito de 1898), termina en explosión; en revolución (siglo XX, 1931).

VI

LA EXPERIENCIA TOTAL DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Cuando muchas gentes se preguntan el porqué del perdurar de la República y se asombran de que la República española adquiriera como “un ritmo tradicional”, se olvidan de que la República significa en estos momentos españoles la *concentración intensiva* de todos esos remedios de tres siglos de tradición arbitrista. Son tres siglos de *experiencias parciales* los que sustentan esta *experiencia* total que es la República española presente.

Si se cortara una sección de esta República—como se secciona una materia para someterla a análisis químico—nos encontraríamos una *textura* de vieja, lenta formación.

Todas las añosas creencias de que la salvación de España estaba en “lo cultural”—esa corriente que va desde el siglo XVIII hasta Giner de los Ríos—culmina en ese instrumento de prueba de las “Misiones pedagógicas”, alma de la política cultural de la República como señaló su ministro o servidor D. Fernando de los Ríos.

Todas las seculares suposiciones de que la salvación de España estaba en la “economía interior”

—que van desde Gracián hasta la “despensa y escuela” de Costa—, culminan en todos esos proyectos *militares, agrarios, laboristas, industriales y financieros* que tienen sus sedes en los Ministerios de Guerra, Marina, Obras Públicas, Trabajo y Hacienda.

Todos los interesados cálculos de que la salvación de España estaba en “la libertad”—que van desde las Cortes de Cádiz hasta la *trenza incombustible* de Echegaray—, culminan en ese separar Iglesia de Estado, mujer de marido, hijo de padre, cuyo asiento reside en el Ministerio de Justicia.

Todas las consabidas aseveraciones de que la salvación de España estaba en “la política indígena”—que van desde Villalar hasta los estigmatizadores del austracismo y del borbonismo—culminan en la tónica socialista y demócrata.

LA GENERACIÓN AMORTIGUADA

Todas las características de lo 98 parecen integradas en el volumen de la actual República española. ¿Verdad?

Todos los hombres del 1898, están como integrados en ella. Unamuno satisface su religión laica. Valle Inclán, su afán de tesoros. Baroja, sus figuras masónicas e intrigantes. Azorín, su entusiasmo por Francia. Benavente, su mordacidad sobre lo equívoco. Maeztu, su placer de ver embajadores a sus compañeros de bohemia. La generación

filial, tampoco rechista, si no es para breves rectificaciones, como Ortega. Para sonreír y fumar puros como Pérez de Ayala. Para hablar de anécdotas, de glosas y de recaídas, como d'Ors. Todas las características de *lo 98*—parecen, sí—fundidas al volumen de la segunda República española.

Todas, menos una. Precisamente la fundamental, la *generatriz de esa generación* y de todas las generaciones espirituales que acompañan a los trece 98 de España: esa, la del *grito*, la de la *rebel-
día*, la de la *disconformidad*.

Causa asombro—y a veces asco—contemplar a tanta fiera espiritual como eran esas almas españolas, casi profesionales del grito, ahora sosegadas, adormiladas y beneplácitas, tumbadas a la sombra de la Historia española, sin más afán que ese triste, burgués, de consolidar, ahorrar y perder. Causa pena y—a veces—desprecio, contemplar su ya consumada y rápida vejez. Su falta repentina de alientos para gritar el gran grito, la mágica contraseña que vino a través de los siglos de boca en boca, y que era un simple: *¡NO!*

Tampoco en los jóvenes se ve cundir esa consigna nacional revolucionaria, juvenil y hermosa.

MI GRITO

Si yo me he atrevido a blandirla y la he pedido para mí como única herencia que deseo del 98, si yo gracias a ella me he creído y creo “nieto

del 98", no es por vanidad ni por insensatez. Bastaráme ver que el país dormía en la placidez canonjil de sus rectores, y mi grito se hubiera sofocado.

Pero es que este grito mío, de nieto del 98, vuelve una vez más a coincidir con el ansia secreta inédita e intrahistórica del país.

Es que el país cree también que esos *remedios tradicionales* de la *cultura*, de la *libertad*, de lo *económico* y del *indigenismo* terminan en el vacío; son como callejones de atrayente entrada, pero sin salida alguna.

Ve que la *cultura* no se reduce a pedagogía. Que la *libertad* es una teoría parlamentaria. Que lo *económico* es un mito adjetivo, pero no sustancial. Y que el *indigenismo* en España pudiera ser una oclusión para una vida internacional y ambiciosa.

Yo no niego la fatalidad de la República española. Quien vea bien el presente de España debe verlo en republicano. Debe estimar lo que se significa esa conciencia comunera y castellana que representa Manuel Azaña. (La mayor responsabilidad de una Monarquía es la de derivar a República. Así como la mayor excelencia de una República es la de ascender a Imperio.)

Pero de eso a aceptar como absoluto todo el *sistema mítico* que ha puesto en práctica, va justamente mi discrepancia, mi ¡no! Ese sistema mí-

tico y cuadrangular resultará tan heroico y urgente, tal vez, como el remedio tridentino de Loyola en el XVII. Pero como ese del tridentismo, opera sobre una trayectoria mortalmente herida.

¿MUERE O RESUCITA ESPAÑA?

España quiere ser *nación* de nuevo. Pero para pasar a un nuevo ideal de *sobre-nación*. Para afiliarse a un gran servicio humano, ecuménico y —por tanto—divino.

Es posible que la España republicana sea una España sucedánea a la de Primo de Rivera: es decir, un último esfuerzo por conservar siquiera la sombra del nombre, la sombra de una unidad y de una convivencia secular. Y es posible que tras esta experiencia última España se despeñe en una balcanización, en un medievalismo anárquico y desesperado, vigilado e intervenido por alguna gran protectora de Balcanes, como es Francia.

Pero es también posible que la España actual sea como aquella de Cisneros: una introducción al gran salto ideal. Una preparación enérgica para reanudar la grande y única tradición que tuvo España por los siglos de los siglos, la base de su afán auténtico y de su auténtica gloria: aquella de dar al César lo que era del César. Y a Dios lo que era de Dios. Genio de España.

SEGUNDA PARTE

LOS HUEVOS DE LA URRACA

(NOTAS A ORTEGA)

TEXTOS ELEMENTALES

“Siempre que en nuestras investigaciones de Biología nos planteamos mis amigos y yo un problema, suelo recomendarles el volver a los textos más simples, a los de la escuela, porque con frecuencia se olvida, a fuerza de darse por sabida, la raíz elemental de lo que nos interesa saber.”

Estas palabras, tan exactas y profundas, de un biólogo español, nos han valido también a nosotros para comprobar que nuestro método no era equivocado cuando nos planteamos el intrincado problema de la biohistoria de España, y acudimos a los textos más simples, a los de la escuela, a los que de puro sabidos los habían olvidado cuantos investigadores se habían venido acercando a la cuestión española. Textos simples, tan simples, que eran nada menos que evangélicos: *Dar al César lo del César. Y a Dios lo de Dios.*

He ahí la raíz elemental de la que fué grandeza española. Y he ahí la raíz—nuevamente elemental—de la que puede ser, también nuevamente, otra grandeza de España.

Se queda uno estupefacto al constatar cómo durante tres siglos de soluciones urgentes al pro-

blema de España, ninguno de los terapeutas (1) acudió a esa fórmula tan sencilla, tan veraz, tan verificada, tan vieja, tan vieja..., que era la que España había venido aplicando con éxito histórico desde su baja Edad Media, desde sus “germanos catolizados”, desde sus “románicos godizados”, desde que Alfonso VII pretende ser “imperator totius Spaniae”, desde que Alfonso X sueña en ser Emperador de Alemania, al servicio del Dios de Roma. Desde que—1480 a 1600—España la realiza plenamente en su contextura germanorromana de Carlos V y Felipe II.

P.—Niño, ¿quiénes fueron los reyes más poderosos de España?

R.—Carlos V y Felipe II, señor maestro...

Textos de la escuela. Olvidados de puro sabidos. Textos evangélicos del Dios y del César.

Textos evangélicos y eficaces con los cuales la España naciente y ascendente había ido fajando flecha tras flecha, trabando miembro tras miembro, hasta lograr el *haz* integérrimo de 1492.

Textos que por olvidarlos España luego obtuvo el que este su *haz* de miembros se destrabase, y fueran—una a una—disparándose las flechas místicamente hacinadas.

Trece 98. Trece soluciones disparadas y disparatadas.

Trece veces de errar en el blanco la saeta.

(1) Nota de 1932.—Exceptuando Loyola. Pero la Roma de Loyola estaba en agonía y decadencia. Por eso no hizo sino galvanizar su vida.

LA ÚLTIMA SAETA O EL MARTIRIO DE SAN SEBASTIÁN

No es un azar que el ex libris o paradigma del libro de D. José Ortega y Gasset, *La España invertebrada*—(esto es: del último de los “remedios sobre la enfermedad hispánica”)—, fuese un saetario disparando su último venablo hacia el infinito. (¿Hacia el infinito?)

No, hacia el infinito, no. Disparada en el mes de mayo de 1922 esa saeta—tras ocho años de perforaciones aéreas—fué a clavarse, como en la leyenda cristiana de las flechas, sobre el cuerpo desnudo de *San Sebastián*.

La flecha del Sagitario orteguiano significaba la última deshacinación o desvertebración de España.

Tras el Pacto de 1898, tras la pérdida del último vestigio colonial (y los arbitrios terapéuticos de aquella generación finisecular), Ortega simbolizaba la definitiva agonía: la quema del último cartucho, el retrotraer el problema de España a su deshacinación total, a su desvertebramiento, al disparo de lo último que quedaba a España: una sumaria unidad nacional.

Ortega es el índice espiritual que preludia el último 98 de España: el del *Pacto* o *Martirio de San Sebastián*; aquel Pacto en que—estío de 1930—España se desvertebra definitivamente, y, entre

copa y copa de vino en un banquete, se acepta la desmembranza de Cataluña, se plantea lo "estatutario" de las regiones, la restricción del verbo unitario de España, la oxidación de la Espada, el arrinconamiento de la Cruz y el puntapié a la Corona. Aquel último 98, que sitúa de nuevo a España en los umbrales de una nueva Edad Media.

DEBER POR ENCIMA DE DEVOCIÓN

Al hablar de este modo sobre lo que significa la *España invertebrada* de Ortega y Gasset, en la ruta terapéutica de los remedios españoles, no se crea que ello obedece a una pura ligereza juvenil o a un deseo, imperdonable, de dar a mi maestro cuchillada.

Con todo el dolor y todo el orgullo que ello trae consigo, he de atreverme a mirar hoy, cara a cara, ese libro que hasta ayer constituyó para mí como un devocionario de ideas, como una intangibilidad de puntos de vista, como una especie de dogma intelectual, por mí acatado y reverenciado humildemente.

Piénsese que quien esto asegura lo asegura en verdad. Pues la *España invertebrada* de Ortega fué el viario por donde deslicé mis energías espirituales de español hasta el presente. Sobre esa España de Ortega yo fundé las esperanzas de mi *Gaceta Literaria*: es decir, del aceptar una hermandad regional de lenguas, una libertad absoluta

de conciencia, un mito a ultranza de la Cultura por la Cultura y del Arte por el Arte; una creencia central de que la salvación de España estaba en lo minoritario, sobre todo si esto de lo minoritario tenía un fundamento “rubio”, “vital” y “franco”. (Ahora analizaremos estas expresiones.)

Si ahora—al cabo de mi leal experiencia de español que vive dramática y abnegadamente, paso a paso, la historia de su país—me atrevo a declarar el derrumbe de ese libro—por lo menos frente a mí mismo (el tiempo dirá si este derrumbe es también objetivo)—, ello obedece a que los imperativos que me obligan a tal acción son superiores a los de mi pasión, a los de mi respeto y afecto por Ortega y Gasset, autor de la *España invertebrada*. Ello obedece a que siento mi deber por encima de mi devoción.

Alguien podrá decirme que puedo hacer lo que me venga en gana. Pues yo no soy nadie para osar una crítica del máximo crítico de la presente España.

Pero yo respondería que las materias sobre que ese crítico construyó su “ensayo” de “ensayo”—así calificado por él mismo—no son de naturaleza inaccesible a mis posibilidades. (Ni a mis posibilidades ni a las de ningún español.) Que tales materias no son de matemáticas superiores, ni de cálculos físicos, ni de química, ni de astronomía, ni de bacteriología. Que son materias de “puros sucesos españoles”, de “carne y hueso de

España”—como diría Unamuno—. De algo que está ahí, en la calle, en el campo, en el aire de España. En los textos elementales de las escuelas de España. Y, sobre todo: de algo que está también en nuestras propias entrañas personales. Pues, en último término, es algo místico (una inspiración, una intuición) lo que decide definitivamente la solución de los problemas radicales de un país.

Esto es: una mirada trascendente sobre el misterio que comporta nuestra propia víscera cordial. Siempre que esta brújula cordial esté imantada; imantada por ese magnetismo telúrico que, en historia, se llama *tradición*.

El conocimiento en historia es eso: un acto trémulo. La verdad de la historia nacional la lleva uno mismo en el fondo de sí mismo.

Porque uno mismo es un resultado histórico y nacional, un lento proceso popular; hecho de pronto, conciencia, espíritu; cristalizado de pronto, en el cristal de una mirada radiante; de una estrella azul sobre la noche (*la tradición, el genio*) de un pueblo.

UN LIBRO TÍMIDO

Yo calificaría el libro de Ortega y Gasset (*La España invertebrada*) como el “*terror a las últimas consecuencias*”.

Calificativo un tanto paradójico para el libro de un filósofo. Es decir, para el libro de un profesional de la consecuencia. Pero ello es cierto. Y

si no lo tomase a mal Ortega y Gasset, yo me lanzaría a afirmar que su libro es un “libro cobarde”.

O dicho de manera contraria y menos fuerte: un “libro tímido”.

Históricamente, la *España invertebrada* de Ortega y Gasset se halla situada en esa atmósfera que el mismo Ortega denominó grave e irónicamente “atmósfera de hospital”; esto es, en ese ámbito terapeuta que caracteriza todas las recetas arbitrarias sobre la enferma España, todos esos pareceres, cuya síntesis he agrupado en la primera parte de este libro.

La *España invertebrada* es la legítima heredera de esa Biblioteca farmacológica y específica, cuyos grandes boticarios se dan, sobre todo en el siglo XIX y principios del XX. Y cuya nómina fundamental vale la pena de transcribir.

S I G L O X I X

1826. **J. Sempere y Guarinos:** Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de la Monarquía española.

1840. **A. Duverine:** Cuadro histórico de los abusos y espíritu de reforma política en España.

1852-54. **Cánovas del Castillo:** Historia de la decadencia de España. (Y otra serie de obras del “restaurador” que giran sobre el mismo tema.)

1861. **E. T. Buckle:** Historia de la civilización en España.

1869. **Dr. Letamendi:** Ensayo teórico-práctico sobre los medios de mejorar la situación económica de España.

1875. **J. Ruiz León:** Un arbitrio para gobernar a España.

1876. **Juan Valera:** Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española.

1878. **Manuel Pedregal:** Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España.

1878. **J. Sánchez de Toca:** Cómo vino la decadencia de España.

1886. **V. Almirall:** España tal como es.

1887. **F. Picatoste:** Estudios sobre la grandeza y decadencia de España.

1888. **Pompeyo Gener:** Herejías.

1890. **Lucas Mallada:** Los males de la patria y la futura revolución española.
1891. **J. T. Salvany:** España a fines del siglo XIX.
1892. **Conde de Romanones:** Biología de los partidos políticos.
1892. **J. Puyol Alonso:** La vida política en España.
1894. **Juan Valero de Tornos:** España en fin de siglo.
1897. **Angel Ganivet:** Idearium español.
1898. **J. Elías de Molíns:** España y su porvenir.
1898. **Joaquín Pavón:** Nuestra generación se impone.
1898. **R. Salillas:** Hampa.
1899. **R. Macías Picavea:** El problema nacional.
1899. **Vital Fite:** Las desdichas de la patria.
1899. **Damián Bern:** Del desastre nacional y sus causas.
1899. **R. María de Labra:** El pesimismo de última hora.
1899. **Ramiro de Maeztu:** Hacia otra España.
1899. **J. Rodríguez Martínez:** Los desastres y la regeneración de España.
1899. **E. Pardo Bazán:** La España de ayer y la de hoy.
1900. **Luis Morote:** La moral de la derrota.
1900. **C. Silió:** Problemas del día.

SIGLO XX

- 1901-2. **Joaquín Costa:** Oligarquía y caciquismo. Y la mayoría de sus obras.
1901. **G. de Azcárate:** España tras la guerra.
1905. **V. Gay:** Constitución y vida del pueblo español.
1906. **E. L. André:** El histrionismo español.
1906. **M. Santos Oliver:** Entre dos Españas.
1908. **R. Padilla:** España actual.
1910. **R. Sánchez Díaz:** Europa y España.
1911. **S. Valentí Camps:** Vicisitudes y anhelos del pueblo español.
1912. **Unamuno:** Del sentimiento trágico de la vida.
1912. **Juan Guixé:** Problemas de España.
1914. **J. Juderías:** La leyenda negra y la verdad histórica.
1914. **A. Bonilla:** M. Menéndez Pelayo.
1915. **J. Senador Gómez:** Castilla en escombros.
1915. **J. Deleito:** Sobre el aislamiento de España.
1916. **M. de Unamuno:** En torno al casticismo.
1917. **R. Altamira:** Psicología del pueblo español.
1919. **P. Sáinz Rodríguez:** Las polémicas sobre la cultura española.
1920. **G. Maura y Gamazo:** Algunos testimonios... contra la falsa tesis de la decadencia nacional.
- 19... **Azorín y Pío Baroja:** Obras (passim).
1922. **José Ortega y Gasset:** España invertibrada.

Esta lista no es más que la continuación de aquellas publicadas por Menéndez Pelayo en su *Ciencia Española*, tomo III, 4.^a edición, págs. 223-26.

La *España invertebrada* es, pues, como el último cabo en la serie de arbitrismos que desde tres siglos se comienzan a producir en nuestro país buscando el “gran remedio” a la disolvencia, a la muerte de la nación. Es la heredera de los “Cinco Remedios”.

Cierto que tras 1922 se han producido otros ensayos meritorios en este sentido. Algo de terapéutica se encierra en la *España del Cid*, de D. Ramón Menéndez Pidal (1929). También habría que señalar algunos notables ensayos de E. d’Ors, de Américo Castro, de Ramón Pérez de Ayala, de “Andrenio”, de Gregorio Marañón y de Luis Arquistain. Y, desde luego, la *España* de Salvador de Madariaga.

Pero ninguno de tales ensayos tiene una integridad superior a ese “ensayo de ensayo” que es la *España invertebrada*, cuya primera edición apareciera en el mayo del 22 y la segunda ya en el octubre del mismo año, aumentada de unas cuarenta páginas y corregido su lenguaje en algunos lugares. Lo cual significa la avidez con que se leyó y la influencia que pudo ejercitar.

No conozco ningún análisis serio y concienzudo de este libro. Tal vez porque mereciera de ciertas gentes un absoluto desprecio, y, de otras, una acatación absoluta. Pero ni con reverencia absoluta

ni con absoluto desdén se logra la comprensión de un libro como ese de Ortega que—quíerose o no—ha señalado una marca en la conciencia espiritual del “concepto de España”.

Y si no se logra la comprensión, mal puede soñarse en una crítica y en una victoria sobre lo comprendido.

Sólo partiendo de la inteligencia de un pensamiento se puede examinar lo que lleva dentro ese pensamiento. Y esa será mi actual tarea, tras haber convivido la “atmósfera hospitalaria” del pensamiento orteguiano.

LAS DOS ZONAS O LA EQUIVOQUEZ

La “España invertebrada” de Ortega posee dos zonas perfectamente discriminables. Una, que pudiera llamarse la zona de lo *oscuro*. Y otra, la de lo *claro*. Sombra y luz. Una zona que la sitúa en cierta recaída decimonónica por la confusión y ligereza de conceptos. Y otra zona que la eleva a un miradero de amplias perspectivas venideras, ante las cuales el corazón de Ortega se detiene tímido de aceptar lo que los ojos le perspicúan, insistentes. (La razón de porqué existen esas dos zonas, esa “equivoquez”, ya veremos al final de este análisis que radica en una fundamental, y sin duda, inconsciente, *hipocresía* básica.)

Pertenece a esa zona oscura, confusa, sombría, alguna de estas palmarias inconsecuencias que vamos a citar ejemplarmente (1).

1) *El tema de la decadencia*

Para Ortega, la *decadencia no ha existido en España*.

(“Mal puede darse con la causa de una decadencia cuando esta decadencia no ha existido”) (página 161).

(Esta idea de que la decadencia en España fué “más aparente que real”, así como la grandeza de España (página 16), pertenecía ya a Gabriel Maura (op. cit.), quien la aplicó, sin embargo, desde otro punto de vista.)

Pues bien: Ortega mismo, en la página 160 —es decir, una página *antes de negar la decadencia*—, se la asegura a España definitivamente:

“Venimos, pues, a la conclusión de que la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia.”

Tan palmaria y sorprendente arbitrariedad la reacentúa todavía:

“Desde 1580... la historia de España es decadente y dispersiva” (página 59).
“Es el triste espectáculo de un larguísimo, multiseccular otoño” (página 60).

“La historia de una nación no es sólo la de su período formativo y ascendente: es también la historia de su decadencia” (página 33).

(1) Utilizo la segunda edición.

2) *El tema de lo "franco"*

Sabido es que el "quid" original de la *España invertebrada* reside en ese hallazgo orteguiano que pudiéramos llamar de "lo franco". Es decir, en ese remedio que distingue a la terapéutica orteguiana de toda la farmacología anterior.

Para Ortega la raíz de la enfermedad de España no está en lo económico, lo libertario, lo indigenista y lo cultural, sino en algo de puro laboratorio eugenésico, en una especie de *clínica vacunatoria* de Europa, en el *vitalismo de lo franco*.

Para la formación de las cuatro naciones europeas (Francia, Inglaterra, Italia y España) entraron, según Ortega, tres ingredientes: la *raza autóctona*, el *sedimento romano* y la *inmigración germánica* (página 146).

Para Ortega, la desgracia española consistió en que de esos tres ingredientes, *el decisivo* (página 147), fuera el último, la vitalidad germánica. Porque la vacuna *visigoda*, recibida en el brazo de España, no era lo suficientemente eruptiva, venía ya en malas condiciones, debilitada por su contacto *romano* (página 148).

En cambio Francia tuvo la suerte de recibir una vacunación perfecta y saludable.

"El franco irrumpe intacto en la gentil tierra de Galia vertiendo sobre ella el torrente indómito de su vitalidad" (página 149).

"Vitalidad es el poder que la célula sana tiene de engendrar otra célula" (página 150).

Sentadas tales bases eugénicas e histológicas, lo consecuente hubiera sido que Ortega demostrase cómo el desarrollo ulterior de España fué una especie de viruelas locas, mientras los desenvolvimientos de los otros tres pacientes fueron una inmunización contra toda virulencia letal.

Y es lo curioso que lo intenta demostrar con España. Demostrar que en España la debilidad del *feudalismo* (página 158) (gran síntoma de haber prendido la vacuna vital germánica) fué la causa de que el imperio español durase sólo desde 1480 a 1600 (página 163). Y que España no se *vertebra-se* definitivamente.

Pero lo sorprendente es que Ortega no demuestre cómo Francia—con su magnífico virus—no logra un imperio ...hasta Napoleón. E Inglaterra hasta la reina Victoria. E Italia... hasta que Mussolini se salga con la suya, si se sale algún día.

Y mucho más sorprendente, que la ternera de ese virus maravilloso, la misma Alemania, no alcance unidad nacional hasta anteayer. Y que cuando quiso ensayar durante la Edad Media un Imperio, fracasase. Y cuando lo quiere reiterar en 1914... termine en el Tratado de Versalles. Desde ese punto de vista causaría asombro Portugal, lleno de sangre *negra*, y con el *tercer imperio del mundo*.

Y no menor asombro: el que pueblos tan *rubios, puros e indómitos* como los escandinavos, crisol de vikingos, de reyes bárbaros, de dinastías

egregias... hayan terminado en unas modestas naciones de socialistas, demócratas y pacifiqueros.

Indudablemente, España está a punto de deshacerse. Eso es cierto. Pero ¡cuatro siglos de perduración imperial! son muchos siglos para que pueda sentirse envidiosa de no haber sido lo bastante “franca” en aceptar el ingrediente mágico. *La vertebración indómita.*

Lo que sucedió es que ese mágico ingrediente del “vitalismo franco” que constituye el único *quid* original de la España invertibrada de Ortega, no era un descubrimiento original más que... “en el Mediterráneo” (1).

No fué descubrimiento eso del “vitalismo rubio” más que en esta España *mediterránea, latina, decadente*, donde Ortega—dócil a sus padres del 98—recoge fielmente sus imperativos de “europeizarnos”, de “germanizarnos”, de aceptar la tesis pan-germanista de *lo ario, de lo rubio, de lo vital* que la gran propaganda alemana de la anteguerra—y las complacencias larvadas del anticatolicismo y de la masonería—habían hecho llegar hasta las páginas de la aldea de un Baroja, hasta los puritanismos carlylianos de un Unamuno, hasta la delicuescen-

(1) Nota de 1932.—Este movimiento germanizante y vitalista se descubrió también en la “Italia de la anteguerra”, en la otra península mediterránea. También en Italia hubo la superstición germánica que culminó en el movimiento intelectual de *La Voce*, muy parecido al español de la *Revista de Occidente*. Ahora bien, lo extraño de estos vitalistas mediterráneos es que, al estallar la guerra, se pusieron contra la amada Alemania. Estos cultores de la “indómito” y “guerrero”, salvo excepción, se pusieron al lado del derecho, de la paz, de la democracia, de lo que culminaría en la cloaca de Ginebra.

cia exquisita de un “Azorín” por la *dulce Francia*. Es ese momento ya histórico del pangermanismo en España: cuando Hinojosa busca lo germánico en nuestro Derecho. Menéndez Pidal en nuestra Epica. Melquiades Alvarez en el “reformismo” de origen protestante. Baroja en el color del pelo. Y los médicos acuden a Alemania por el fermento milagroso. Y los militares. Y los ingenieros. Y los pedagogos para poner muchos cristales en las escuelas. ¡Luz! ¡Mehr Licht! ¡Ah!, “lo franco”, nuevo Lourdes del aldeanismo hispano, así fuese entonces “intelectual” tal aldeanismo. Se generaliza la cerveza como bebida de “minorías selectas”. En las cervecerías alemanas de Madrid se espuma *El Sol* (1917), cuyas titulares góticas encerraron todo el secreto de esa generación que creyó en el “virus germánico” como salvador de todas las gripes nacionales.

¿Qué de extrañar si Ortega—el coetáneo terapeuta de la gripe nacional—formulase su remedio de “lo germánico, de lo franco”, como el decisivo de *lo español*?

Ortega, ya en 1914 (año justo de empezar la guerra), y en sus “Meditaciones del Quijote”, no se resignaba a ser moreno y latino. Más bronceado que Pío Baroja, hace constar sin embargo su disgusto por ello. “*Yo no soy sólo mediterráneo*”. “*¿Quién ha puesto en mi pecho estas reminiscencias sonoras, donde—como en un caracol—perviven las voces íntimas que da el viento en los senos de*

las selvas germánicas?” “el blondo germano, meditativo, y sentimental, que alienta en la zona crepuscular de mi alma”. (Págs. 120, 1, 2.)

También en ese mismo ensayo hace la distinción de las dos culturas europeas: la latina es la confusa. La germánica, la clara. Es Germania quien hereda a Grecia. Ello sería posible. Pero a España lo que le interesó en su historia no fué Grecia, ¡sino Roma! Y ya lo demuestra el mismo Ortega, como ahora veremos. No el pueblo con exceso de minorías selectas, como el griego, sino el pueblo de Roma, que—como el de Castilla—supo trabar en la historia un formidable imperio. A pesar de que Roma no se vacunó con lo franco. Y de que Castilla no dió excesiva importancia a tan mágica varita de virtudes orteguiana.

La tesis “rubia” de Ortega, no es sólo un error terapéutico respecto a la genialidad de España: es algo más grave: una herejía. La máxima de las herejías que puede escuchar España, genio *anti-racista*, por excelencia: pueblo que dió a los problemas de raza una *solución de fe*, pero nunca de sangre. España no asimiló al judío, al protestante o al morisco porque fueran morenos o blondos, sino porque aceptaron o no su *credo*.

La tesis de Ortega, es el viejo mito germánico que tuvo validez allá en el tras Rin, desde el dios Wotan hasta el Los-von-Rom. Y que hoy reverdece con el hitlerianismo, esa nueva *mítica de la sangre*, del *orgullo de raza* que ya analizaremos en la ter-

cera parte de este libro. Si España un día llegó a instituir la Fiesta de la Raza, fué precisamente en el sentido contrario al germánico: o sea, en aquel de negar la *raza pura de España*, admitiendo como base de nuestro genio, la *fusión de razas*, el sentimiento cristiano y piadoso de la comunión del pan y del vino, del cuerpo y de la sangre, bajo el símbolo de una unidad superior, de una divinidad más sublime, menos somática que esa corporal y sangrienta.

Muchas veces he estado tentado de realizar el guión de un film burlesco, el pergeño de un sainete, llevando al absurdo y a la comicidad, la angustia de estos descarriados españoles que sufren del corazón por no haber nacido áureos como valquirias.

* * *

Ahora bien: no está en mi ánimo llevar la censura del “germanismo en España” hasta el absoluto. ¡Lejos de mí, la burla por lo germánico en España! Pues ya se verá más adelante que entre los “fundamentos geniales de España”, está el sustrato germánico.

De lo que me sonrío es de la manera falsa y herética de interpretar ese fermento *rubio*, Ortega y su época. Ortega no se atreve a reconocer la forma en que ese fermento nos fué útil y mágico

a España: la forma de las *dinastías* y de la *mística* occidental. Mística de sangre y mística de libertad. Pero de ello hablaremos a su debido tiempo.

3) *Roma y Castilla*

Se diría que Ortega—tras asentar su fórmula de que lo eficaz para que una nación surgida en Europa al destruirse el Imperio Romano, *perdure vertebralmente*, sea lo *germánico*, lo *feudal*, el *ingrediente decisivo de lo rubio*, de la forma *minoritaria y señorial*, sobre la *masa popular de la nación*—habría de negar absolutamente el que España—donde no se da esa fórmula—pudiera hacer una gran nación y un gran imperio.

Pero no. Resulta que el destino histórico de Castilla es el mismo grandioso que el de Roma.

Castilla no valdrá para estructurar *una jerárquica tertulia* (página 170), pero

“Roma y Castilla, mal dotadas intelectualmente, forjaron las dos más amplias estructuras nacionales” (página 35).

“El poder creador de naciones es un *quid divinum*” (página 34).

¿Ese *quid* no habíamos quedado en que era el de la vitalidad franca? Pues no, señores míos.

“Es un genio o talento tan peculiar como la poesía, la música y la invención religiosa” (ib.). “Un talento imperativo”—precisa más adelante—. “Pueblos sobremanera inteligentes han carecido de estas dotes, y, en cambio, las han poseído en alto grado pueblos bastantes torpes para las faenas científicas o artísticas” (ib.).

Es decir, que Ortega, en su libro, no se propone demostrar que España haya sido incapaz de

hacer una alta ciencia, sino una gran nación, y que por tal resultó invertibrada. Y lo resultó por falta de ingrediente franco. Pero también resulta, según Ortega, que España hace como Roma “la más amplia estructura nacional”, sin necesidad, como Roma, del famoso ingrediente.

Ya advertía yo, antes de empezar el presente análisis, que este libro de un profesional de la consecuencia era de los menos consecuentes que pueden leerse en España y sobre España.

4) *El tema de “lo selecto”*

Para Ortega lo franco es la “forma”, la “minoría”, “lo que moldea”, “lo aristárquico”. El resto es masa, materia, pueblo. Como a España nos llega lo *germano* muy viciado, nuestras minorías son malas y escasas. Y todo queda en manos de lo que es masa.

En España lo ha hecho todo el

“pueblo y lo que el pueblo no ha podido hacer, se ha quedado sin hacer” (página 143).

“Mírese por donde plazca el hecho español de hoy, de ayer o de anteayer, siempre sorprenderá la anómala ausencia de una minoría suficiente”. “Este fenómeno explica toda nuestra historia, inclusive aquellos momentos de fugaz plenitud” (páginas 144-45).

“Compárese el conjunto de la historia de Inglaterra o de Francia con nuestra historia nacional, y saltará a la vista el carácter anónimo de nuestro pasado, contrastando con la fértil pululación de personalidades sobre el escenario de aquellas naciones” (página 144).

“La personalidad autónoma que adopta ante la vida una actitud individual y consciente, ha sido rarísima en nuestro país” (página 143).

“De suerte, que así como han escaseado los hombres de sensibilidad artística poderosa, capaces de crearse un estilo personal, han faltado también los fuertes temperamentos que logran concentrar en su propia persona una gran energía social, y merced a ello pueden realizar grandes obras de orden material o moral” (página 144).

✦ ✦ ✦

A toda esa serie de proposiciones—¡heréticas y mezquinas frente al genio de España!—bastaría oponerles el mismo argumento orteguiano citado anteriormente. Castilla fué capaz de crear por un *quid divinum*, independiente de todo *quid* racial, de todo fermento franco, la *más amplia estructura nacional*.

Una estructura—por emplear términos de nuestro filósofo—supone jerarquía de planos o valores.

Pero el propio Ortega nos lo confirma ¡con el caso mismo de España!

“Castilla ha hecho a España”. “Inventa Castilla grandes empresas incitantes”. “Se pone al servicio de altas ideas jurídicas, morales, religiosas”. “Dibuja un sugestivo plan de orden social”. “Impone la norma de que todo hombre mejor, debe ser preferido a su inferior, el activo al inerte, el agudo al torpe, el noble al vil” (página 64).

¿De dónde—pues—se sacaría Castilla esa “estructuración” y esa correlación excelsa de *minorías y de masas*, si en Castilla todo era pueblo?

Pero además de suceder la “estructuración de España” sucede la de América.

“Maravilloso acontecimiento”. “Lo maravilloso no fué la conquista—sin que yo pretenda mermar a ésta su dramática gracia—, lo importante, lo maravilloso fué la colonización”.

“Nadie puede negar sus dimensiones como hecho histórico de alta cuantía. Para mí es evidente que se trata de la única verdadera, sustantivamente grande que ha hecho España” (página 165).

“España pertenece a la grey de naciones occidentales que han hecho el más sublime ensayo de gobierno universal” (página 169).

Ya sabemos que para Ortega lo grande de España, como lo de Roma, es la capacidad divina y sublime de *estructurar pueblos*. Pero lo que segui-

remos sin saber, es cómo Ortega congruiza, cohonesta este estructurar pueblos “de Castilla, y de gobierno universal de Castilla”, a base de... pura masa, sin fuertes minorías selectas, sin ingrediente “franco”.

Según Ortega, hacer una España y una América, se pudo lograr “sin fuertes temperamentos que concentren en su propia persona una gran energía social”.

Es decir: que las figuras de un Hernán Cortés o de un Pizarro, de un Cid, de un Fernán González, de un Fernández de Córdoba, de un Cisneros, fueron algo anónimo y no selecto. (Por no citar más que unos cuantos capitanes de lo español.) Y que las figuras de un Santo Domingo, de un San Ignacio, de una Santa Teresa, fueron trozos amorfos de la masa hispánica que no concentraron energías sociales “para realizar obras de orden material y moral”.

Para Ortega—sin duda—un Cervantes o un Goya, no fueron “capaces de una sensibilidad artística poderosa”.

* * *

Cierto que España no produce una “personalidad autónoma que adopte ante la vida una actitud individual o consciente”.

Pero ello se debió sin duda a dos cosas: una, la dicha por Ortega: que España, como Roma, era torpe para la faena científica y muy apta para su

peculiaridad de crear pueblos. Y otra: que España esperaba el siglo XX para que la nacieran filósofos y charladores, capaces de organizar el profenómeno de la historia, esto es, la *conversación* (página 179), la *tertulia*. Es decir, esperaba el momento feliz, España, de poder parecerse ya un poquito a Francia, a Inglaterra. Precisamente en estos momentos en que dejaba España de parecerse a España. Precisamente: cuando España, petulante de minorías selectas, perdía hasta la sombra de sí misma como creadora de pueblos; perdía “la maravillosa América” y hasta la menos maravillosa región de Cataluña, por no citar otras desvertebraciones de cuyo nombre más vale no acordarse.

Podría continuar analizando más inconsecuencias de nuestro máximo profesional de la consecuencia, en su obra capital de la “España invertibrada”. Por ejemplo, podría mostrar la contradicción palpable que supone declararse por un lado, *medievófilo y antimoderno* (página 154), y por otro, gran querenciador de la “personalidad autónoma ante la vida” (página 143), que es lo que constituye la base de la *anti edad media*, el fundamento del *modernismo*, del *humanismo*, de lo *renacentista*.

Pero mi tarea se desproporcionaría fuera de los límites morales y literarios que me tengo trazados.

Me parece suficiente el examen realizado en la “zona oscura y confusa” de la “España invertibrada”, para portar el conocimiento de que a un máximo lógico, consecutor y crítico, se le puede

hallar la crisis, la incongruencia y el ilogismo. Me parece suficiente haber destacado en esa “zona sombría” del sistema orteguiano, la razón de sus sinrazones; la nulidad de sus falsas luces. Es decir, la ausencia de fundamentos exactos para manifestar solemnemente ante la historia, que España estuviese “invertibrada”.

LA ZONA PERSPICAZ

Ahora bien: si el libro famoso de Ortega posee esa ingénita “zona oscura, arbitraria, caprichuda y falsa”, también tiene otra—como ya advertíamos—llena de perspicuidades meridianas, subida sobre altos miraderos. Una zona desde la que Ortega otea con claridad el horizonte, entornando los ojos en supremo esfuerzo visual, y apercibiendo..., apercibiendo lo que el corazón de Ortega se niega, en última instancia, a aceptar: por timidez, por cobardía, por falta de fuerzas morales e históricas; por presentimiento vago de que aceptándolo, hubiese quedado invalidado automáticamente frente a su propia generación (la generación “*francamente* romántica”). Y, además, porque aceptándolo—en honrada consecuencia—se hubiese venido abajo toda la tesis fundamental de su propio libro: la “invertibración española”.

El libro de Ortega es un libro trágico, patético. Por un lado significa la lucha por potenciar hasta el último argumento, la tradición heterodo-

xa del problema español que venía arrastrándose arbitrismo tras arbitrismo—desde tres siglos. Y, por otro, significa la máxima tensión por alcanzar la solución ortodoxa, sana y leal, esa que, en vano, percibe con los ojos Ortega, sin poder aprehenderla con el corazón. Por eso la “España invertebrada” es un libro agónico. Y su inteligencia o lectura, causa honda piedad. Casi lágrimas (1).

Probemos esta piedad. Señalemos los aciertos visuales de Ortega y sus desconciertos morales frente al genio sacro de España. Mostremos cómo Ortega retrocede—medroso de sí mismo—ante lo que, de aceptarlo, me hubiese evitado ahora esta ingrata tarea..., y esta simpática gloria de recoger por fin, serenamente, el botín que él no osara tocar.

1) *R o m a*

Ortega apercibe lo que Castilla, lo que la España esencial, tiene de filiación con Roma. Ya he citado el texto donde lo declara; lo he citado para una aplicación negativa de él. Pero he de volverlo a citar ahora para mostrar, no su envés, sino su haz positivo.

“Roma y Castilla, mal dotadas intelectualmente, forjaron las dos más amplias estructuras nacionales” (página 34).

(1) Nota de 1932.—El libro de Ortega llega a tal contradicción íntima, que siendo un libro escrito por un “occidental”, un “liberal”, un “filósofo franco”, resulta de hecho un libro “fatalista” y “oriental”. En vez de escrito por unos “ojos blondos”, resulta como escrito por unos ojos morunos, y unos labios abultados, y un alma nihilista. Pues fatalismo atroz es negar la resurrección posible de España por no poseer el ingrediente racial necesario. La “España invertebrada” es el libro más pesimista y fatídico que se ha escrito sobre España. Su remedio es irremediable.

Roma le aparece y le reaparece a Ortega como una obsesión que en vano quiere evitar.

-En la "Historia de Roma", de Mommsen..." "La narración de los destinos de Roma..." "Roma es la única trayectoria completa de organismo nacional que conocemos" (página 27).

Todo un capítulo dedica a contemplar el milagro de Roma.

"Hasta ahora sólo se ha podido construir una historia con todo el rigor científico del vocablo: la de Roma" (página 28).

Y Roma, ¿qué es en último término? Pues Roma significa esto:

"Roma inicial o quadrata. Roma doble, federación latina, unidad italiota, imperio colonial" (página 31).

Es decir, lo que iba a significar luego la heredera de Roma en el mundo: España.

Pues bien, cuando tras apereibir este fenómeno grandioso de lo romano, se podría creer que Ortega abordaría la solución española en una *dirección de simpatía y concomitancia con este pueblo igual al de Castilla...*, Ortega se encoge, cierra los ojos, vuelve la cabeza... y señala como norte, el Norte. La Francia, la Inglaterra, la Alemania, las del fermento rubio y encervezado.

* * *

Ya sé la objeción fulminante y molesta que los no los labios de Ortega, los de quien representase labios de Ortega me lanzarían al leer esto. Y si

la tesis orteguiana. Y esta objeción sería la siguiente: ¿qué tiene que ver una Roma *sida* y una Castilla *sida*, con los problemas actuales de una Roma de hoy y una Castilla de hoy?

¡Ah! Yo no voy a inventar nada. Dejo al mismo Ortega en su postura equívoca del amagar y no dar.

2) *Los pueblos pequeños y bárbaros de la trasguerra*

“Es muy sospechosa la extenuación en que ha caído Europa” (página 19).

(Europa, para Ortega y su generación, ya sabemos lo que es: *Francia, Inglaterra, Alemania.*)

“Si las grandes naciones no se restablecen, es porque en ninguna de ellas existe el claro deseo de un tipo de vida mejor que sirva de pauta sugestiva a la recomposición” (página 19).

(¿Y el famoso *fermento vital*, para qué habrá valido a estas cáscaras de huevo?)

“A los males españoles... no cabe hallar medicina en los grandes pueblos actuales” (página 20).

(Es decir, en la Francia, la Inglaterra, la Alemania.)

“Tal vez ha llegado la hora en que va a tener más sentido la vida de los pueblos pequeños y un poco bárbaros” (páginas 20-21).

¿Y quiénes serán esos pueblos “pequeños y un poco bárbaros” que Ortega otea en 1922, justamente en el preciso momento en que la Italia de Mussolini comienza a elevar su haz romano en *una fiebre de futuridad y de sentido?*

Ortega, en vez de abordar noblemente la respuesta, se baja de su azotea y musita:

“Permitásenos que deje ahora inexplicada esta frase de contornos sibilinos” (página 21).

3) *Cesarismo*

Alguien me diría: “¡no! Ortega no señalaba sibilinamente a Italia, mostraba a... Rusia”. Pero Rusia si era pueblo un poco *bárbaro*, no era *pequeño*. Lo cual le sucedía también a Turquía. “Podría señalar a Checoslovaquia”. Pero Checoslovaquia si era pueblo *pequeño* en cambio era civilizadoísimo.

No demos vueltas al “complejo edípico” de Ortega. Ortega había visto alzarse de nuevo en el mundo el germen de “lo cesáreo”. Y prefirió asesinarlo con el silencio antes que confesar su filiación y amor.

Porque pocos españoles preclaros e intelectuales habrá en España más “amigos de lo cesáreo” que Ortega.

“La obra de César duró siglos y repercutió en milenios” (página 31).

La obra de César aparece en toda la obra orteguiana como la sombra del padre a Hamlet. Como la calavera que nuestro Hamlet voltea—sibilino—en sus manos.

La *Meditación del Escorial* es una de las más famosas apariciones de esa sombra por la obra de

Ortega. Raro es el escrito de Ortega donde esa sombra no cristalice en citas a Napoleón, a Alejandro, a Mirabeau y al propio César.

Ortega apercibió desde su miradero la nueva valoración del mundo europeo que se avecinaba; *militantismo contra pacifismo; jerarquía contra democracia; estado fuerte contra liberalismo; hueses ejemplares (milicias imperiales) contra ejércitos industrializados; amor al peligro frente a espíritu industrial; política internacional y ecuménica frente a nacionalismos de política interior; vuelta a primacías medievales frente a insistencia en valores individualísticos, humanistas. Y sobre todo capitanes máximos, responsables y cesáreos que asumiesen la tragedia heroica del Mandar frente a muñecos mediocres irresponsables y parlamentarios que eludiesen constantemente la noble tarea de gobernar mundos.*

Véanse los textos:

a) **Militarismo contra pacifismo:** “Yo siento mucho no coincidir con el pacifismo contemporáneo en su antipatía hacia la fuerza; sin ella no habría nada de lo que más nos importa en el pasado, y si la excluimos del porvenir, sólo podremos imaginar una humanidad caótica” (página 36).

b) **Jerarquía contra democracia:** “Con la moral y el derecho solos no se llega a asegurar que nuestra utopía social sea plenamente justa”. “Esa fué la aberración de los siglos XVIII y XIX”. “Una sociedad sin aristocracia, sin minoría egregia, no es una sociedad” (páginas 126-27). “Se ha decidido frívolamente que son injustas las diferencias jerárquicas, sin las cuales no hay sociedad que pueda nacer ni persistir” (páginas 127-29).

c) **Estado fuerte frente a liberalismo:** En la “España invertebrada” no emplea Ortega esa expresión que constituiría más adelante la fórmula de lo que—con su táctica sibilina—no se atreve jamás a confesar. ¡Peregrina capciosidad la del “estado fuerte”! En cambio, en las páginas 124 a 127 pueden verse las ironías y críticas sobre el liberalismo de los siglos XVIII y XIX.

d) **Milicias imperiales contra ejército aburguesado:** "Aunque la fuerza represente sólo un papel secundario y auxiliar en los grandes procesos de incorporación nacional, es inseparable de ese otro divino que, como arriba he dicho, poseen los pueblos creadores e imperiales". "El mismo genio que inventa un programa sugestivo de vida en común, sabe siempre forjar una hueste ejemplar que es de ese programa símbolo eficaz y sin par propaganda" (página 43). "En cierto modo, el militar (actual) es el guerrero deformado por el industrialismo". "Precisamente lo que hace antipatrióticos y menos estimables a los ejércitos actuales es que son manejados y organizados por el espíritu industrial" (pág. 41).

e) **Espíritu guerrero frente a espíritu burgués:** Después de burlarse del vulgar y sincero Spencer, que halagó los instintos de la burguesía imperante de su época, anteponiendo el espíritu industrial al guerrero, afirma "la ética industrial es moral y virtualmente inferior a la ética del guerrero" (página 40). "La fuente originaria del concepto actual de ley fué la disciplina militar romana y el carácter peculiar de su comunidad guerrera" (páginas 60-61).

f) **Política internacional frente a política interior:** "Sólo una acertada política internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es siempre, a la postre, política de poco calado" (pág. 50).

g) **Vuelta a primacías medievales frente a valores individualísticos:** Toda la nota (1) de la página 154 está dedicada a demostrar "la estricta inversión de las ideas hoy vigentes", comparándolas complacidamente con las medievales. En la página 161 recomienda a los jóvenes españoles el estudio de la Edad Media.

Y h) **Capitanes máximos frente a la indocilidad de los mediocres:** "El que sepa mantenerla unida y en orden puede hacer con la nación española grandes cosas" (página 53).

El secreto del César "e dare di se grande spettazione". Y ser "sempre animoso datore di principii" (página 53).

(Son citas de Guicciardini y Maquiavelo, aplicadas entonces—en el XVI—a la España cesárea, y hoy revalorizadas—además de por Ortega—, sépanlo ustedes, amigos, y sépalo sobre todo usted, Ortega: por el fascismo romano.)

"Las más primitivas leyendas y mitos sobre creación de pueblos, tribus, hordas, aluden patrióticamente a personajes sublimes, dotados de prodigiosas facultades, padres del grupo social" (página 133).

(Este teorema que yo he desarrollado en mi concepción de la República española, precisando el mito del *Urvater*, padre primigenio del grupo social, me ha valido la excomunión del grupo donde Ortega viene hablando doctoralmente. Claro que yo formulé este teorema sin hipocresía alguna) (1).

Esos césares e Urvater "no hubiesen en vida suscitado ese ideal entusias-

mo (de divinizarlos a posteriori) si no hubiesen sido de hecho ideales o arquetipos". "Fueron influyentes, socializadores, modelos" (página 133).

"Todo otro influjo o gracia de un hombre sobre los demás que no sea automática emoción suscitada por el arquetipo o ejemplar en los entusiastas que le rodean, son efímeros o secundarios" (página 134).

"A la postre el prestigio de la autoridad durará lo que dure el recuerdo de las personas ejemplares que la ejercieron" (página 133). El mecanismo de la coexistencia social es ese: "ejemplaridad, docilidad" (página 137).

* * *

Me parecen suficientemente graves, rotundos y conclusivos los textos desplegados en este metódico examen de la "zona solar y clara" de la obra de Ortega, para preguntarnos doloridos y atónitos: ¿Cómo un ojo experto, cual el orteguiano, que afirma ser "un defecto ocular el que impide al español la percepción acertada de las realidades colectivas" (página 13), al corregir él, ese defecto, y alcanzar la percepción acertada de *algunas* de las realidades colectivas, *cierra los ojos y se vuelve de espaldas?*

¿No será Ortega mismo esa urraca que él cita pamperamente:

que en un lao pega los gritos
y en otro pone los huevos? (2)

Para mí, el fenómeno de pegar en un lado el

(1) El Robinsón Literario de España, núm. 2

(2) Nota de 1932. -Esta cita de Ortega está en España Invertebrada (página 100).

grito, la mirada, y poner los huevos en otro, es el mismo que ya sucedió en el siglo XVII y que por cierto subrayó Ortega mismo hablando de Cervantes: un *fenómeno de hipocresía histórica*. Es el mismo fenómeno hipócrita del siglo XVII, sólo que al revés.

Entonces, un Descartes, un Cervantes, pegaban los gritos de sus devociones en Loreto, en el Escorial, es decir, en Roma. Pero ponían los huevos en... la *Enciclopedia*, nacida de esos mismos huevos. Y así ahora: Ortega pone su devoción, su pánico religioso, en el *Templo de la Humanidad* que es el Parlamento, el Liberalismo y Ginebra. Pero los huevos, los gérmenes, a pesar suyo, tornan al otro *lao*.

La misión de uno es bien sencilla; dar el grito ahora donde están los huevos. Y seguir poniendo los huevos—el acento, el coraje y el valor—donde también los gritos. Sin miedo a equívocos ya. Sin *terror a la consecuencia*. Sin importar a uno la excomunión del peor de los espíritus existentes en España desde tres siglos: el *espíritu hipócrita de la urraca*.

Mi misión es tan sencilla y alegre que me parece renacer a una vida pura de niño, mirando sinceramente a los ojos leales de mi madre, de mi pueblo. Me parece—como en aquel método biológico elemental—haber vuelto al más simple texto del alma hispánica: “dar al César lo del César y a Dios lo de Dios”. Genio de España.

TERCERA PARTE

CÉSAR Y DIOS

(EXALTACIONES A UNA JUVENTUD CON GENIO DE ESPAÑA (1))

(1) Nota de 1938.—Bajo este emblema de "César y Dios" se agrupó en Pamplona el primer diario de Falange ("Arriba España") y la revista de más envergadura espiritual del movimiento: "Jerarquía", fundada por Fermín Yzardiaga.

I

BASTARDÍA

No es que Ortega sea un hipócrita. Ortega no es un hipócrita, por hacer con sus ideas y gritos lo que la urraca. Las unas en un lado, y el chiar en otro.

Para ser hipócrita necesitaba la conciencia de esa disparidad. Pues sin conciencia de mentir, sin "sabiendas", no hay hipocresía.

Y, en Ortega, como en todos los heterodoxos españoles de tres siglos, esa bifurcación no es consciente, sino instintiva, natural: biológica. No algo referente a la *razón*, sino al *instinto*. (A la sangre del espíritu.)

Y cuando en un ser danse esos fenómenos de contradicción íntima: de no compaginar *dichos* con *hechos*; y cuando esta descompaginación resulta inconsciente para el sujeto, es que el sujeto no es un *hipócrita*, sino un *bastardo*. (Un *bastardo espiritual*—ha de entenderse, en este caso.)

O dicho con frase bontempelliana y feliz: *Un hijo de dos madres*.

Yo creo que este concepto *eugénico, genital, genial*—de la *bastardía*, aplicado a las mentalida-

des de una cultura determinada; este concepto del retrotraer a los orígenes del engendro espiritual, a la embriogenia de la casta espiritual (que es el concepto de la bastardía), aplicado a ideas de un escritor en una específica literatura—, tendrá y tiene que tener consecuencias fecundas de claridad: de una alta exactitud.

Efectivamente.

Nadie que yo sepa—hasta ahora—ha observado la característica más fundamental de la literatura española en los últimos tres siglos de nuestra historia. (Y señalo la literatura por considerarla como el índice o espejo de la realidad nacional circundante.)

Y es precisamente esa, la característica, esa de: *lo bastardo*. Con su consecuencia anímica inmediata de: *la inquietud*.

A partir de la época cervantina, la espiritualidad hispánica comienza a dar signos extraños de desasosiego, de turbación, de desgarramiento.

Poned el oído. Fijad la vista. Tomad su pulso. El *Quijote*, ¿qué es ya sino el primer y enorme síntoma de este mal en ciernes? ¿Qué esa disparidad de *Sancho y Quijote*; de *burla* y de *seriedad*; de *bellaquería* y de *heroísmo*; de *ironías* y de *respetos*? ¿Qué mundo es ese de *dos vertientes*, perfectamente señaladas por Américo Castro en el *Pensamiento cervantino*?

Si no hubiese ya analizado largamente el *Quijote* en este sentido, me atrevería a realizarlo

ahora, aun cuando resultase impropio. No más que por lo apasionante del tema (1). Pero me basta incitar por el momento, a un sencillo recuerdo en el lector del Quijote: el recuerdo sincero de su impresión cuando lo terminara de leer un día. No fué ciertamente de serenidad esa impresión, ¿verdad? El Quijote deja con los nervios rotos. Y si no los deja rotos a un lector vulgar, bástele saber a este vulgar lector, que la lectura del Quijote le rompió su nervatura a la *humanidad moderna*. Y que todavía esta *humanidad moderna*, que termina hoy en el bolchevismo ruso, tiene en el Quijote un punto de referencia a su *temblor*, a su *estremecimiento*. Bástele saber aquello tan profundo de Byron sobre el Quijote: "Fué un gran libro que mató a un gran pueblo". Frase que desentraña la duplicidad del Quijote: su grandeza y su infamia. Es decir: *su bastardía*.

♦ ♦ ♦

Me placiera analizar uno por uno los índices espirituales de esos tres siglos españoles. Y es un trabajo de investigación que si no lo realizo algún día me entusiasmaría verlo concluido por algún joven universitario de nuestras letras. En rigor, ya he apuntado algo en la primera parte de este li-

(1) El Robinson Literario de España: Un peligro nacional. La vuelta de Don Quijote. (15 de febrero de 1932, núm. 122 de "La Gaceta Literaria".)

bro, al examinar “los 98 espirituales” de España: esa doblez misteriosa y contradictoria que se da en todas esas generaciones españolas que van desde el seiscientos hasta hoy. (Doblez y misterio que no he de desvelar por ahora, sino a su debido tiempo: al desentrañar la esencia del genio de España.)

NUESTRO CONEJO DE INDIAS

Sin embargo, y para poder asentar con firmeza mi diagnóstico, quiero aplicarlo a una zona muy concreta de ese mal, a un sector que, por su unidad, y por su cercanía histórica, puede resultar más accesible y relievizado para nuestro miradero. Me refiero a la *generación del 98*, a esa generación tópica, a ese simpático conejuelo de Indias que viene prestándose tan abnegadamente a nuestros experimentos. Tomemos algunos de sus ejemplares.

Tomemos uno de los antecedentes inmediatos de esa generación: *Ganivet*.

¿Qué sensación, qué opinión vital os ha inspirado, os produce *Angel Ganivet*?

¡Sed sinceros, tras ser perspicaces!

Pues esa, ¿verdad? Esa de *algo dúplice, impuro, confuso, equívoco, inquieto*.

A primera vista, ¿no es el *Idearium español* de *Angel Ganivet*—más que un *Idearium*—un *Acuarium*, por donde las ideas, como peces, van y vienen aleteantes en caprichudos coleteos, forman-

do en sus zigzagues—rojos, azules, blancos—una especie de Alhambra líquida, una tracería sin más ley que la de una fantasividad sensual?

Eso es cierto a primera vista. Aun cuando a segundas vistas, más detenidas, observemos que esa caprichudez tiene dos sentidos. Contradictorios entre sí. Hasta el punto de anularse el uno al otro.

La pura verdad sobre Gánivet, es que Gánivet—dentro de su lío específico—dice cosas que nos parecen ciertas y cosas que, siendo también aparentemente ciertas, contradicen a las anteriores.

De ahí que la característica más esencial que los críticos ganivetianos hayan podido deducir de esta compleja alma granadina sea esa de la “*antinomía*”, o del “*ingenioso desorden*”.

Gánivet es *cosmopolita y campanarista, lugareño. Es antifeminista y mujeriego. Es europeizante y casticista. Es populista y antidemócrata. Es rebelde y disciplinado. Es nómada y sedentario. Es libre y fatalista. Es revolucionario y tradicionalista. Es católico y anticatólico. Es cantor del vivir y se suicida.*

Por eso se le ha llamado: *un hombre-medalla*, con dos caras, con un haz y un envés. Por eso los conservadores vieron en él una gloria nacional. Y los liberales otra gloria nacional. Y su cadáver fué traído y llevado por futuros republicanos con el asentimiento de un régimen como el de la Dictadura.

¡Gran misterio ganivetiano español! (Pero sin misterio, como veremos.) A Ganiwet le pasaba como aquel personaje de Racine: "Je sens deux hommes en moi".

♦ ♦ ♦

Eso mismo le ocurrió a otro típico antecedente de esa generación: a *Joaquín Costa*.

¿Qué demonios encerraría la figura de Joaquín Costa para que Primo de Rivera le hiciese un homenaje, y la República — después — otro homenaje?

Pues eso: demonios; disparidades; desarmonías; canteras para labrar todas las estatuas posibles.

Encerraba: un *Cirujano de hierro* y una *Democracia republicana*. Un culto *Parlamentario* y un *instinto dictatorial*. Una política *pacifista, casera*, y unas ráfagas de *Conquistador de imperios*. Era también un *Hombre-Moneda*. Con Cara y Cruz. De ahí que uno de sus mejores biógrafos hiciese un libro preguntándose a cada paso: *Pero Costa, ¿era un enigma?* (1).

♦ ♦ ♦

No mejor que Costa ni que Ganiwet ha resuelto Unamuno esa complexión misteriosa.

Ahí está, aún en vivo, eso que se ha llamado

(1) Dionisio Pérez: *El enigma de Joaquín Costa* (1930).

la *paradoja unamunesca*, no sabiendo cómo llamar al bastardeamiento de una integridad espiritual.

Ahí tenéis a ese Unamuno de *Paz en la Guerra*, del *Catolicismo laico*, de la *República monárquica*, del *Cristo de Velázquez* y de la *Liga de los Derechos del Hombre*, *místico y masón*, *liberal y antieuropeo*, *universitario y anticientífico*, *creyente de Dios y poniendo velas al Diablo*, *humanista y medieval*, con un *Yo divinizado o una Divinidad yoizada...*

Ahí tenéis a ese Unamuno, para quien las derechas bilbaínas, católicas y jesuítas, tienen miradas de simpatía y apoyo, y para quien las izquierdas anticlericales y radicales tienen una hornacina en el Ateneo de Madrid y pequeños altares por todos los cafés provincianos.

No es que den ganas de reirse. Es que dan ganas de llorar. Porque a España "le duele ahí" —como diría Unamuno—, con ese *su dolor de España*, que es un auténtico dolor de indigestión. De España atragantada. De España sin digerir... (¿Por qué no ha de ser *indigesto* el gesto del intelectual español? ¡Si no puede ser de otra manera!)

Pero no sólo del español intelectual, como luego veremos.

Eso lo mismo le pasa a Tolstoi, el Unamuno ruso, con su cristianismo laico.

Por algo Jean Cassou ha calificado la actitud tolstoiana en un libro sobre el venerable abuelo

eslavo—como una mezcla de “grandeza y de infamia”.

Unamuno, como Tolstoi, huele a incienso y a azufre. Y la mixtura de esos dos olores produce la sensación de agonía y de estertor (de náusea cósmica) que produce—¿no es cierto?—la obra de Unamuno, la obra tolstoiana de Unamuno.

♦ ♦ ♦

Pasemos a otro 98: Pío Baroja. Pío Baroja, como hombre sincero ante todo, ya se vió él mismo la llaga. En las páginas 130-1 de la edición Nelson (Londres-Paris), de su *Ciudad de la Niebla*, están las siguientes, admirables, certeras palabras:

“Hemos descompuesto al hombre, al conjunto de mentiras y verdades que antes era el hombre, y no sabemos recomponerla. Nos falta el cemento de la fe divina o de la fe humana para hacer con estos cascotes una cosa que parezca una estatua”. “Hemos jubilado todo lo maravilloso”. “Sentimos hoy el mismo fetichismo que ayer, pero lo consideramos como una vergüenza”. “Así nuestra existencia es humilde y cómica. Somos pequeños bufones envenenados por la sociedad, por esta sociedad a la que descompondremos riendo, mientras no podamos darle el golpe de gracia”. “Hoy el porvenir, y aun el presente, es de los profesores socialistas, de los que saben, cuentan, miden, hacen estadísticas y discurren, al parecer, con la cabeza”.

Dentro de la inmoralidad que supone este renunciamiento trascendente, la actitud de Baroja, por sincera, resulta moral. Incluso heroica.

Porque Baroja muestra a veces su ser y su deber ser con tal patetismo concentrado, que inspira respeto:

"No; seguramente el autor no tiene la culpa de no poder dar a sus lectores una impresión de claridad y de fuerza, de serenidad y de confianza en la vida..."

"Ave de presa sin pico y sin garras, con las plumas apollilladas, las alas paráliticas y el estómago dispéptico, que no sabes volar como las águilas ni desgarrar como los buitres, estás de sobra. Retírate a tu agujero o cataloga tu memoria en las vitrinas de un museo arqueológico."

Por eso Baroja, en sus momentos de buen humor, parece un cínico. Y en sus momentos de malestar, un desesperado, un suicida: el mejor heredero de Larra; otro cínico desesperado de España; gran padre (abuelo) de la generación del 98, como le clasificó exactamente "Azorín".

Por eso Baroja parece a ratos un bolchevique, llevando por corazón el de un sargento carlista. Parece un ateo y un anticlerical, llevando en su alma un hábito blanco de monje. Parece un misógino, llevando en sus entrañas oleajes intactos de pasión. Por eso Baroja, como tipo español bastardeado, roto, desgajado, descompuesto y partido, parece lo que no es. Y es, lo que no parece.

♦ ♦ ♦

"Azorín" es el ejemplo mejor del *péndulo* en su política literaria: anarquista-ciervista, lerrouxista-maurista, primoderriverista-lerrouxista. Del pasado tradicional español saca una resultancia *liberal y moderna*. Y del liberalismo moderno, un *clasicismo añejo*. Es el crítico que ve los *clásicos* españoles a través de los *modernos* franceses. Y ve Europa con visión de poeta en Monóvar.

Es una gran pluma que escribe con sencillez, claridad y precisión temas imprecisos, oscuros y complicados. Escéptico, sensual e irónico encuentra todo pasajero, transitorio. Tiene la gran obsesión del Tiempo. De lo que Pasa. Desde las Nubes a los Regímenes, y al Metropolitano de Madrid. No pudiendo sentarse todos los días sobre un hito de piedra frente a la milenaria ciudad de León, para ver pasar las horas y las cosas, suele en Madrid sentarse en los subterráneos del Metro a ver pasar los trenes, las faces y las prisas. Por eso da "Azorín" en su literatura una sensación tan lírica, tan frágil, tan inane de la vida. "Azorín" ha perdido el paraíso y no sabe si buscarlo allá por las nubes que pasan o por el vaho húmedo de las estaciones plutónicas del "Metro".

♦ ♦ ♦

Ramiro de Maeztu se ha recompuesto mucho. De la raza vasca de los grandes santos y los grandes héroes, Ramiro de Maeztu viste por fin la cogulla de las afirmaciones rotundas, dogmáticas. (Algo de lo que le ha sucedido a Jacinto Benavente.) Sin embargo, de vez en cuando le asoma todavía la oreja al diablo. No se puede borrar así como así un pasado donde los pecados tuvieron su asiento. Por muchas penitencias, contricciones y disciplinazos que se imponga a la carne, la carne es flaca y a veces traidora. Ese tufillo puritano-judai-

co de su “reverencialidad del dinero” es una prueba de que Maeztu conserva aún algún bastardeamiento.

Recuerdo que el repórter Lucientes contaba de Andalucía que, en una reunión comunista, preguntó un campesino si en la Rusia nueva y maravillosa existía la moneda (la *monea*). Y cuando le dijeron que sí, este campesino dió media vuelta lleno de desprecio y se excluyó del partido, calando el cordobés y marchándose.

Maeztu hubiera hecho lo contrario: se hubiera quitado su chapeo reverencialmente. Pero en esos gestos es donde se comprueba la pureza de una casta, de una integridad.

♦ ♦ ♦

En cuanto a Valle-Inclán, ¡qué decir de las vicisitudes *estéticas*—llamémoslas así—de este gran hombre español y gallego!

Más que un hombre parece una leyenda de hombre. Lo que en Unamuno es paradoja y agonia; lo que en Baroja es agnosticismo y sorna; lo que en “Azorín” es escepticismo y melancolía, es en Valle-Inclán *además y guaza*.

Capitán de aventuras y bohemio de café. Carlista y liberal. Estilista y mal hablado. Este gran Bradomín, ateo, feroz y demoníaco, que termina un día de enfermedad por dejarse transfundir la sangre de una monja.

♦ ♦ ♦

No es cosa de llevar de uno en uno a todos los escritores españoles contemporáneos esta diagnosis, esta discriminación. De ver cómo en un Juan Ramón Jiménez el Yo lírico es un abismo sin fin. Sin infierno y sin cielo. Un negro agujero de tristeza donde crece la rosa y trepa la sierpe. De ver cómo en un Antonio Machado la poesía adopta un hermoso patriotismo sin fe, desconfiadamente bello. Y en un Pérez de Ayala, cómo se inicia un *sendero innumerable* que termina perfectamente numerado y remunerado en la Academia y en la Embajada. Y cómo en Miró se postula una Jerusalén tan cristiana que la excomulgan los obispos y la aceptan los judeopuritanos de Nueva York. Y cómo en un Madariaga se exalta tal deseo de que no haya guerras en el mundo, que si llegase ese día ya no podría él personalmente vivir en paz.



Semejante bifurcación vital: semejante actitud equívoca y dúplice ante la vida, tuvo que dar a estas almas un sentido penoso y arbitrario, un cierto tinte, como diría Baroja, de farsa. Tuvo que segregar una doctrina de contenido fluente, variable y cambiante, que, por llamarla de un modo certero, se la llamó "humorismo". ¡Gran nombre fisiológico! El español es un humorista desde hace siglos. Es decir, un alma que viendo fluir el río no se pregunta dónde va el río ni para qué fluye el

río, sino que se mete en él y se deja también fluir como un río. Desde hace centenios el español es el pueblo de “los contrastes”, de “la risa y del llanto”. De “sol y sombra”. Porque la vida es así. Y había que ser como la vida. Como el río que va al mar.

De ahí que nuestros escritores más serios en el fondo, en estos siglos, sean los que hicieron del humorismo su propio humor, su instrumental.

Piénsese en el reciente y último caso de un Ramón Gómez de la Serna.

Gómez de la Serna sienta como principio de su arte “*la imposibilidad de deshacer*”. Y, sin embargo, su arte es la *posibilidad del deshacer* llevada al máximo. Esto es: *la greguería*.

La greguería es el átomo del mundo poético. Sin que la suma de todos esos átomos, de todas las greguerías, puedan dar la imagen integral del mundo.

La greguería es el relativismo de la metáfora. Como en la nueva Física se cree que la materia es el vacío donde pululan los electrones, esto es, la *no materia*, así el mundo de Ramón es el *no mundo*, el vacío donde hierven las metáforas, como espumas (sin trascendencia) de lo trascendente.

IZQUIERDAS Y DERECHAS

Pues bien; si de esos espejos o índices espirituales—los Cervantes, Feijóos, Larras, Ganivetes, Costas, Unamunos y Ortegas—pasamos a la realidad política y nacional que les circundaba, encontraremos esa misma *bastardía*, esa misma *equivocidad*, ese mismo *desequilibramiento*, con caracteres típicamente catastróficos.

Cada 98 de España, cada fracaso político de España, es una muestra palmaria de ellos, como ya hemos indicado, como no nos cansaríamos de reiterar, con una insistencia pragmática e implacable.

Pero hay un fenómeno en la política nacional de España (ya veremos que, también, en otras políticas erradas del mundo) el más revelador de esa *bastardía*, de esa bipartición. Y es el fenómeno de haber escindido las fuerzas del cuerpo nacional en dos secciones hostiles y contrarias: en dos *manos* enemigas: la *derecha* y la *izquierda*.

¿Qué endiablada división es esa de *derechas* e *izquierdas* en la estructura corporal e integérrima de un país?

¿Quién habla de izquierdas ni de derechas en el siglo maximalista de España, en pleno siglo XVI? ¿No sirven—pleno siglo XVI—las dos manos de España a una misma corporeidad en perfecta colaboración?

Este angustioso certamen de las manos en la política española de tres siglos suicidas, me hizo escribir un día reciente (1) una especie de profecía que yo llamé: "Mi oráculo Manual". Permitidme que transcriba este oráculo:

"Las manos de un Robinson representan casi todo. Ya que hasta las ideas tiene un Robinson que hacerlas manuales, manejables, para que le resulten eficientes. Recrear la vida a fuerza de manos. La mente se le transforma en brújula de las manos. Pues son las manos el instrumento elemental de su vivir. Pero llega un instante, al atardecer, y mirando al mar sin límites, tras la fatiga de la jornada manual, en que, sentado bajo unas palmas, se encuentra el Robinson las palmas propias de sus manos ociosas. Descubre sus propias manos, en reposo, en inútil economía.

¿Cuál es la izquierda, cuál la derecha?—se pregunta, perdida ya la noción laterállica, unidas como las tiene en único sentido cooperador de su vida, ambidestradas, unilateralizadas.

La mano derecha no le sirve más que la izquierda. La izquierda no le resulta menos noble que la derecha.

En la problemática de una existencia urgente y heroica, ambas manos depusieron toda rivalidad y aceptaron la disciplina de la ecuación, de la integración, del servir a un todo; a un sistema cerrado, a una vida en marcha totalitaria: la del Robinson frente al Cosmos.

El Robinson recordaba la lucha de sus manos—cuando vivía en sociedad—. En discordia con las manos de los otros hombres.

A veces, la derecha lo quería ser todo. Abogaba para sí haber sido la mano de Dios Padre Todopoderoso; la diestra, la mano a que se sentaba la divinidad. Privilegiaba para sí haber sido la mano de la espada, de la amistad, del constructor. Mano de rey—no mano de marinero, como la izquierda—. Y para resaltar sus prebendas insultaba a la otra, llamándola zocata, zamba, surda, torpe, mano de diablo, mano siniestra.

A veces era la izquierda quien todo lo quería asumir en el sistema manual del cuerpo robinsonico. Invocaba el haber estado adscrita a Júpiter, el estar más cerca del corazón que la otra mano, el haber sido refugio de humildes y signo de habilidad.

El resultado de esta discordia de mis manos era el fracaso de todo servicio integérrimo, la incompletez de las obras, el dejar manco todo propósito entero de mi voluntad corpórea.

Adopté entonces el método ignaciano, la gran experiencia tradicional, o sea: que lo que hiciese la mano derecha no lo supiese la izquierda. Y, al contrario, que lo que hiciese la izquierda lo ignorase la derecha.

(1) El Robinson Literario de España (1 de noviembre de 1931), número 117 de "La Gaceta Literaria".

Pero ese método me resultó falso. Cuanto más ocultaba la derecha sus quehaceres, más la izquierda lo sabía. Y cuanto más la izquierda disimulaba los suyos, más la derecha se irritaba de saberlos.

La fatalidad de mi naufragio en esta isla hizo que la necesidad resolviese tal pleito. Hizo que, olvidando las manos sus particulares destinos, colaborasen conmigo fielmente en el cumplimiento de mi destino general, que era, a la postre, el suyo.

Un día, recorriendo esta isla de mi desventura, di en una caverna. Cuál no sería mi asombro al contemplar en las paredes negras unas manos estampadas ocre, rojamente. Era el rito rojo-negro de las manos prehistóricas de mis antepasados los cavernícolas, que ya vieron en las manos un culto integral.

Y ello me hizo recordar lo que decía Virgilio de las manos enlazadas: *Junximus hospitia dextras*. Y Tácito: *Dextras concordia insignia*. Es lo que quise luego realizar el gótico con su ojiva, dos manos en oración sobre un mismo pecho. Y lo que luego reconocía Goethe: *Eine Hand wäscht die andere*. Y lo que tras de la guerra—tras de los sistemas mancos, de política liberal o conservadora, izquierda o derecha, trabajadora o capitalista—quise realizar el fascismo—fascismo integral, de manos a la obra, de "many hands make quick work", de "multae manus onus levant".

También España supo algo de esto—como ahora el Robinson lo sabe—cuando ante la necesidad de vencer o morir tuvo que poner sus manos en sistema de cuerpo o corporativo.

Cuando frente al peligro luterano hubo de hacerse, no reformista, sino reformadora. Cuando frente al peligro moro hubo de hacerse, no liberal, sino liberadora. Cuando frente al nuevo mundo, recién descubierta, tuvo que acoplar—¡gran Robinson, el de la gran España frente a la naturaleza virgen!—sus manos: la secular y la espiritual, el soldado y el misionero, el pueblo y la preza, para, entre las dos manos, mantener un mismo cuerpo, el imperio ineludible de una voluntad total.

¡Quién dijo de separar las manos! ¡De escindir la lateralidad del cuerpo y desdoblar en guerra manual—civil—los servicios de ambos miembros!

El Robinson conmovido, contempla sus palmas fieles, adormecidas de trabajo, como doblegadas criaturas suyas que son, mientras cae la noche sobre la isla. Adormecidas de paz sobre el regazo corpóreo.

¡Cuál la derecha, cuál la izquierda? El Robinson ha olvidado sus nombres. Y las acaricia con los ojos, en lírico silencio, como acaricia un padre lo filial: lo indivisible."

II

ENCUENTRO CON MI MADRE

Nieto del 98, heredero de la orientación recibida por mis padres y abuelos espirituales, yo desconocí hasta hace poco que existieran en el mundo países que no siendo la “Europa moderna” pudieran—al parecerse a España en exactas desventuras—incitarla, no a despreciarlos, sino a comprenderlos fraternamente.

Nieto del 98, último bastardo, último hipócrita sin saberlo, y antes de esta vuelta al hogar como hijo pródigo, para mí no existían en el mundo más que las tres RRR. Esto es: lo rubio, lo reformista, y lo revolucionario.

Para mí no existía más madre conocida que esa inserta en el triángulo de *París-Londres-Moscú*.

Si a mí me hubiesen dicho que esa madre triangular era una madrastra, me hubiese indignado.

Si a mí—cuando estaba por tierras francesas del Rin como neófito—me hubiesen dicho que iba un día a encontrar mi verdadera madre en una coyuntura inesperada, no lo hubiese creído.

Y, sin embargo, de ese azar místico, sacro, insospechado, nació en mí la terrible sospecha de la bastardía española de tres siglos. Terrible sospecha que poco a poco se me fué desvelando en incertidumbre radical.

Y fué aquel día. Aquel día de tránsito en un circuito europeo de conferencias, en un circuito redondo de visitas familiares de Europa, donde mi corazón iba a levantar bandera de aterrizaje, emoción filial de reconocimiento.

Lo describí entonces (1), estremecido, sin darme aún bien cuenta del suceso. Al transcribirlo ahora, no puedo por menos de reconocer la perfección mística de aquel baluceo exacto.

“La entrada en Roma, llegando ya por el declive precipitado de media Italia, tiene la auténtica sorpresa del armadijo, de la gran trampa. Se entra con pie firme, sereno y descuidado. Al poco, está uno a muchos metros de profundidad, a ciegas consigo mismo.

Yo, español carpetano, sólo había sentido en mi vida de viajero un solo grito de la sangre, ante paisajes y personas extraños a mi persona y mi paisaje. Fué en una Exposición colonial, de puras tribus africanas. Recuerdo, que, al revolver de una calle de chozas, de un cabañal, me encontré con un adolescente, sentado con la indolencia y modo que me suelo yo mismo sentar. Y que al contemplarle, sorprendido vagamente, el corazón me dió un brinco saturado de trascendencia. Me acababa de reconocer yo mismo en un espejo profundo e interminable, en una lejanía tan cercana, que ya no era lejanía, sino imagen, reiteración. Era mi expresión interna y mi perfil físico, era yo aquel él. Sentí que un fondo turbio y fraternal me agitaba repentinamente las entrañas, y que un atónito silencio de comprensión somática, neta, me unía al vago hermano que frente a mí yacía inerte. Aquella explicación ibérica a base de color, me perduró como una revelación de cariz casi divino, certero, imborrable.

No había vuelto a sentir más gritos trascendentales en mi constitución. Ni París, ni Londres, ni Berlín, me dieron jamás otros motivos de autocomplacencia que la simple caricia de una solícita mano limpiando el polvo en aparato de níquel. Mi aparato cerebral. Mi disciplina de cultura.

(1) Circuito Imperial, 1928, pág. 48. Cuadernos de “La Gaceta Literaria”.

Pero en Roma, a las pocas horas de caer en Roma... ¿qué cosa me pasó? No sé. Sólo recuerdo que girovagué alucinado por las calles y jardines, y cielos, y árboles, y palacios, y acentos de aquella vida. Y que de pronto me encontré abrazado a Roma con un ansia incontenible y desarticulada de balbucear tenemente: ¡madre!

Roma, a los pocos días, ya fué todo para mí.

Roma era el Madrid cosáreo e imperial que Madrid no sería nunca.

Roma era ese firmamento cálido, azul, de un azul sexual, embriagador, azul y dorado que yo no había visto en parte alguna de España—y que era España, sin embargo—y que me protegía como una mano regia.

Era la matriz de una Castilla mía, depurada, antigua, eterna, celeste, inajenable. Roma era—¡qué impresión descubrir eso, sencillamente!—mi lengua, el manantial de mi habla; espuma y cristal, originario, en el que yo ahora saboreaba mi espíritu como en un Jordán beatífico, saturándome de santidad, de período de orígenes, de filialidad, de ternura agradecida.

Roma era lo que yo nunca supuse que podría pervivir: aquella iglesia de mi infancia, y aquel sonar de campanas de mi colegio de monjas y aquel olor de agua bendita-inclauso, y aquella visión negra de sotanas y roja de sobrepellices, y era la procesión de ese día y de ese pueblo, y de esa tarde castellana, y de esa noche madrileña y de ese alba en el mar.

Y era Roma el capitel y la columna y el portal del palacio en la ciudad vieja, y el cuadro, y el púlpito, y el sentido melancólico, adusto y altiplánico de la llanura y la sierra de mi naturaleza.

Encontraba en Roma el olor a madre que nunca había oído en mi cultura, que es peor que el olor a hembra, porque enloquece de modo más terrible.

Olor a mundo antiguo, medieval y nuevo. ¡Qué era eso al lado de la bastardía arríbilista de las otras culturas europeas que se me disputaban el favor!

LOS BASTARDOS DE D'AZEGLIO

Es curioso que la palabra “bastardía” ya apareciese en mis labios en ese momento genital de 1928 (cuando aun ignoraba que iba a encontrarla, sincrónicamente, en textos fraternos que ahora expondré.)

Tras este asombro de tipo trascendente para mí, cuál no sería mi otro asombro al ir reconociendo en la *historia moderna de Italia* la misma faz, las mismas angustias, los mismos tipos, las

mismas cosas, las mismas bastardías que en la *historia moderna de España*. (Luego pude reiterar esta misma confrontación fraterna al conocer la *historia moderna de Rusia*.)

Durante el siglo XIX y primer cuarto del XX, las historias de España e Italia, con ser paralelas, homólogas, parecen las más opuestas entre sí.

Si se comparan dos viajes literarios: el de Pedro Antonio de Alarcón a Nápoles y el de Edmundo de Amicis a España, ¡qué pobreza de visión, de comprensión, de sensibilidad hermana! Resultado de centenios *europetizantes* en que españoles e italianos—vueltos de espaldas mutuamente—corren a París, a Londres, Berlín: encontrando el madrileño a Roma como una ciudad anacrónica y pasada: encontrando el romano a Madrid como una ciudad más confusa y ajena que Montevideo y Buenos Aires.

Y sin embargo, Roma y Madrid, producían gentes que desconocidas entre sí, eran iguales entre sí.

Ahí están esas dos figuras indicilares, significativas, que sólo hoy—al compararlas—las hemos podido ver como gemelas, esas dos figuras como un *Joaquín Costa* y un *Alfredo Oriani* cuyas similitudes—de vida, de política y de literatura—estudié ya una vez (1).

(1) Interpretación de dos profetas. Joaquín Costa y Alfredo Oriani. ("La Conquista del Estado". Madrid, núm. 2.)

Ahí estaban esas otras dos figuras más recientes y filosóficas, que tantos puntos tenían y tienen de contacto: Benedetto Croce y José Ortega y Gasset. Y movimientos occidentales y europeizantes, como los de "La Voce" y los de la "Revista de Occidente". Y desastres africanos y divorcios entre el intelectual y la iglesia y conflictos dinásticos, y un Prim y un Garibaldi, y... y tantas cosas que—al fin—encontré resumidas, retratadas, en aquellas páginas impresionantes de Curzio Malaparte, que me apresuré a verter en español (1), atónito de constatar que aquel espejo era intercambiable para España.

Voy a transcribir lo sustancial de aquella descripción moral italiana, seguro de que el lector encontrará en ella un conmovedor parentesco con las desventuras españolas: una pintura que pintada en Italia para italianos, da la sensación de haber tomado por modelo a los españoles de la España moderna de puro fraterna que esa pintura es (2):

—¿Cuáles son los males que padecemos? ¿Y cómo curarlos? Ninguno todavía ha mostrado el darse cuenta de que la crisis italiana no es la de una nación, sino la de una civilización.

Estamos aún a la merced de esa especie, tan nuestra, de revolucionarios que son los pedantes; de los que no puede decirse, como Stendhal decía de los *sots importuns* encontrados en Roma, que la opinión pública los hace justicia desterrándolos al café.

(1) Curzio Malaparte. "En torno al casticismo de Italia". Páginas 4 y siguientes. Madrid, Caro Raggio, 1929.

(2) Esta pintura es el retrato de la España liberal, socialista, republicana, con todos sus pedantes y traidores de Parlamento, de Ateneo y de Institución Libre de Enseñanza.

Esos son los que viven en paz, prometiendo cada día una revolución a los ciudadanos, para curarles de un mal que ninguno de ellos conoce, y que desde luego necesitaría otra clase de medicamento.

A esta especie peculiarísima nuestra de gentes, se podría repetir lo que Proudhon decía a Leroux, revolucionario y pedante: "Vosotros no sois más que malthusianos, eclécticos, liberales, ateos y propietarios".

La acusación de propietario, que en boca de Proudhon es injuriosísima, según su célebre definición de la propiedad, se adapta maravillosamente a todos esos italianos de segunda mano que ciega la presunción y engorda la retórica y que desde hace medio siglo no tienen ya otro oficio que el de ocuparse, a tuertas o a derechas, de la cosa pública."

"Esa especie de gentes es en sumo grado política, y tiene, aunque joven, una tradición, un estilo, un nombre, lo cual la hace tan nuestra como la que más.

La guerra les ha respetado y favorecido a esos italianos de segunda mano, aborrándoles la semilla. No se sabe de qué tierra, de qué sangre y de qué clima han salido. Se encuentran entre el piemontés y el napolitano, faltándoles, además, todo lo que falta a estos dos nobilísimos pueblos, o sea los defectos inconfesables. Ya el pueblo los odia. Recela de ellos desde hace tiempo."

"Se declaran en privado federalistas y actúan en público como unitarios. Se proclaman conservadores en casa y revolucionarios en la calle. Odian al pueblo y se hacen públicamente su defensor. No hay que asombrarse, pues, si el pueblo siempre se ve traicionado. No valen nada por sí mismos, pero son un elemento indispensable para los Gobiernos.

Si los italianos de esta especie, cuya necesidad preveía agudamente Massimo D'Azeglio, no existiesen, ningún régimen, desde 1861 hasta hoy, habría podido administrar Italia. Ha sido táctica constante de los hombres políticos más selectos de nuestro país—y lo es todavía—el favorecer su reproducción por todos los medios, injertándolos en el tronco de la sana tradición de los italianos auténticos."

"Si no bastase llamarles malthusianos, eclécticos, liberales, burgueses, ateos y propietarios a estos italianos de segunda mano, convendría tratarles como lo que son: esto es, como bastardos. Su oficio, frente al pueblo, es el mismo de los bastardos en las familias, irritar las antipatías y los rencores como garantía de su privilegio. Odian las tradiciones populares del modo que los bastardos odian la tradición de la legalidad conyugal. A falta de pública estimación se desahogan estimándose rabiosamente entre ellos, pero rara vez en privado. Aunque se vanaglorien de ser la primera generación de la Italia libre y una y el más selecto producto del Eborgnamento, su origen es más antiguo y menos doméstico: son hijos de curas o de espías, si no lo son de jacobinos llegados con Bonaparte."

"Reinan con el engaño y con el uso sagaz de las novedades; raramente con arrogancia; más a menudo, con la filosofía. Todavía hoy, entre nosotros, como en las cortes tudescas de Goethe y de Italia, hasta el cuarenta y ocho, cada ministro tiene su filósofo, y a falta de él, su pedante. El pueblo, que desconfía de los pedantes, teme las filosofías, sabiendo, por experiencia propia, que siempre le han traído desgracias. La historia de las revueltas de Italia es la historia de la averción de nuestro pueblo contra sofismas; es públicamente sabido que en todo tiranuelo había y hay aún el germen de un sofista.

Lo que ha traído como consecuencia que los bastardos antes, y luego los italianos de D'Azeglio, se hayan siempre justificado y legitimado por medio de algún filósofo; ya fuera Voltaire, ya Rousseau, ya Kant, ya Hegel, habiendo todavía hoy gentes "qui sont Kantistes jusqu'aux genoux de leurs maîtresses". Su astucia es inagotable y gotosa.

Este patriotismo peculiar suyo no quiere tener en cuenta las tradiciones y pone el veto a cualquiera que se atreva a rechazar su opinión, acerca de la pretendida inferioridad del espíritu italiano respecto al moderno europeo y la proclamada necesidad de la aceptación y de la asimilación, por parte nuestra, del espíritu de la moderna vida civil.

Partidarios de una revolución que—no obstante tomando varios nombres, según que se refiera a la moral política, religiosa o artística—podría sencillamente llamarse moderna, esto es, debería consistir en someter el espíritu italiano a la experiencia de la Reforma y a todas las consecuencias y experiencias, a través de las cuales se ha ido formando, en las últimas centurias, el moderno espíritu europeo.

Los tales no vacilan en proclamarse italianos civilizados, esto es, modernos, y en llamar a los demás con el calificativo de bárbaros, de rurales y de incultos."

"No basta ser italiano, hoy, para ser civilizados, dicen nuestros fautores de la modernidad, es preciso ser también europeos."

"Todo aquello que no sea moderno, todo aquello que no sea europeo, dicen que no es civilizado, sino rural."

"El querer nos forzar contra nuestra naturaleza para modelar nuestro espíritu sobre aquel de las naciones septentrionales, no podía sino reducirnos a un estado de continua incertidumbre y de debilidad política, y resquebrajar la genuina naturaleza de nuestra tradición, cuya esencia es justamente su aversión a todo lo extranjero—esto es, dicho a la latina—, a lo bárbaro.

La modernidad anglosajona no está hecha para nosotros. El asimilarnos nos conduciría fatalmente a una irremediable decadencia. Lo que ha sucedido a Rusia, nación contraria por naturaleza al espíritu de la modernidad europea, debe servirnos de ejemplo."

"Esta pretensión de rehacer los italianos sobre la estampa de los modernos, esto es, de los civilizados franceses, alemanes o ingleses, es común a todos los bastardos de D'Azeglio."

"Su modo de juzgar lo nuestro tiene más de francés, de inglés o de ginebrino—según la moda del tiempo—que de lombardo o de napolitano. Sus modos culturales, sus costumbres, sus ilusiones, pretensiones, aversiones y simpatías, hieden a extranjero para el buen particular italiano que los juzga intuitiva, más que razonadamente, como descastados y enemigos.

Y es verdad que los patriotas, entre nosotros, han sido siempre considerados como extranjeros; la razón de la clásica suspicacia de nuestro pueblo contra los patriotas y el patriotismo (esos mismos términos vienen de Francia) está ahí; en ese su origen exterrigeno de sus maneras culturales y políticas, sobre todo en la moral propia de las nuevas categorías: "maltusianos, eclécticos, liberales, burgueses, ateos y proletarios".

"Frente a los modernos, a los iluminados, a los ilustrados italianos de D'Azeglio, iluminados e ilustrados sólo por afinidad y derivaciones culturales

y políticas; frente al patriotismo de los racionantes nuestros, burgueses, ateos y posidentes, atareados en cultivar el esqueje exótico del europeísmo en el huerto de casa, para plantar con él luego, en la plaza, árboles mundos, a la mayor gloria de la libertad del Tamesis y del Sena, alivia el corazón y conforta las tradiciones de nuestras libertades paisanas, alabar el antipatriotismo de los italianos auténticos (o bárbaros si se quiere), enemigos abiertos de todo lo que hieda a extranjero, y guardianes fieles de las antiguas modalidades de nuestra civilización, y hoy, por desgracia, oscurecidos por causa de la asimilación intentada por nosotros de los sistemas septentrionales y occidentales."

"Dad a gobernar a los patriotas la Italia libre y una, y os harán una Italia libre, y dos—si no catorce—, según los cálculos de París y de Londres."

(Píense el lector español al leer esto en nuestros Estatutos. En la España dos y catorce que prepara la República.)

"Con el pretexto de lo culto y lo moderno, ¡cuántas injurias llovieron sobre nuestro pueblo desde la boca de los patriotas expatriados por odio al Borbón, al Gran Duque, al Papa o al Emperador!"

"A veces, en los juicios que se oían en los labios de los napolitanos liberales, hechos italianos, parecía como si se volviese a oír (porque los extremos se tocan) las frases atribuidas a Fernando Segundo, el cual, a un embajador extranjero que le reprochaba ciertos procedimientos de su política definiéndolos como africanos, respondiera: El Africa empieza aquí."

Las cosas de que se vanaglorian, con o sin razón, aturden a las gentes, no obstante que el pueblo no los estime; pero si alguna vez sucede que pierdan la partida, procuran que nadie lo sepa: así, que siempre se dan un aire triunfante. Hablan a menudo de revolución, pero son los primeros en temerla. Empujan al pueblo a los tumultos, pero son los primeros en advertir a la policía. Piden a grandes voces la libertad, pero son los primeros en destruirla—en provecho suyo—apenas la logran."

"Se enorgullecen de ser revolucionarios en la calle e inquisidores en casa; se proclaman hijos del 89, graves jacobinos, amigos de la democracia y del progreso, defensores del pueblo, pero siempre son inquisitoriales cuando tienen el poder en las manos."

"Oyéndoles hablar de fraternidad y de civilidad, el pueblo sentía oscuramente que aquellos no eran hermanos, sino hermanastros o bastardos, extranjeros por partidismo, italianos de segunda mano, que eran enemigos suyos y que precisaba guardarse de ellos para no ver un día corrompidas las costumbres, ofendidas de tradiciones y escarnecidos los espíritus."

"Nosotros somos los defensores de la libertad, proclamaban los liberales; sobre nuestras banderas no está escrito *Cristus imperat*, sino *Populus imperat*. Pero en su socarronería, el pueblo, que por antigua experiencia conoce el latín de los estandartes y pendones, leía Reina el que padea. Somos los pregoneros de la libertad y del progreso en un país barbarizado y retrógrado, anunciaban los patriotas que pretendían rehacer al italiano. Pero cuando el pueblo levantaba la voz para pedir que se mantuvieran las promesas, no tardaban, liberales y patriotas, en tenérselas tiesas con ellos, en nombre de los derechos de la civilización, y acogiéndose a un gesto de burgueses y posidentes, recurrían a los habituales instrumentos de la justicia habitual, a los espías y a los esbirros libe-

realizados. Así, desde el sesenta para acá, siempre sucedió que los patriotas desfogaron sobre el pueblo las venganzas contra los antiguos gobiernos despojados."

"Gran fortuna sentirse bárbaros en un país donde los pregoneros de la civilización hieden a extranjero y a esbirro."

"Es tiempo de alabarles a estos italianos bárbaros y rurales, espíritus ingenuos y libres, que quedaron radicados a las tradiciones y a las costumbres patrias y que siempre reaparecen taciturnos y obstinados cuando hay antiguas libertades que defender e injurias que vengar."

"Se vengarán un día sobre los italianos modernos, civilizados, patriotas, liberales, de los agravios sufridos en países extranjeros." "Se vengarán de la retórica de los patriotas y de sus engaños."

"A esta moderna, mediocre, falsa Italia, le queda poca vida. No vivirá."

EL DRAMA DE LO MODERNO

Tras la exposición que acabamos de desenvolver, propongámonos de nuevo y a su luz—metódicamente—el caso angular de nuestro Ortega y Gasset, del autor de "La España invertebrada". *¿Es Ortega un hipócrita, por poner sus palabras en un lado y su íntimo anhelo en otro lado?*

(¿Son hipócritas todos esos grandes ingenios de nuestros tres últimos siglos, por realizar la misma ambigua tarea?)

No. Son—simplemente—los hijos de dos madres. El fruto de una bastardía. Las víctimas de eso que certeramente se ha llamado en el nuevo mundo que nace: "el drama de la modernidad". Esto es: el drama del cruzamiento de un mundo medieval, católico y trascendente con un mundo herético, individualizado y materialista, de un mundo que odia a César y a Dios.

Ya el mismo Ortega en su primer "Espectador" quiso huir instintivamente de ser *moderno para ser siglo veinte* (1).

Pero no hace falta querer huir. Hace falta encontrar refugio seguro donde huir. Y ciertamente no resultó ni seguro, ni siquiera refugio, eso de ser no *moderno, sino siglo XX*. Es como si a San Francisco le hubiesen preguntado: *¿usted es católico o turco?* Y él hubiese respondido: *no; yo soy siglo XIII*. ¡Bonita resolución de la vida esa de atenerse al tiempo que hace! Solución meteorológica de la vida. Solución que conduce a lo que ha conducido la vida—fatalmente a Ortega—: a la caza febril de *la moda, de las modas, de lo que se lleva en la "saison"*. De lo que llevan los demás, no de lo que lleva uno *en sí, latente, con anterioridad a los demás*.

Por eso no es de extrañar que al contemplador ingenuo y leal, le dé la "Revista de Occidente" de Ortega y Gasset la sensación auténtica de una *Casa de Modas*, con un gran *modisto* de genio, que sabe traer las *novedades* a tiempo y sabe escoger los figurines que se las luzcan, por el ámbito palurdo de España y América, despertando en este ámbito rural antiguo de América y de España, esa *fiebre moderna* que lo caracteriza: ese gusto perverso y mórbido por la *última tendencia* y el *último maniquí*. (Es el caso, también, de los Balcanes).

(1) "El Espectador", 1.^a edición, página 192.

No hay más que imaginar algo que a mí siempre me ha horrorizado imaginarlo: un *Jockey Club de Buenos Aires*. Ese lugar, casi deportivo, es el *Ideódromo* donde periódicamente corren las mejores cuadras ideológicas del mundo, para solaz y frivolidad de gente adinerada, que quiere en unas cuantas tardes probarse todas las modas, elegir los modelos más caprichosos, eclécticamente, mundanamente, con esa mezcla de admiración y desdén secreto que pone la mujer que compra un modelo por la modelo que lo luce. Ese lugar—semejante a otros tantos “lugares elegantes de conferencias”—donde el conferenciante más que predicador tiene que sentirse como una cupletista. ¡Drama de la modernidad! Sí. Terrible drama el nuestro, el de los pueblos que no somos modernos, elegantes, mecánicos, activistas y tal, y queremos improvisarlo con unos cuantos duros, con unos cuantos pesos... Sin fervor y sin abnegación íntima por nada.

Y ese *drama de lo moderno* en los pueblos que dejamos de ser pueblos al iniciarse la *modernidad*, la revolución de las tres RRR, se acentúa cuando estos pueblos *quieren volver sobre sí mismos sin dejar de ser modernos*: es decir: cuando quieren un día *fabricarse un nacionalismo, una resurrección genial, de orígenes, de raíces*.

Ahí está nuestro caso actual: el de la República española y el de nuestro Ortega y Gasset.

Causa angustia espantosa, sincera, patética, contemplar el esfuerzo de la actual España por

renacer sobre lo que cada día arruina un poco. Esa pretensión de querer edificar empezando por el tejado, por la ideología, en vez de por los cimientos, por las entrañas.

La nueva España vió—ya hace años—*sibilinamente*, según dijo Ortega, que el porvenir estaba en los pueblos *pequeños y un poco bárbaros*. El no dió la razón. Pero todos sabemos que el *drama de la modernidad* era esa razón.

Y así: vióse surgir una Italia, una Turquía, una Rusia, y hoy estamos viendo resucitar una Alemania que, tras el Tratado de Versalles, también quedó *bárbara y hasta pequeña*.

Pero esta nueva España: este Ortega y Gasset, que contempla con claridad el fenómeno de esos resucitamientos, no se pregunta con lealtad íntima el secreto de tal fenómeno.

Y si se lo pregunta y lo adivina, mete la cabeza debajo del ala y va a poner—¡pícaro urracal!—los huevos en otro lado.

III

EL SECRETO DE TODO NACIONALISMO

¡Oh! ¡Difícil secreto el de todo nacionalismo! Tan difícil como la solución que predicaba aquel maestro a sus discípulos en los graves problemas de biología: volver a los textos de la escuela; tornar a la sencillez máxima; a lo que los niños pue-

den resolver con sus textos elementales; a lo que puede resolver—y resuelve de hecho—el pobre analfabeto de la calle, el puro pueblo que llena un país desde centenios, muriendo, viviendo, muriendo viviendo, en una santísima continuidad ininterrumpida.

El secreto de todo nacionalismo—como de todo resucitamiento—no está en lo que es, sino en lo que ha sido; y que por el hecho mismo de *haber sido*—esto es: *penado, sufrido, vivido, anhelado*—, *quiere seguir siendo*.

La solución de una vida nacional está siempre en la muerte, en los muertos.

Lo único vivo, eternamente vivo que posee una nación son sus muertos.

Y no se crea que quiero jugar de la paradoja al decir esta verdad, que es tan verdad y tan sencilla, que la saben los que no saben de otras verdades menos verdades.

No se crea que al decir esto pienso en un “culto de los muertos”, en una “tierra de antepasados”, en un “ritual hierático y muerto de los cadáveres”. ¡Oh, no! Ya sabéis vosotros—vosotros los que me entendéis—que yo no me refiero a nada de eso ni huelo a cadaverina.

Los muertos de una nación no son los cadáveres, ni las tumbas, ni las efemérides muertas de una nación.

Los muertos de una nación somos... los mismos vivientes de esta nación, las *vivencias* de una na-

ción. Pues los muertos de una nación viven en *todo* y en *todos*: cada uno de nosotros somos el resultado personal de una *cadena de muertos* de un país, que nos han dejado, al morir, lo más vivo que tenían, y que sigue viviendo y actuando en nosotros: desde el color de los ojos, desde el modo de hablar, desde las ganas de reír o de ser graves, hasta la manera de que nuestro corazón resuelva sus conflictos ante el mundo. ¿Qué son nuestras entrañas, nuestra raíz genital, sino la voz y el ansia viva de los que han muerto en nuestra tierra? ¿De los que han muerto queriendo, anhelando y viviendo, eso que—inyectado en sangre y espíritu—sentimos en nuestras propias vísceras actuales, actuar hoy, y vivir?

Y si de nuestras personas pasamos a nuestro paisaje, a nuestras ciudades, a nuestras fiestas, a nuestras cosas, aun las más inertes, veremos que en ellas alienta la vida de lo sido, de lo muerto, de lo que pugnó por vivir antes de morir. Por eso todos sabemos que los paisajes y las ciudades y las cosas de un país *tienen alma*, es decir, una *vida espiritual* que perdura, y que sólo capta el que la lleva previamente en sí: el hijo de ese *alma*: *alma mater*, *alma genial*, *alma fecunda*, alimento de vida, de integridad, de eternidad, en un país; *tradición*, entrega, prosecución de un *alma*. De un alma genial, de un *genio*. Pues el *genio* de un país existe. Y es el que decide de ese país, como ya lo

sabían los antiguos (1). Por eso ese *alma*, ese *genio*, no hablará a quien su alma la tenga partida en dos: bastardeada.

Por eso, esa *vida de la muerte* no hará vivir, vibrar, continuar viviendo a quien tiene la vida muerta para esa vida, al servicio de otra vida que no es la suya, y que, por no ser suya, es como si estuviese muerta. Muerta de muerte mortal, con mortandad de cadáver.

Por eso esa vida que exhalan—pura, luminosa y única—los muertos de un vivir nacional no puede ser entendida por los hijos de dos *madres*, por los que han traicionado a los muertos, es decir, a los vivos de su país.

No sonriáis por estas mis aparentes intervalencias de *muerte y vida* que quizá os recuerdan el estilo unamunescos, el paradójico. Yo no hago paradojas, unamunismos. Todo lo más hablo parabólicamente, que el modo de expresarse siempre lo evangélico, lo elemental.

(1) Nota de 1932.—En torno a las tumbas de los Héroeos griegos es donde nacieron los primeros Oráculos. El alma o genio—la psique—de los Héroeos vivía como una mariposa en lo hondo de la tierra. Al invocarla, esta alma aparecía y hablaba por boca del Oráculo. Y transmitía su secreto de familia, de continuidad, a la nación en peligro. El Cristianismo cambió el Héroe por el Santo. Y siguió invocando esa genuinidad espiritual de la Muerte Viva. Todo clan, familia, tribu o nación—prehistórica o histórica—basó y basará siempre su vida en esa tradición de muertos vitales.

Genio y Nación tienen la misma sustancia etimológica: de engendro, de natividad (*genus, natio*). Es como la palabra Dios, que tiene la procedencia de *Divus*: rico, fecundo, abundante. Genio y Dios son, en el fondo, el mismo concepto sublime y genético. Concepto que los modernos laicos han acumulado sobre la palabra Vida.

Dios, Genio, Nación, Vida: la mariposa griega—*Psique*—extiende sus alas sobre todas esas cifras mágicas.

Y para demostrarlo no tengo más que aludiros a los concretos ejemplos que antes os apunté: al resucitamiento de una nueva Alemania hitleriana, de una nueva Turquía y de una nueva Rusia y de una nueva Italia, en nuestros días, pueblos "bárbaros y algunos pequeños", que saben algo ya del *drama de la modernidad*. Genios que se incorporan.

1) *El secreto del Führer alemán: Hitler*

Quiero empezar por el más reciente de esos resucitamientos: ese que, por inopinado y actual, parece a las gentes un milagro, una ilusión. Y les parecería una fantasía si no estuviesen ahí esos millones de votos que arrastra Hitler, esos cortejos y legiones que arrastra Hitler tras sí, con paso cadencioso, misterioso, progresor y decidido de Marcha. ¿Quién es Hitler? ¿Un taumaturgo, una excepción humana, un sabio señor?

Personalmente no creo que Hitler sea más burdo ni más tosco que un Kemal Pachá, que un Lenín, que un Mussolini. Probablemente, ciertamente lo es más. Sin que por eso quiera yo decir que todos los restantes de esos capitanes de pueblos dejen de ser gente casi aldeana, elemental, ruda y de una pieza.

Pero, precisamente, en ese ser de *una pieza* y no de *dos* está su secreto, su *finura*, su *sensibilidad*: egregias, castizas. Precisamente en ese haber

logrado asumir el genio, el alma, la casta de un ámbito, como una armadura exacta sobre su talla, está su éxito.

Si leéis el programa de Hitler, veis que casi no es programa. Que son dos o tres alaridos que le suben de su más honda raíz. Vamos a suponer—incluso si ello fuera posible—que Hitler fuera insincero, que fuese un aventurero que camuflase esos gritos o querencias. Daría lo mismo, con tal que los camuflase a la perfección, como si los sintiese de veras. Porque ahí no es Hitler el que grita: es el genio de un pueblo el que postula. Y que encarna en un representante u homúnculo. Si este homúnculo engaña al genio, el genio prescindirá de él, anulándolo en el acto. Precisamente, cada fracaso de un pueblo es la traición que este pueblo se hace a sí mismo en la figura de sus conductores o representantes.

Todo pueblo es en el fondo una querencia de amor de mujer. Cuando encuentra su hombre, se entrega. Porque en el amor es donde se encuentran los seres. Es también, todo pueblo, como un raudal de viento con voluntad de música que va buscando su instrumento para resolverse en melodía triunfal. Es todo pueblo, asimismo, como una arcilla que sufre la tortura de lo informe, hasta que una mano lo salva en forma, en estatua.

Por algo se da a los conductores de masa ese maligno consejo político de ponerse delante del pelotón para que el pelotón lo siga. Pero, ¡ay del

maligno, cuando el pelotón se apercibe que no se sigue a sí mismo!

El programa de Hitler se ha podido sintetizar en cinco frentes o rangos de batalla: 1) *Anti-demócrata*. 2) *Anticapitalista*. 3) *Anticomunista*. 4) *Antisemita*; y 5) *Antimasónico*.

Ese programa, en su literalidad puede decirse que es una copia del programa fascista. De ahí que por tales apariencias y por las otras apariencias de la *camisa parda* y las *legiones en Marcha*, se les haya denominado a los hitlerianos los “fascistas alemanes”.

Y lo son, en cuanto que *Fascismo*—como veremos más adelante—no es ya, como se cree, símbolo de “Nacionalismo”, de “Particularismo”, sino de todo lo contrario: de una nueva “universalidad”, de una novísima “ecumenidad” (1).

Pero lo que distingue fundamentalmente “hitlerismo” de “mussolinismo”, es sencillamente algo, muy modesto y minuto en la forma, pero de una trascendencia enorme en las consecuencias. Lo que distingue el “fascismo alemán” del “fascismo italiano” es, simplemente: *la forma de la Cruz que defienden ambos. La Cruz católica y la Cruz esvástica. La cruz mediterránea o latina: y la cruz aria o germánica.*

Una cruz como la romana, cuya esencia está basada en la *fraternidad racial*.

(1) Nota de 1933.—Véase mi libro continuador y completador de éste: “La Nueva Catolicidad”, 1933.

Una cruz como la prusiana, cuya esencia está basada en el *orgullo de raza*.

La diferencia de ambos fascismos está, pues, en que el alemán es un fascismo *pagano*, y el de Italia, uno *cristiano*.

De ahí arrancan esas polémicas—de amplia importancia—que dividen a italianos y alemanes fascistas entre sí. Fascistas de Roma y de Berlín están concordes en un programa político común: *Cesarismo, Estadolatría, Antimodernismo* (en sus formas de *Capitalismo y Marxismo, de Liberalismo y Comunismo*). *Desprecio a Francia*. Pero discrepan en lo más hondo: el sentido de jerarquía humana que implica la forma de las dos Cruces. Para el jerarca católico, la gradación humana es independiente de la *sangre*. Para el jerarca ario, la gradación humana está condicionada por la *raza*. Lo uno es: *catolicismo*. Lo otro es: *racismo* (1).

El *racismo* apoya sus fundamentos en el *misticismo rubio* aquel que hiciera soñar a nuestro Ortega y Gasset con sueño romántico de palmera en abeto. Sus valores son: *Honor y Virilidad*. Lo noble en el mundo, para el *racismo*, es la *raza*

(1) Nota de 1932.—Este concepto racista les hace a los "nasis" chocar fundamentalmente con lo judío. No sólo porque lo judío es de otra raza, y de una raza morena. Sino porque el Genio de Israel es también esencialmente racista, basado en una *continuidad de sangre*, en un "jus sanguinis". Los judíos son los hitlerianos de Oriente. Por eso chocan tanto un racismo con el otro racismo.

Nota de 1938.—Esta afirmación mía la recogió y comentó Keyserling.

nórdica: pura expresión del germanismo: es el “homo germánicus” frente al “homo oeconomicus” del liberal-comunismo, y frente al “homo mediterraneus” del catolicismo.

De ahí que se haya podido ya señalar que el racismo de Hitler asiente sus orígenes en aquel movimiento austriaco, aquella secta del *Los-von-Rom*. Y—por tanto—que siendo un impulso de apariencia romana, sea en el fondo un peligro de *antirromanidad*.

(No en vano nuestros herejes, nuestros *blondizantes* de acá, han mostrado instintivamente más simpatía por el hitlerismo que por el fascismo italiano.)

Cruz románica y cruz esvástica, están destinadas a diverger tras esta inicial confluencia en que les une: su coyuntura antifrancesa y antirrusa, antiliberal y anticomunista. Están destinados a la lucha—eterna lucha de Austria contra Italia, de Lutero contra el vicario de Cristo, de Emperador contra Papado, de bárbaros contra Roma—si otra vez en la historia no asume su papel providencial conciliador y sintético: España. La España del *César germánico* (Carlos V) al servicio *del Dios de Roma*. La que identifica las *dos formas de cruces* (esvástica y lábaro) en una forma única y universal: *católica*. Pero de esto hablaremos en su punto preciso (1).

(1) Nota de 1938.—El Anschluss de Austria por los hitlerianos ha dado ya realidad dramática a esta firme previsión mía de 1932.

Ahora, lo que me importa relievizar era el secreto de la resurrección alemana actual: era ese milagroso resucitar del germanismo en Europa.

Secreto que—como el de todo nacionalismo (re-pitámoslo)—no es otro que un “secreto de muerte”.

Es el secreto que los muertos alemanes estaban murmurando y confesando al corazón vivo de sus sucesores vivos.

En esa faz sanguínea, vital y arrolladora de impulso, que es Hitler; en esa torrencialidad casi cósmica de la nueva Alemania que despierta: ¡ved las faces sacras de todos los muertos en la guerra, en la Gran Guerra, y en todas las guerras germánicas, desde Ariovisto y Atila! ¡Desde la caballería germánica que derrota a Vercingetorix hasta las tropas luteranas del Taciturno! ¡Resurrección de la carne: del Genio: del Alma de un país! (1).

¡Lo que no podía morir no había muerto! Y por eso resucita y quiere seguir viviendo.

¿Quién iba a decir en la Alemania democrática de Stresseman, en la Alemania bolcheviquizada de Espartacus, en la Alemania desesperada, trágica y muda de estos años, que por debajo de tanta grisura y catástrofe corría, ¡puro, encendido y genuino!, ¡el voto de catorce millones de almas!

(1) Nota de 1934.—Por eso el grito de estos países que resucitan viene a tener el mismo sentido genial. El ¡A noi! de los fascistas italianos equivale al ¡Erwache Deutschland! de los nazis y al ¡Arriba España! nuestro.

Ese ha sido el hallazgo de Hitler, su destino artesiánico de pinchar en la vena escondida del manantial, su genialidad de encontrar el genio de su tierra, de su raza. El milagro de Hitler, es el milagro del Genio perdurable de lo germánico. Genio que no había muerto en el cementerio de Versalles. Genio que despierta a sus muertos para que sigan viviendo. ¡Poniendo en pie la vida mágica de una raza y de un pueblo!

2) *El secreto del Ghazí otomano* *Mustafá Kemal*

El español que conozca la península balcánica y al visitarla lo haya hecho con instinto *genial* y despierto, sin duda que Turquía le ha producido estremecimientos misteriosos, avisos de singulares cercanías y concomitancias.

(De mí sé decir que “lo turco” me produjo una instintiva atracción al recorrerlo—aun no hace mucho—rápidamente.)

Sorprende al español constatar ante todo, que la península balcánica padece una historia—durante la Historia—muy semejante a la historia de la península ibérica.

Colonizada por Roma en la Edad Antigua—sobre tribus más o menos autóctonas, pero con raíces de proveniencia oriental—, recuerda desde sus primeros momentos la suerte de España.

Efectivamente: durante la Edad Media, esa de los germanos (siglos V y VI). Los cuales, lo mismo que al invadir la península románica de Occidente, Hispania, intentan reconstruir el roto imperio romano: de la Dacia, la Mesia, el Vardar y el Danubio.

A fines del siglo VII (679) los búlgaros del Volga, los rusos, vienen a desempeñar el papel invasor que los árabes en España (711). Bizancio es su Córdoba. Su *Tsar* es como nuestro *Califa*.

La península balcánica, durante toda la Edad Media, es un caos de reinos y de taifas. Lo búlgaro, lo serbio, lo griego, lo rumano—recuerdan nuestras divisiones leonesas, navarras, aragonesas, castellanas y andalumuslimitas.

Pero justamente la toma de Constantinopla en el siglo XV (1453) por los turcos otomanos, significa para el Islam algo así como la toma de Granada para el Catolicismo (1492).

Los otomanos aparecen como los *castellanos* del Islam. Unificadores, ordenadores e imperiales. Vencen a los servios en Kossovo (1389), a los búlgaros en Tirново (1393). Invaden Zéta en 1499. Belgrado en 1521. Y llegan al Dniester en 1538. Cuando Solimán se instala en Constantinopla, las armadas—los dos Genios hostiles—de Castilla y de Constantinopla, se encuentran y chocan en Lepanto. (Solimán ayudado por Francisco I el francés,

el traidor cristiano que se alía con el infiel (1) para combatir al César germánico de España, Carlos V.)

Este encuentro naval famoso es “la más alta ocasión que vieron los siglos”, al decir de Cervantes, quien derrama su sangre y pierde su mano, por ayudar a César y a Dios contra el francés y contra el Oriente.

España es el brazo diestro del Catolicismo: Lepanto. Turquía es el brazo diestro del Islam: Lepanto.

Los turcos mantienen la unidad balcánica hasta el siglo XIX, en un vago imperio de tipo feudal y mediévilico. Un sultán que representa el principio temporal y religioso (*Padischah* y *Califa*). Una administración semiguerrera, semisacerdotal, en que las provincias se llaman *vilayetos* y los gobernadores *valíes*.

Pero el imperio turco, así como el hispánico, se desmembra y desvertebra durante el siglo XIX, al son de la Marsellesa sonada por Francia en todo balcán, como en toda república americana. De la anarquía resultante, van cristalizando las autonomías eurorientales; el reino serbio, la Basileia griega, el Zarado búlgaro, etcétera.

Al llegar la Gran Guerra de 1914, Turquía, reducida, vencida, sueña sin duda, en un renacer

(1) Nota de 1933.—La misma “constante” histórica que hoy ha hecho a la Francia del Frente Popular aliarse con el infiel bolchevique ruso contra España y Roma.

guerrero, ayudada por Alemania. Pero Alemania es derrotada. Y el patriotismo turco ha de sufrir las consecuencias.

Inglaterra ayuda a los griegos, secular enemigo del turco, para una incursión en el Asia Menor. Se intenta, pues, no sólo arrojar al osmanli de Europa, sino de Asia. Turquía parecía perdida irremisiblemente. Su sultán Mohamed VI, no tenía ya coraje ni sentimiento de patria alguno. Se apoya en Inglaterra y se entrega a ella.

Pero en Turquía habíanse dado desde 1908 grupos de juventudes, haces de patriotas, que ansiaban un vasto porvenir, un resurgimiento. Esos grupos se llamaron "La Joven Turquía", "Unión y Progreso"... Una de tales sociedades románticas y heroicas se denomina "La Patria".

Y su fundador: Mustafá Kemal.

Mustafá Kemal era un *pura casta*, un macedonio. Hijo de un comerciante y funcionario de Salónica, nace en la ciudad y la estirpe de Alejandro Magno. En esa línea macedónica de los grandes estadistas guerreros: Niasi bey, Talaat, Mohamed Ali, Enver... En 1904 era capitán de Estado Mayor. Y semejante a nuestros militares de las Juntas de Defensa, se pasa su vida en conspiraciones que a veces le cuestan caras.

Estalla la Gran Guerra; Mustafá se encarga del mando de la 19 división y combate en Areburnu. Pronto le surgen discrepancias con el mando alemán. Mustafá Kemal tenía el instinto de la

guerra, y el general tudesco Falkenhayn, la pedantería. Pierde la pedantería. Cuando se acuerdan de que Mustafá tenía razón y se le ordena marchar sobre Bagdad, ya es tarde. Se ha firmado el armisticio: la derrota.

No sabiendo qué hacer el sultán con este Mustafá, le reduce en Anatolia, al frente de un grupo de tropas. (Del modo que en el siglo XV el Basileo bizantino deja a sus auxiliares, los turcos, en Gallípoli, sin saber que esos auxiliares guerreros le iban a vencer a él.)

En efecto; al desmoralizarse el ejército turco, Kemal organiza con los mejores *ex combatientes* haces de resistencia nacional. Y, desde Angora, la *Toledo* anatólica, de clima duro y altiplánico, comienza a vigilar el futuro de Turquía.

El 14 de mayo de 1919 la Conferencia de la Paz se sienta tranquilamente en Versalles para repartirse Turquía.

Para los yanquis, Armenia y Constantinopla; para Grecia, Esmirna; para Francia, la Anatolia septentrional..

Los griegos no esperan mucho. El 19 de mayo desembarcan en Esmirna, ayudados por su protectora Inglaterra, que tenía en Venizelos un fiel mandatario.

Esmirna es el Fiume de los turcos. Un clamor nacional se levanta en el ámbito turco. "Esmirna permanecerá turca"—se proclama. Y Mustafá, desde su atalaya, mientras se ciñe las armas, dice a

los suyos: "El turco jamás fué esclavo y no lo será jamás".

El sultán vacila, corrompido por Inglaterra. Pero Mustafá Kemal, en octubre de 1922, mete el pecho de sus caballos en el Egeo, persiguiendo a los aterrorizados griegos.

Una nación renace. A este gran capitán, Mustafá, se le llama el *Ghazi*, el Ductor, el Victorioso. Su poder avanza en marcha sobre Constantinopla.

El 17 de noviembre un telegrama anuncia al pueblo: "El sultán ha huído en la madrugada y ha embarcado en el crucero inglés *Malaya*, partiendo para Malta". La *revolución nacional* queda hecha en Turquía. Y Turquía comienza a recobrar su *genio*, su Destino.

¿Qué hace Mustafá Kemal en Turquía para reanudar el genio turco?

De una parte: *modernizar el Islam turco*. Occidentalizarlo.

De otra parte: *tradicionalizar el Islam turco*. Orientalizarlo.

Turquía: puente entre Asia y Europa, se ve en la misión de europeizarse a la oriental. O sea: introducir la civilización de occidente con sustancia turca, con estilo asiático.

Apoyado en la más pura tradición coránica que postula: "Id a instruiros por doquier, incluso hasta en China", este hombre no tiene miedo en suprimir el *mahometismo acartonado del sultán* como religión oficial. Proclama la libertad de cultos y

de conciencia. Laiza las escuelas y la vida pública. Pero al mismo tiempo ensaya una reforma intensa del mahometismo. Nacionaliza la lengua turca, depurándola de barbarismos. Introduce el alfabeto latino. Inicia el vestir a la europea. Se pone sombrero en vez de fez. Y frac. Y baila en público.

Y arranca el velo en las faces femeninas. Y ordena la administración. Y emprende Obras públicas en vastos planes. Y reformas sociales. Y una reorganización del Ejército, con vistas imperiales y eficientes. Su República nace al son de la Marsellesa. Turquía se europeiza. Pero se europeiza a la sombra de una *Ley de Orden público*, de una Dictadura inapelable. La República es un Dictador. Una sola persona. El *Ghazi*. (En España se hubiera dado este mismo tipo sumando el de Primo de Rivera con el de Azaña. Por eso Dictadura y República son en España tan complementarias y tan opuestas; tan *mancas*.)

Los retratos de Kemal llenan las calles, las escuelas, los edificios públicos, como en Italia los de Mussolini. El *Ghazi* es fuerte, viril, sugestionador, como Mussolini, como Hitler. El *Ghazi* es el alma de la nueva Turquía.

Su República nace al son francés de la Libertad, Igualdad, etcétera. Pero su espejo está en Italia: en la Autoridad y la Jerarquía. El *Ghazi* es el *Duce* turco.

Pero no es un italianizante ni un galicizante, no es sólo un europeizante: el *Ghazi* es, ante todo,

un *turco*. El *Islam* asoma de nuevo su Media luna —Media luna o una Hoz las armas de su frente— por los ojos verdes del *Ghazi*. Si el mundo occidental fracasa, y el mundo oriental—rusoasiático—se organiza, allí está otra vez el turco para canalizar la historia: pronto a un nuevo Lepanto.

El *Genio* osmaní ha despertado. Ahí está. Incipiente. Y vencedor. Con su triunfador: Mustafá, el *Ghazi*.

3) *El secreto del Padrecito ruso: Lenin*

Cuando un pueblo encuentra su *Genio*, es en el doble sentido de encontrarse a sí mismo en un realizador, en un hacerse *Hombre el Dios* de ese pueblo. Toda religión—y un aspecto religioso es todo nacionalismo—necesita de ese Misterio: que unas veces se da, en forma de *Revelación* y otras de *Encarnación*. Y a veces, simultáneamente.

El fenómeno del bolchevismo ruso ha sido un fenómeno religioso. Y en el sentido de que sólo Rusia ha sentido íntegramente ese fenómeno religioso, puede decirse que es ruso tal fenómeno. Circunscrito, específicamente *genial*, y suyo.

Mal entenderá el significado del *Comunismo* ruso quien le aplique fórmulas de tipo puramente sociológico. El comunismo de Lenin no ha sido para Rusia una Revolución francesa y sociológica. Sino una encarnación mística de oscuras fuerzas latentes y actuantes—en su subsuelo—desde cente-

nios. No entenderá el comunismo de Lenin quien sólo vea en él los desemboques naturales y evolutivos de la Revolución francesa, de los principios del 89, llegados agravadamente por el conducto de Marx. Ni lo entenderá quien crea que el Amor libre, y la negación de la Propiedad y el fanatismo materialista y la Edad de Oro sobre la tierra, y la concepción del Hombre-Masa sean conquistas rusas derivadas de la civilización occidental, europea, a la cual superan o intentan superarla con ellas.

No es un descubrimiento para uno—pero lo es aún para muchos—que Lenin, al encauzar el gran destino de Rusia, no hizo sino situarse en la más pura tradición de su pueblo. Sin inventar nada. Inventar en el sentido de sacarse las teorías de la cabeza. Pero *inventando* todo: en el sentido de *in-venire*, *llegar a*: llegar a los secretos hontanares que corrían, en mágico solipsismo, por las entrañas de su país, del modo como Dostoyewsky llegara un día anterior a denunciar esos mismos subsuelos, en su “humanidad novelada de Rusia”.

Que Lenin haya tomado de occidente el instrumental para esa perforación trascendente, eso es otra cosa. Que Lenin haya apoyado su esfuerzo en palancas de construcción americana, francesa y alemana, eso es otra cosa.

También Pedro el Grande había abierto las ventanas de Rusia para que el viento de occidente diera fuerza a la maternidad gestatoria de Rusia.

Por eso Lenin sintió la veneración fraterna por Pedro el Grande de Rusia. Y admiró a Iván el Terrible, otro Padrecito “nacido para la lucha de clases”.

Hoy ya es conocida por nosotros la vieja leyenda campesina que sólo sabían—antes de Lenin—los campesinos del terruño eslavo: esa de la *Bestia Sin Nombre*; esa que anunciaba el advenimiento en una era próxima, de un *Vestiglo Anónimo* y maravilloso, que dominaría la vieja tierra eslávica. ¡*Bestia Sin Nombre!*

Lenin es el conductor de ese sueño ruso. Su Padrecito. El adventor del *Hombre-Colectivo*, del *Magnífico Hombre Exterior*, del *Dividuo*, del *Hombre-Mecanizado*, del *Hombre-Masa*, de la *Entidad-Impersonal-Colectivista*: del *Comunismo*. *Bestia Sin Nombre*.

Ya el poeta Damián Bednii profetizó este Ser, este *Genio* de la santa Rusia:

Millones de pies: un único cuerpo...
Masas de millones; un único corazón...
¡Cadencia! ¡Cadencia!
Avanzan, avanzan marchando
¡Un-dos! ¡Un-dos!

Y antes que ese Poeta, ya el gran Profeta de la Rusia de Lenin—Dostoyewski, el Profeta del Salvador ruso—lo había clamado al pronosticar el adviento del *Hombre-Dios* frente al *Dios-Hombre*.

Era el viejo evangelio ruso. Ese que ya sabían las misteriosas y arraigadas sectas populares de la tradicional Rusia: como los *Molocanos*, los fanáticos de la propiedad comunal y antipersonal. Los *Chystis*, cultores del pansexualismo, de la anulación de la propiedad en el sexo. Los *Eskopzis*, nihilistas románticos, que llegaban a la eviración. Los *Rascolniquistas*, que soñaban el Paraíso de Dios sobre la tierra. Los *Estundistas* y *Neoestundistas*, que suprimían el dinero. Los *Bagunnios* o vagabundos. Los *Estarobradzis* o negadores del sacerdocio, anticlericales, por considerar que nadie debía interponerse ante Dios. Viejas entrañas rusas, que no habían dejado de palpitar.

El viento de occidente había traído el demonio de lo *personal*, de la *conciencia autónoma*, de la *libertad*...

Pedro el Grande había abierto la ventana, en el siglo XVIII. (Unos querían cerrarla: los *narodnikis* o casticistas. Otros: abrir toda Rusia como una ventana: los *occidentalistas*.)

Los zares, al impulso de la *intelligentsia* fueron cediendo a ese demonio. Y se aliaron a él, en la Gran Guerra. El demonio de la Libertad (triunfante en Europa 1917), se comió a los zares. Y se dió el gusto de bailar todavía sobre el cuerpo horrorizado de Rusia: de bailar en forma de Krenschi. ¡Socialdemócrata, europeo, bastardo, hereje! Pero allí estaba el San Jorge ruso, para matar al

Dragón. Allí estaba Lenin, Padrecito Lenin, Genio de Rusia.

Donde hay libertad no hay Estado. La Libertad es un prejuicio burgués—he ahí Lenin, Padrecito de Rusia—. Oblomovof le dió las gracias llorando de gratitud. El pueblo ruso podía descansar de nuevo en su mística felicidad de no sentir el alma, la personalidad, el individuo. Almas muertas—gogolianas—. El ánima estaba infecta de Libertad, y dolía como una carie. Lenin sacó la muela en la Plaza Roja. Corrió la sangre. Pero el pueblo descansó del dolor que producía la muela, la Conciencia. ¡Nítchevó!

Lenin había comprado sus forceps, su instrumental de curandero en la clínica alemana de Marx. Toda su aspiración—en adelante—fué la de un curandero mágico. El lograr una Rusia como una especie de Clínica dental inmensa. Como una *Fábrica* colosal. Su ideal de Rusia como “gran fábrica”. Todos los hombres hechos tornillos, ruedecillas, engranajes: una *Máquina inmensa*. ¡Divinización de la *Máquina*! *Máquina* santa de Rusia. Que nadie sintiera dolor de muelas, peso en la conciencia. ¡De frente, march! ¡Un-dos! ¡Un-dos!

El mismo no sería más que un tornillo más fuerte en el artilugio. Un tornillo que “destruyese la personalidad”, como había previsto otro profeta, Gorki.

Imitación de la máquina, en vez de Imitación de Cristo. Pues Cristo salvaba la personalidad. Y

la personalidad debía anularse, triturarse en la máquina.

¡Chicago! ¡Una Rusia como Chicago!

**Chicago: ciudad
construída sobre un tornillo,
ciudad electromecánica.**

Así cantaba Maiakowski, poeta de Lenin, del tornillo fuerte. Lenin muere pintando rascacielos, soñando electrificaciones.

La Ciencia, la dialéctica científica, lo científico: he ahí la superstición del comunismo ruso. Pero como analizó Friedrich Eckstein: todo ese cientifismo materialista del ruso, tiene por base la “falta de curiosidad”, esto es, carece de la base de toda ciencia.

¿Qué harían ustedes de un Nietzsche, de un Voltaire en Rusia?—se le preguntó a un dirigente comunista—. No les dejaríamos vivir—respondió sonriendo.

La viuda de Lenin, Nadedja Krupskaia, a la cabeza del “Consejo Superior de Instrucción pública”, mandó recoger de las bibliotecas públicas, algunos peligrosos contagios para el dolor de alma. Las obras de Kant, de Platón, de Schopenhauer, de Spencer, de Mach, de Nietzsche. Ya Lenin había dicho que trataba a la Filosofía como a un enemigo. Y que siempre la reacción se había guarecido en todo idealismo filosófico.

Bog, nombre de Dios en ruso, tenía la misma raíz que *bohaty*: rico. Para el ruso, Dios era un Señor, un rico. “La religión, por tanto, tiranía, opio del pueblo”. El pueblo era el Dios en Rusia, decían las tradicionales consejas. Había que ir donde decían las consejas, esto es, con el pueblo. Era el modo de llegar al Dios ruso, al *Hombre-Dios*.

Lenin reposa con una mano sobre el pecho, ante el desfile innumerable del pueblo ruso. El pueblo ruso no deja que le entierren. Quiere contemplar esa mano que valió para alumbrarle su manantial, su propio *Genio*. El pueblo ruso quiere contemplarse a sí mismo. Espectáculo religioso. Drama de Rusia. Genio de Rusia, el Padrecito Lenin.

4) *El secreto del Duce italiano:* *Mussolini*

Lo que pierde a las gentes para comprender la esencia del movimiento mussoliniano de octubre, 1922, esto es: de los orígenes del fascismo italiano, es esa su penosa, ridícula, pobre y zán-gana opinión de considerar al fascismo italiano como un bolchevismo del revés, es decir, como una reacción antibolchevique y nada más. O dicho con términos socialcomunistas: el creer que el fascismo italiano sea un movimiento puramente *burgués*, una artimaña más de la burguesía itálica, la última, para salvarse como clase. Un movimiento sin más color que el *clasista*. Y en el que Musso-

lini no resultase más que el ejecutor a sueldo de un capitalismo rencoroso. Una especie de pistolero afortunado (1).

Ya muchas gentes se van convenciendo de que tal opinión—además de ser equivocada—es estúpida y vil. Pero como hay mucha más gente estúpida que certera, no nos extrañemos que tal opinión haya hecho su innoble curso, especialmente en países donde el *genio* peculiar de esos mismos países anda despistado y bastardeado desde largo tiempo.

Resultaría muy extraño para tales gentes saber que siendo todavía *socialista oficial* Mussolini—ya el gran Sorel, el magno Profeta del socialismo social—, hiciese, de su porvenir, clarividente oráculo diez años antes de su realización, en 1912.

“Nuestro Mussolini no es un socialista ordinario. Creedme. Lo contemplaréis un día al frente de un batallón sagrado, saludando con la espada a la bandera italiana. Es un italiano del siglo XV, un condotiero. No se sabe esto todavía: pero es el único hombre enérgico capaz de reparar las debilidades del Poder.”

Cuando llegó ese día, octubre de 1922, otros dos ex socialistas, Lenin y Trotsky, declararon a unos comunistas italianos: *“Lástima que Mussolini se haya perdido para nosotros. Es un hombre*

(1) “Nadie me ha negado hasta hoy estas tres cualidades: una discreta inteligencia, mucho coraje y un soberano desprecio por el dinero inmundo”. (Palabras de Mussolini.)

fuerte que habría conducido al triunfo nuestro partido. Habéis perdido la carta que hacía falta ganar."

Pero Mussolini no era un hombre a sueldo ni a compromiso. No era un partidista. Lenin y Trotsky no se atrevieron a confesar a esos italianos que Mussolini sólo podía ser así de triunfo y hombre fuerte, sirviéndose a sí mismo, es decir, a su *genio*; es decir: a su tierra, tierra de Italia. En el socialismo hubiese fracasado, como fracasó el resto de sus compatriotas socialistas.

(Cuando hablemos más adelante de los *Tres genios* en que se reparte el mundo histórico, podremos comprender el alcance de esto que digo.)

No hay más que seguir la trayectoria vital de Mussolini para ver cómo Mussolini va rectificando los propios errores de sí mismo. Todo su desarrollo no es más que la *fatiga del llegar a ser lo que era de antemano*, la *lucha por el encontrarse en el genio de su tierra, de sus propias entrañas*. De ahí que no pueda hablarse—sin burdedad—sobre que Mussolini fuera un traidor de sus personales convicciones, un oportunista, un desertor del socialismo. ¡No!

Lo que caracteriza al Predestinado de un pueblo, al hombre que encarnará un pueblo, en su historia, *genialmente*, es eso de verle fiel a sí mismo, esto es, fiel a ese su mismo pueblo, aun cuando las circunstancias le sitúen en coyunturas contrarias y hostiles a tal fidelidad.

En España no se leen las vidas de nuestros héroes. No se leen, entre otras cosas, porque la mentalidad miserable en que hemos venido viviendo ha impedido que esas vidas se escriban, se estatúen, se dramaticen, se filmen, se difundan como lluvia de mayo sobre las almas tiernas de nuestra infancia nacional.

El mundo antiguo tuvo buen cuidado de nutrir con fábulas y estatuas el culto de sus almas niñas. El mismo concepto de "hombre antiguo" es hoy todavía un mito en el que creyeron, sobre todo, los hombres antiguos. Lo mismo le sucedió al cristianismo medieval. ¿Qué significa el *Flos Sanctorum*? ¿Qué significa la Floresta de Romanes Caballerescos, de Poemas épicos? ¿Qué significa—en nuestro Renacimiento—el Teatro heroico y sagrado de España?

Yo comprendo que las juventudes italianas tengan de su *Duce* una reverencia mítica, religiosa. Porque conocen su vida. Y han contemplado su mirar que les dice de un golpe más secretos aun que su vida misma.

Mussolini es la tierra de Italia, lo genuino de Italia. Desde que nace. Desde que se lanza a vivir. Hasta el día que muera. Y hasta después que muera.

Mussolini nace, como de las raíces terruñeras de su patria. En uno de esos casolares puramente italianos, que vienen a ser como los caseríos navarros por lo que tienen de apegamiento al paisaje, pero sin el aislamiento señero y hosco de éstos.

Nace en el viejo Casolar de Varano de Costa, que estaba en un otero de Dovía, aldea comunal de Predappio, en la región de la Romaña, la Castilla itálica. El Casolar en Italia es como la Casa Solariega del Proletariado, del Campesino. La Casa Solar de la nobleza más humilde: la del terrón de gleba. Es la célula matriz de la campesinidad italiana.

Sus ascendientes eran campesinos de un antiguo abolengo boloñés. Pero su padre había logrado emanciparse de la tierra para inclinarse sobre el duro mestier de doblar fierros en la fragua de la aldea. Mussolini abre su vida en esa cuna campesina y férrea. “Ayudaba a mi padre—cuenta él mismo—en su duro y humilde trabajo; y ahora mi faena es más dura y áspera que tornear hierros: plegar almas”.

De su padre, además de aprender a sostener el fierro, aprendió a sostener firme la *Idea*. Su padre era el socialista tenaz del pueblo, un socialista muy patriótico y ardiente, que salía a la plaza ondeando banderas donde se leían emblemas como éste: “Vivir trabajando, morir combatiendo”.

(Después, su padre espiritual, Alfredo Oriani, otro romañol, le dejaría esa misma herencia de que el Ideal es lo único que no muere.)

La Madre de Mussolini, Rosa Maltoni, era una humilde maestra elemental en la escuela de Dovía.

Su madre le dió el sentido de la tradición religiosa. Y las fiestas en la iglesia natal le queda-

ron a Mussolini acunadas para siempre en su subsuelo más hondo.

De chico fué un salvaje, un greñudo, un antisocial y un valiente. Era el chico de las pedreas, del robar nidos y frutas, el capitán de golfos castizos, golfos de campo, que son como guerrilleros de la naturaleza en carnes vivas.

Yo recuerdo ser lo primero que me impresionó del fascismo y de su Duce, cuando llegué a Italia atiborrado de ideas liberaloides, urbanas y demotizadas: eso de la campesinidad, el olor a campo y tierra de su nueva política.

"A Mussolini—escribía yo entonces—donde se la encuentra en realidad—o sea en espíritu, en fantasma, en obsesión, en imagen inesperada y repetida—no es tanto en Roma ni en los palacios, como por los viecos, por las campiñas, por las villas, por los lugares donde erró de niño, vagabundo rural y robanidos. Todos los muros del agro italiano portan en su pantalla blanca la aparición, alucinante y negra, de la faz del Duce. Como divinidad vigilante, la efigie de Mussolini emerge de las casas, de las granjas, de los establos. Pintada con molde de metal y fucsina, como letra o cifra de una expedición. Y junto a esa efigie, intimidante, la otra no menos agresiva del manganello, de la porra, del clásico basto, de la milenaria clava de Hércules. ¡Oh Mussolini, gran rey de bastos en la baraja popolana de la nueva Italia!"

"Si el fascismo es aristárquico por su estructura de partido, y monócrata por su representación del poder ejecutivo, es en el fondo archidemocrático: el pueblo mismo. ¿Archidemocrático? No; popular. La palabra democracia huele a burguesía, a ciudad, a cosa mediocre. Mientras popular es lo del campo, lo de la taberna, y el mercado, y la plaza, y la fiesta. Popular no es el hombre como obrero, ni como ciudadano, ni como funcionario. Sino simplemente como hombre elemental. Como campesino. Como hombre eterno. De ahí el fervor del fascismo por la política agrícola, del agro. Y toda su propaganda que huele a trigo, a pan. A pan, a vino, a garrote.

Todo el mundo que habla con Mussolini, observa al instante la campesinidad de este hombre. Y esta es su grandeza: en un país de agro y de emigración, haberlo comprendido y haber cortado un traje a su medida. Una camisa con que cubrir las vergüenzas y una estaca para ganarse violentamente el pan."

El pan y el hierro. *Chi ha del ferro ha del pane.* Esta era una de las divisas mussolinianas

que incorporó a la fe de la nueva Italia. Divisa de labrador y de herrero: de guerrero.

+ * *

A Mussolini le veréis de maestro elemental de escuela, de emigrante, de vagabundo, de hambriento, de albañil, de encarcelado, de soldado, de herido de guerra, de periodista, de líder obrero, de motorista, de aviador, de orador; le veréis en todas las experiencias a que un hombre puede someterse para integrar el sentido total de una vida y de un pueblo, sin desconocer un solo sector de lo humano: hambre, miseria, dolor y gloria; pero le veréis siempre—en todo ese biódromo: italiano, portando en su carrera el destino de su Italia, de su genio natal e histórico, decisivo.

Le veréis de socialista, de internacionalista, sufriendo el contagio de la bastardía socializante, dirigiendo el *Avanti* y la *Utopía*, y el *Porvenir del trabajador*. Pero en el acto lo veréis reaccionar, eliminar el tóxico y enderezarse más sano, más puro, más originario que nunca.

Ya en 1909, y estando acogido al Austria como emigrado, se le ocurre escribir que el *confín de Italia no debe terminar en tal punto austriaco* (en Ala). Es expulsado en el acto.

Ya mucho antes de su superación auténtica y eficaz del socialismo, decía a las masas—mientras tocaba desde su ventana el violín, en ironía enor-

me—frente a los falsos pastores bellacos: *El socialismo no se logrará con charlatanerías*. Y se reía del Partido oficial: “Eso es una especie de gran almacén. Si queréis: de gran botica, que se está preparando para quebrar”. Y ya entreveía el destino egregio de un nuevo mundo social al exclamar: “Frente a la manada obediente y resignada que sigue al pastor y se desbanda al primer alido de los lobos, preferimos el pequeño núcleo resolutivo, audaz, que ha dado una razón de ser a su propia fe, que sabe lo que quiere, que marcha directamente a su finalidad”.

“Socialistas pancescos de la nueva edad”; “pseudointelectuales del positivismo académico que miran con una sonrisa de asinidad inconmensurable toda tentativa de ideales.”

“Esos subversivos directores del movimiento político y económico (los socialiberales) cuando no todos burócratas son obrerizantes retribuidos a veces con estipendios de obispo, son conferenciantes que especulan una inverecunda propaganda, son revolucionarios que no creen en la revolución. Son medias conciencias, medias culturas, medios hombres.”

Desde 1910 el emblema de Mussolini es ese: “Combatir construyendo”. “*Me pegaréis—dice en una ocasión a las indignadas Casas del Pueblo italianas—, pero me escucharéis*”. Le escuchan y no le pegan, naturalmente. “*Me odiáis porque me queréis todavía*”, les dice en otra ocasión. Y a uno que

quiere compadecerle frente a un Tribunal de Justicia—en una de las doce veces que Mussolini estuvo en la cárcel—, le amenaza romperle los morros (il muso) si habla de compasiones. “*Para mí es un honor que me condenéis*”, había dicho al Tribunal. Y cuando el Partido le expulsa, él, orgulloso, magnífico, levanta una mano ensangrentada y herida, emplazando a las masas a seguirle dentro de poco por las calles italianas. Profecía de Sorel: “Al frente de un batallón sagrado”.

* * *

Pero su genio no podía despertarse integralmente en esas escaramuzas de pequeña envergadura socializante. Necesitaba una ocasión grande y soberbia. La ocasión de la guerra. La ocasión en que el genio histórico de Italia podía jugarse su carta definitiva.

Y así fué. Este socialista, a quien el Partido y las teorías del Partido intentaban desmedular y desleir en un pacifismo internacionalista, hipócrita y cobarde, es el jefe de la “*rivolta ideale*”, que profetizara Oriani en el Cardello, un día.

¡La sangre es la rueda que mueve la historia!
—había visto Mussolini desde su nuevo faro ideal,
Il Popolo d'Italia.

¡La Patria no se niega: se conquista! Y desde el primer momento de la intervención italiana, de la cual es jefe y fautor, este hombre se alista

como simple soldado de infantería y hace todos los años de guerra. Entregándose a su destino, desafiándolo, dejando escrito una especie de testamento de *continuidad* a sus amigos, un pequeño grupo de intelectuales y obreros guerreros.

Instintivamente, en las trincheras los soldados humildes le quieren hacer su jefe. Es el que en los ataques los anima con su palabra o su acción y su coraje. Es el que en las horas de calma, bajo el parapeto, les escribe las cartas y les alegra. El Mando se entera de esa idolatría y le quieren emboscar a Mussolini para salvar su vida. Pero él renuncia. Sigue en la trinchera. Se libra de la muerte con quiebro de predestinado. Pero una vez una granada le acribilla. Le hospitalizan. Y el enemigo bombardea el hospital sabiendo que está allí. Pero se salva una vez más. Como se salvará de los varios atentados que le ejecutarían estando luego en el Poder. Suerte de Predestinado. El genio de Italia, su ángel.

Es al tornar de esta guerra cuando Mussolini se encuentra del todo a sí mismo, porque empieza, por fin, a apoyar su alma en lo más vivo que el genio de una patria tiene: sus *muertos*. Una vez más en la historia salva un país su vida por tornar sagrada y piadosamente a sus muertos. La Italia de la desmovilización está entregada al liberal socialismo. Se amnistia a los desertores. Se abofetea e insulta a los que visten de militar por las calles. Las fábricas se entregan a las manadas

obreras para que ondeen sus banderas rojas y su hambre desesperada.

Es la hora de Mussolini. Es la hora que exclama: "Oh Toti, romano, tu vida y tu muerte valen infinitamente más que todo el socialismo italiano. Y vosotros, falange innumerable de héroes que quisisteis la guerra, sabiendo que queríais la guerra; que fuisteis a la guerra sabiendo que andabais a la guerra; que fuisteis a la muerte sabiendo que ibais a la muerte..., ¿no sentís cómo las hienas intentan desenterrar vuestros huesos y cómo hozan sobre la tierra empapada de vuestra sangre y se preparan a escupir sobre vuestro maravilloso sacrificio? Pero no temed, ¡espíritus gloriosos! Esa querencia, si ha comenzado, no terminará. Os defenderemos. Defenderemos a los muertos. A todos los muertos. Aun a costa de cavar trincheras en las plazas y en las calles de nuestras ciudades". Y así sucede. Al iniciar la Marcha triunfal hacia Roma, la invocación es ésta: "¡La hora de la batalla decisiva ha sonado! ¡Invocamos a Dios y al espíritu de nuestros cincuenta mil muertos de que un solo impulso nos empuja: la grandeza de Italia!"

* * *

El fascismo nació—dijo Mussolini—"*del profundo de la Estirpe italiana, amenazada en su existencia*". Genio de Italia.

"Dentro de algún tiempo la psicología del pueblo italiano se habrá cambiado", preveyó Mussoli-

ni en 1920. “La guerra no es más que el preludio de nuestra revolución nacional”, preveyó también.

Toda la vida de Mussolini—encontrada su genialidad popular—es una continua profecía que año tras año va cumpliendo. “Es el jefe que millones de individuos obedecen apasionadamente, porque sienten en él expresarse el genio inextinguible de la raza, el porvenir y la potencia de Italia”, dice uno de estos individuos apasionadamente obedientes. Y en muchos hogares y lugares de Italia se lee esta reverencial inscripción: “Mussolini ha sempre ragione”. Siempre tiene razón.

Le obedecen porque ese jefe obedece, a su vez, a algo superior a él. “Si hay alguien en Italia que no sea libre, soy yo”. “Acepto esta servidumbre como el más alto premio que pudiera alcanzar”. He ahí el secreto del Duce de Italia. Del supremo obediente y siervo de Italia. Genio de Italia. Es decir, de Roma.

“Roma es nuestro punto de partida y de referencia. Nuestro símbolo, o si se quiere, nuestro mito”.

En efecto: Mussolini, que empieza su vida en la cuna romana, llega a alcanzar poco a poco esa meta, ese mito, que era algo más que un mito y que una meta.

De socialista se hizo socialista italiano. De socialista italiano, asciende a italiano heroico. De italiano heroico a romano, a fascista. ¿Y qué es ser fascista?

Mussolini cree al principio que ser fascista es simplemente consolidar la unidad política de Italia, un asunto puramente "nacionalista". Por eso dice en sus primeros años de Poder que el *fascismo no era una mercancía de exportación*.

Pero al decir eso es que aun no servía bien al genio de Roma, integralmente.

Al llegar el año IX del fascismo, tuvo una vez más Mussolini que hacer acto de humildad *genial* y reconocer que el fascismo se extendía por el mundo, con fuerza para él antes insospechada.

Es que Roma se había puesto en pie. "Y cuando está en pie Roma todo el mundo se pone de pie", como había dicho ya un cronista medieval.

Frente a comunismo (oriente) y liberalismo (occidente); frente a la anulación del individuo (oriente) y a la supervalorización individual (occidente), Roma acababa de sintetizar, una vez más en la historia, su tradición eterna—Ciudad Eterna—; su genio de incorporación, de corporatismo, de Jerarquía y Libertad. Civilización: entre oriente y occidente: cristiana, europea: esto es, universal, católica.

Esa era la misión suprema del fascismo. Ese era el *genio* a quien tenía que servir.

Y Mussolini, tras enderezar hierros de batalla, se puso a plegar almas de toda una humanidad histórica: la nacida de Roma. Genio de Roma, Mussolini.

IV

ESPAÑA, LA ESFINGE SIN SECRETO

Podría continuar examinando la “resurrección de los genios”, la “vuelta de los dioses” que han experimentado, tras la guerra, algunos países más: una Polonia, un Portugal, una India, un Japón. (Japón, gran país de los muertos divinos; gran tierra de *Patria* o de *los Padres*.) Algunos otros países que, al refrescar la memoria viva de sus muertos, se han alzado en pie con ansias perdurables de resucitamiento. Pero con lo indicado me parece ya suficiente para irnos acercando al caso concreto que nos interesaba: el genio de España.

¿Y España? ¿Qué le ha pasado al genio de España? ¿Ha resucitado el genio de España?

Lo primero que se advierte, al querer responder esta pregunta, es el constatar la ausencia—(en el caso concreto de España)—del incitante fundamental que tuvieron esos países citados para reaccionar sobre sí mismos: esto es: *la guerra*.

España no fué a la guerra. España no se sometió a la prueba crítica y decisiva de la guerra. A la aventura magnífica de mirar cara a cara a la muerte para que la muerte le mirase cara a cara la vida.

La historia de España de estos últimos veinte años depende en gran parte de su inhibición frente a la gran comunión de vida y muerte a que se sometieron muchos genios nacionales en 1914. Pero no sólo por no participar de hecho en ese determinado *casus belli*, sino por no participar desde hace años en el espíritu mismo de la *guerra*. Espíritu de Costa: de “siete llaves al Cid” frente al espíritu, que se ha expresado en este emblema: “se guerrea no para morir, sino para vivir”.

Piénsese que los dos fenómenos más relevantes que se han dado en España en estos veinte años últimos—la Dictadura y la República—han sido como epifenómenos antiguerreros, como escurriduras de la Paz de Versalles.

De ahí su carácter eminentemente frío, superficial y como transitorio que adquirieron en el acto.

Y si tales dos fenómenos alcanzaron—no obstante—un cierto prestigio interno, un cierto estilo indígena, es porque, a pesar del espíritu pacifista y casero que les inspiraba, había en su fondo un inevitable *problema de muertos*. (Sin muertos en la historia no se puede mover un paso. *La sangre es la rueda que mueve la historia.*) Eran nuestros modestos muertos marroquíes.

Sobre los muertos marroquíes—de nuestras últimas campañas protectorales de Africa—es sobre donde apoyaron inmediatamente su pie las vidas de la *Dictadura* y de la *República*. Primo de Rivera dió su golpe de Estado el 13 de septiembre

de 1923. El día 14, al día siguiente, iban a juzgarse las *Responsabilidades del régimen monárquico* por los *muertos de Annual* (1921). ¿Lo recordáis? Yo lo recuerdo con lucidez emocionada. Yo estaba procesado ante un Tribunal militar aquel día, por haber querido asumir la voz de aquellos Combatientes, muertos, en mis *Notas Marruecas de un soldado*.

Primo de Rivera dió su golpe de régimen, de Estado, para rehabilitar aquellos cadáveres, para que su esfuerzo y sacrificio no fuese aventado en una revolución, que también los esgrimía, como emblemas subversivos.

Primo de Rivera pacificó Marruecos. Pacificó de inquietudes la vida peninsular. Pacificó España de cadáveres. El pueblo se echó a dormir. Es decir, a morir. Y ese sueño de muerte arrastró al Dictador a la muerte.

Y en el acto, los fantasmas volvieron. Volvieron y encarnaron en nuevos muertos, nuevas incitaciones de vida. Reanudaron, no el 13, sino aquel *14 de septiembre de 1923*, que se había interrumpido.

La República española nace sobre dos cadáveres, sobre dos fusilados: *Galán, García Hernández*, los dos que pretendieron asumir el sacrificio de sus vidas utilizando los muertos de Annual, los de las *responsabilidades del régimen*.

* * *

Pero la República—si causa todos los días sangre en España—ya no es sangre para su propia vida. Ella no descansa—de veras—más que sobre dos fusilados. Y bastarían esos dos fusilados para que la República viviese una vida digna, si los vivos de la República tuviesen más piedad de los muertos por ella.

Aun suena en los oídos del pueblo aquella frase irónica de un prohombre y ministro republicano refiriéndose al héroe Ramón Franco: “¡Lástima que no lo fusilaran en Jaca. Un mártir más y muchos disgustos menos!”

Y es que todos los vivos de la República no tienen el espíritu de la guerra, del sacrificio de sangre: de esa Unión Sagrada que mueve la historia. Pues hasta la religión más infinitamente humana, incruenta y fraterna—el cristianismo—, tiene su símbolo en un crucificado, en un cáliz de sangre, en un *tomad y bebed, que esta es mi sangre.*

Pocas veces en la historia de España—yo creo que la única—se habrá dado el caso de regir nuestros destinos una generación—esta Republicana—que no ha participado en guerra alguna.

Para la carlista eran muy jóvenes. (Unamuno oye en su infancia los tiros civiles de Bilbao. Y gracias a esa *guerrilla* de su infancia le ha quedado a Unamuno ese acento como *empecinado* y militante que tanto le distingue y enaltece.)

Para la guerra de Cuba, no llegaron a tiempo. Los hombres del 98 son los que gritan porque en el 98 han muerto hombres que no son ellos. Si hubiesen muerto ellos hubiesen sus memorias gritado de otro modo. (Y, sin embargo, aquel *estremecimiento de sangre*, que es el 98, dió a aquellas almas un cariz de rebeldía y fiereza que tanto les ha honrado y les honra.)

Para las guerras policiales o colonistas de Marruecos, tuvieron el servicio militar privilegiado que les *libró de quintas*.

Para la Gran Guerra, lograron la habilidad de permanecer neutrales. Habilidad — debilidad — es siempre el poco coraje para dejar de arrastrar al país a una aventura.

Esos son los hombres de la República: los que nunca cogieron un fusil, si no es para desarmarlo, reformarlo y demostrar que hace daño cuando se dispara.

Es cierto que algunos de ellos—los socialistas—gozaron alguna vez de pequeños sustos. Sufrieron cierta persecución y cárcel.

Pero ya sabemos que el socialismo juega desde hace muchos años en el mundo, cartas gubernamentales y combinaciones inteligentes, sin peligro verdadero.

Lo auténtico es que los hombres de la República nacieron en la intriga política y en el inteligente y astuto cabildeo jurídico.

Todavía—un Primo de Rivera—olió la pólvora. Aunque fuese la humilde y circunscrita pólvora de las razzias morunas y de los pistoleros catalanes. Por lo menos no fué un general de esos a quienes ascendió la Monarquía porque los moros corrieran tras ellos, como les sucedió a algunos fatídicos de cuyos nombres mejor es no acordarse.



Es decir, que lo que caracteriza a esta esfinge de la España novecentista, del primer cuarto de siglo, de la “nueva España”, es que no tiene secreto, no tiene muertos sublimes en que apoyar una sublime y ambiciosa vida.

No los tiene. Pero la España que viene, la que no es *nueva*, sino *eterna*, *inmortal*, esa sí que los va teniendo. Y los tendrá. Cada día más. Y cada día más exigentes y vengadores.

Ya es muy sintomático, que la generación joven de la España actual haya—toda ella—empuñado el fusil, la pistola y hasta el cascote.

Es la generación del *servicio obligatorio militar*, la que conoció los parapetos africanos, y las caras crispadas y sangrando de compañeros atravesados de balazos, y el rasgar el aire del *paqueo*, y la disciplina ruda e irritante, pero sana, del campamento. (La generación que yo viví, describí, en primer libro de soldado.)

Es la generación de los estudiantes audaces y belicosos. La de los sublevados en Jaca (1). La de los que disparan desde las Universidades, y han sentido las balas policiacas, y luego de los pistoleros, zumban en los oídos, y, a veces, hincarse en sus carnes de tiernos héroes, de "criaturas creadoras".

Es la generación que, instintivamente, huye de los enchufismos y de las combinaciones parlamentarias y medrosas y se refugia en el *sindicalismo* y en el *tradicionalismo* (2).

Es la que instintivamente se ha estremecido ante la consumación del Estatuto Catalán, como despertando de un sueño secular; no por lo que el Estatuto signifique de libertad catalana, sino por lo que supone de esclavitud española, de hipoteca del genio español.

(1) Nota de 1934.—Cuando la sublevación de Jaca, en el diciembre de 1930, yo preparé la reedición de mis "Notas Marruecas de un soldado", con un prólogo dedicado a aquellos audaces y animosos muchachos. La preparé en la Editorial Cent, de Madrid. Pero un día—estando ya compuesta y con portadas impresas—me llamó el director literario de ella, señor Roces, diciéndome que no podían lanzarla por mi fascismo ¡Como si el movimiento de Jaca y mi preludio literario de 1921 no respondiesen a un mismo espíritu, a un mismo genio nacional. ¡Como si mi fascismo protegiese al general Berenguer! Yo quería aprovechar el fuego de aquellos muchachos para la causa española que dejó en el aire Primo de Rivera al morir. Contra Berenguer. Pero el Comunismo vigilaba y me quitó el libro y me quitó a aquellos estudiantes hundiéndolos en la F. U. E.

Al poco vino la República, y ya no quise reeditar el libro por mi cuenta. Hubiese sido una importunidad, una cobardía y una adulación. Algún día lo publicarán, con honor, los fascistas españoles.

(2) Nota de 1938.—Véase cómo ya en 1931-2 yo afirmé claramente las dos fuerzas espirituales y centrales que determinarían nuestro Movimiento. Y cuya unificación ya prevé desde entonces.

Los fantasmas que se despiertan en esos gritos antiestatutistas de alcaldes de pueblo, de menestrales provincianos, contagiados por los alertas juveniles de los más sublimes muertos que España tuvo últimamente en su historia: los de la *guerra de la Independencia*.

Exactamente esos. Pues la *sombra de Napoleón* vuelve a cernerse sobre España. Y con más peligro que en 1808.

Entonces no lo hizo como sombra, sino con cañones y morriones, irritante y abiertamente.

Ahora lo hace con el sigilo de la Sombra. De lo cauteloso. De lo táctico. Y además: de lo implacable.

¡ADMIRABLE FRANCIA, ENEMIGO ADMIRABLE!

Sí. La sombra de Napoleón no ha dejado de cernerse sobre España desde hace más de un siglo. Permítaseme asegurar que desde antes de Napoleón. Sombra imperial de Francia.

Sombra que aparece histórica y fechadamente el 16 de noviembre de 1700, día en que el Embajador de Francia, conde de Harcourt, nos asienta en nombre del Rey Sol, del Borbón francés, a su nieto Felipe el V. Desde que España—rotos los Pirineos, *plus de Pyrénées*—entra en la órbita de ese Sol, en la constelación de las flores lisadas de Francia (1).

El imperialismo de Francia se quiebra—en revolución—por degeneración dinástica. (Esas degeneraciones genésicas que sufren las estirpes, las dinastías, esos instrumentos mágicos del *poder de casta*, que son las dinastías, y de los que hablaremos más adelante.)

(1) Nota de 1932.—El testamento de Carlos II y la victoria del duque de Anjou, de los franceses, de los Borbones, corta por un siglo el ideal carlista que se inicia en España con el archiduque de Austria Carlos VI, aspirante al trono español. Es curioso que el carlismo—carlismo de Carlos V y de Carlos VI—tenga un origen germánico, cesáreo, antiborbónico y antifrancés en España. Luego Carlos VIII recogería esta idea de una España integral y tradicionalista, de realismo puro. Por eso fueron carlistas en el siglo XIX las mismas provincias españolas que pelearon en el siglo XVIII contra el francés. Por ejemplo, Cataluña. Un sagaz espíritu tradicionalista actual me demostraba que el carlismo tenía la clave autonomista de España. Porque partía de las regiones y de los fueros antes de coronarse en Reinado de España. Al revés que los Borbones isabelinos, los cuales eran, ante todo, Reyes de España y, en su consecuencia, de las regiones y provincias después. Por eso hoy la mística del carlismo podría reverdecer si encontrase otra vez una dinastía legítima y sana en lo germánico, en lo antifrancés.

Francia arroja a los Borbones. Pero no a su *idea imperial* malograda. De la revolución del 89, nace una nueva dinastía francesa: la napoleónica: vital otra vez, potente otra vez, pronta a recobrar la órbita malograda del Rey Sol. ¡Admirable Francia. Enemigo admirable!

Napoleón es el vértice francés, ya lo sabéis. Es: desde Carlomagno, desde San Luis, desde Francisco I, desde Enrique IV, desde Luis XIV, el máximo esfuerzo de Francia por integrar el gran sueño antiguo y medieval de Europa: el *Sacro Romano Imperio*. ¡Emperador y coronado en Roma! El gran sueño al que sólo había dado cima—cima gloriosa, y breve como toda cima—la España del XVI: la España *Romana y Germánica* del XVI. La del *César* y la de *Dios*.

Napoleón no contó con el *genio* de España. (Y el alma celosa y oportunista de Wellington que ayudó a España, le preparó Waterlloo.)

Pero si Napoleón fué a Santa Elena: la *idea imperial* de Francia no fué a Santa Elena. (Ya lo sabéis. Ya sabéis que la *France éternelle* no había muerto, y así lo proclamaron Péguy, Barrès, al incitar a esa *Francia eterna* a la Gran Guerra. Contra el germano, contra el César. De la Gran Guerra renacería ese alma de Francia, ese *genio*, reasunto y magnífico.)

¡Admirable Francia. Enemigo admirable!

* * *

¿Con la caída de los Borbones franceses, modificóse la órbita de España?

¿Con la caída del francés Napoleón, modificóse la constelación en la que giraba España?

Ya lo sabéis. Ya sabéis la táctica de Napoleón. Quitarnos al Borbón Fernando para tenerlo en rehenes; no como enemigo, sino como francés; como Borbón, como huésped familiar, como *inteligenciado y comprometido*. Napoleón es el que quita de en medio al Borbón, sí. Porque necesita ensayar el *Estatuto de Bayona* (6 de julio de 1808). O sea: “la transcripción del derecho constitucional francés, de la Revolución y del Imperio francés a España”. “Dejando algunas concesiones al carácter y a la tradición de los españoles y a las circunstancias. Entre otras, la atribución exclusiva concedida a las Cortes de fijar los impuestos”.

Pero Napoleón, por si acaso—dejando al Borbón en Francia—, prepara el *Tratado de Valençay* (11 de diciembre de 1813), en que el Borbón puede volver a España con restricciones taxativas para su política de alianzas, especialmente contra Inglaterra.

El plan de Napoleón—el *vasto plan*, como él lo llamó—ya lo sabéis: “*coronar en Madrid, con la ayuda de Dios, al Rey de España* (su hermano Pepe Botellas) *y plantar sus águilas imperiales sobre las fortalezas de Lisboa*”.

Napoleón hizo demasiado ruido en España. Fué inútil que se atrajese a los intelectuales y a algu-

nos aristócratas y alto clero. A los afrancesados. Sus soldados y esbirros hicieron mucho ruido en la Puerta del Sol, y en el Bruch, y en Zaragoza, y en Bailén...

Un modestísimo alcalde madrileño, el de Móstoles, dió la voz de alarma: *¡La patria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa! ¡Españoles, venid a salvarla!* Mayo, 2, de 1808.

¡Caro le costó a Napoleón aquel ruido! Ya se lo advirtió *Pepe Botellas: Vuestra gloria se hundirá en España.*

El consejo de *Pepe Botellas* no lo aprovechó Bonaparte. Pero Francia, sí. La *idea imperial de la eterna Francia.*

La historia española del siglo XIX hasta hoy es el ejemplo. *¡Derechos del hombre!* o *¡Absolutismo borbónico!* *¡Revolución democrática* o *Cien mil hijos de San Luis!* Intervenir Francia lo menos posible, con *ruido imperial de cañones.* Hacer que España, ella misma, se pliegue a su idea imperial. ¡Escuecen mucho en el Arco de la Estrella, todavía, aquellos picotazos de los piqueros de Bailén!

• • •

Victorioso el *genio de Francia* en 1918, no era difícil prever que su águila empolvada batiese las alas,afilase las uñas, mirase a lo lejos, se fijase, *l'aiglon*, en España. ¡Admirable Francia. Enemigo admirable!

Ya fué buen golpe aquel de lograr de España—1925—la solución del *hueso* de Alhucemas, del grave peligro para su imperio marroquí.

Pero el solucionador, Primo de Rivera, era un español un poco a la antigua. Mostraba demasiadas veleidades por Mussolini, por Roma. Y en el ejército había sido germanófilo (1).

Tampoco era muy de fiar el Borbón Alfonso XIII. Alfonso XIII tenía sangre austriaca, que le salía en algunas ocasiones. No se resignaba a eso de la autonomía catalana, por ejemplo. Ni a destituir al Cardenal Segura. Si antes de la Gran Guerra se guiñó el ojo más de una vez con el Kaiser, bien podía guiñárselo con Hitler.

Hubo que prescindir de él. Eso sí. Ofreciéndole Fontainebleau y los *aplausos y simpatías de la France éternelle*. Es decir, preparando otro *Valençay* si el nuevo *Estatuto de Bayona* (el de San Sebastián) no daba resultado. Si el Gobierno republicano cuajado en las logias y los círculos de París no daba resultado (2).

¡Al son de la Marsellesa, del himno imperial francés, ha entrado de nuevo Napoleón en España: *14 de abril!*

(1) Nota de 1932.—Cuando la Gran Guerra, la España tradicional y católica se inclinó instintivamente por lo germánico. En cambio, los intelectuales germanófilos en teoría se inclinaron instintivamente por la mixtura democrática y aliada de Francia; una vez más les salió su instinto de afrecesados.

(2) Nota de 1932.—Es muy sintomático advertir cómo Francia procede con Alfonso XIII, cómo procedió con los emigrados de la Dictadura, futuros ministros republicanos.

Para éstos, tuvo la acogida de los grupos radico-socialistas. Para aquél, los de la *Action Française*. Por eso los alfonsoinos españoles se han agrupado

Ahora sin ruido. Eso sí. No en vano se aprende en las costillas. En forma de sombra, con el sigilo y tacto de sombra. Pero siempre permitiendo “algunas concesiones al carácter y a la tradición de los españoles”. Permitiendo que la Marsellesa se trasladase en himno de Riego. Y que las Cortes fijaran los presupuestos. Y que el quepis francés se disimulase en los guardias municipales. No fuera que la gente de la Puerta del Sol fuese a adivinar el morrión de Murat.

Pero el plan: el mismo. Un *vasto plan*. ¡Admirable Francia, enemigo admirable!

♦ ♦ ♦

Una de esas noches en que las Cortes discutían (¿?) el Estatuto Catalán y en las calles españolas los estudiantes y otros *elementos*, se las tenían tiesas con los guardias, estaba yo sentado frente al director de un gran diario de Madrid, en su despacho.

—Y a usted, ¿qué le parece eso del Estatuto? —me preguntó.

bajo el grupo ideológico de Acción Española, inspirado inmediatamente en el de Action Française, es decir, acción borbónica. Francia sigue jugando admirablemente la doble baraja napoleónica. Pero el genio de España está en la obligación de descubrir ese peligroso juego doble. Así podriase parangonar aquello de Maistre: una reacción no debe ser una revolución contraria, sino lo contrario de una revolución. Es decir: lo contrario de una República española afrancesada, no deberá ser una Monarquía también afrancesada. Recuérdese la vuelta de Fernando VII con los Cien mil hijos de San Luis.

[Ojo con los masones! Pero también con los *libres*.

[Admirable Francia, enemigo admirable!

—¿A mí? El principio de un vasto plan.

—¿Español?

—No. Francés.

—Hombre, explíquese.

—Es muy fácil de explicar. No se necesita ser diplomático, ni diputado, ni siquiera periodista. Con una chispita de chispero, de español de la calle, basta.

—Entonces, ¿usted qué cree?

—Yo creo lo que siento, lo que presiento. Esto es: que de la aprobación del *Estatuto* de Cataluña depende un *vasto plan* de Francia.

No hay que olvidar, ante todo, los orígenes *políticos* de la República española. Se ha hecho al son de la Marsellesa, bajo la bandera tricolor de los tres principios del 89 francés. Los gobernantes se han criado espiritualmente en Francia, son hijos de Francia. Eso es fundamental. Francia necesitaba en su *vasto plan* una *España* desunida, es decir, una Castilla desarmada (Castilla, corazón de España). Las armas de Castilla eran tres: unidad religiosa, unidad territorial, unidad lingüística. Y todas tres, mejor o peor, se sincretizaban en la Monarquía.

Derrumbada la Monarquía, se pudo operar en campo *franco, libre*. Había que hacer una *Cataluña* que volviese a *montar tanto* como Castilla. Con un gobierno, una lengua, un territorio. Para que Castilla se lo concediese era menester *quitar el peligro castellano: el militar, el territorial, el cura*

y el maestro de escuela. Y que renunciase en su Constitución, taxativamente, a la guerra. Y ese es el sentido de las Reformas del Ejército, de la Reforma agraria, de la separación de la Iglesia y de la Renuncia en materia idiomática.

—¿Usted cree?

—Sí. Pero no porque Castilla se encontrase desesperada de toda solución. Es que así como la República catalana salió del Pacto de San Sebastián, también salió sin duda otro Pacto más misterioso que aquel Pacto, para Castilla. Una ilusión, que era un caramelo infantil, para la pobre Castilla.

—¿Cuál?

—El de los portugueses. Castilla—rotos sus corvejones—no era ya un peligro ni para Cataluña ni para Portugal. Portugal *podía* sacudirse ya de su yugo inglés y acercarse a la famosa y soñada Federación Ibérica. Portugal sacudiría su dictadura, que es lo que le ataba a Inglaterra. (No iba a nacer otro Wellington que acechase (1).

—¿Y no sería eso altamente patriótico y admirable?

—Lo sería, sí. Piense usted que uno no ha hecho otro sueño que ese en *La Gaceta Literaria*. Piense que desde 1927 yo he aprendido a leer y entender el catalán y el portugués en las páginas

(1) Nota de 1932.—Sin embargo, me consta que ya está acechando. La dirección de la Policía en Portugal está en manos del Foreign Office de Londres. Los aeroplanos y buques ingleses hacen de vez en cuando misteriosos simulacros ante Lisboa. Wellington se prepara ante la hora cercana, que no tardará en sonar.

de mi revista. Pero yo me desperté del sueño por la presión de una pesadilla.

—¿Cuál?

—Esa, la de Francia. ¡Admirable Francia. Enemigo admirable! A Francia le interesa mucho esa *Petite Entente*, semejante a las que formó en los otros Balcanes, los de Oriente.

Le interesa el día en que se proclame en Madrid que—gracias a la *Democracia*—la *Petite Entente ibérica* es un hecho que no lograron siglos de Monarquía. Gracias a los Derechos del Hombre. Es decir: del hombre francés, como hubiese dicho Disraeli. Pues, ¿dónde se iba a apoyar ese deliquio ibérico? ¿En los cañones cortos de Castilla? ¿En las pistolas catalanas? ¿En los desafíos y centellas portuguesas? Simplemente: en las plumas del aguilucho francés, esas plumas que se disimulaban en el pacifista Blum, en el sencillo Lebrun (1). Francia ha aprendido a no mostrar gestos fieros y teatrales en su imperio. Sino faces amables, tímidas, de buen padre de familia, como eran las del beneplácito M. Doumer, a quien una bala confundió con Napoleón, en *rara casualidad*.

Entonces sí que ya no habría ni Pirineos ni Estrecho. El Marruecos francés empezaría en los Pirineos. Eso sí: con muchas legiones de honor a nuestros intelectuales y periodistas, y a todos los

(1) Nota de 1934.—Ese "vasto plan" previsto en esas intuiciones de entonces fué el Frente Popular y su intervención bélica en España: nuestra guerra.

ibéricos. Con una Colonización de Primera Clase. Muchos Institutos franceses, muchas conferencias exquisitas, mucha Poesía Pura, muchas Casas de Velázquez, de Camoens y de Maragall.

El director del periódico se echó a reír. Pero yo proseguí:

—Francia quedaría con las manos libres para entendérselas con ese pícaro de Mussolini, que no deja a la dinastía de Saboya tener un país democrático, constitucional y parlamentario, un país donde reine la “religione della Libertá” del Croce.

Y después se las entendería con Hitler y con Rusia. El genio ruso, combatido por tanta *democracia*, vacilaría seriamente, y no hay que decir el genio tudesco. Ya se encontraría un nuevo Stressemann.

La sombra de Napoleón se extendería por fin por el mundo tranquilamente, sin ruido, sin jaleos, con la sonrisa paterna y doméstica de un M. Lebrun, o la melosa y judaica de un Blum.

El director del periódico había empezado a hojear, mientras yo le hablaba, un volumen intacto que tenía sobre la mesa: *Portugal e Inglaterra*, del señor Cunha Leal, jefe del partido liberal republicano portugués.

El director del diario se había detenido en las páginas finales de ese libro. Esas páginas me las leyó en voz alta:

“Si Inglaterra quisiera descargarse voluntariamente del costoso patronato que al través de la historia viene ejerciendo sobre Portugal, ¿tendría éste, por

ventura, posibilidades de crear un nuevo sistema de alianzas, capaz de garantizar la integridad de su territorio de aquende y allende el mar?

Cuando se intenta estudiar la hipótesis de una actividad internacional portuguesa, ajena a la tutela británica, aparece en seguida en el espíritu del investigador o del simple curioso la idea de una alianza con España. El temor de ser absorbido por un vecino codicioso, la lección del viejo apólogo del "cántaro de hierro y el cántaro de barro", tuvo hasta hoy a Portugal alejado de España. Toda la vida de la pequeña nación ibérica refleja la influencia de este miedo, que, hábilmente explotado por Inglaterra, nos ha llevado dócilmente a aceptarlo todo, desde los vejámenes hasta las amputaciones. El noble espíritu pacifista de la segunda República española, y la circunstancia de haber ésta adoptado un texto constitucional que afortunadamente no es federalista, a pesar de que respeta el instinto latente de regionalismo, aleja por el momento el peligro de todo atentado contra la independencia de Portugal. El espectro de la absorción violenta ya no puede constituir la razón determinante de las actitudes internacionales de este país.

Sin embargo, continuamos, por nuestro lado, sustentando que la simple alianza con España no representa una solución para Portugal, porque su Imperio ultramarino no quedaría garantizado con la formación del bloque ibérico, en virtud del reducido peso que éste tendría en la balanza de los destinos universales. Pero si el conjunto lusohispánico, a su vez, se integrara dentro del sistema internacional que preside FRANCIA, entonces Portugal, durante un periodo más o menos largo—es decir, mientras no sufriese variaciones sensibles la actual situación del mundo—, podría vivir sin sobresaltos y considerarse absolutamente seguro de sus destinos. El bloque de pueblos así formado, aparte los poderosos medios materiales de que dispone Francia, contaría nada menos que con 155 millones de habitantes. Es evidente que el concurso de los escasos 6.200.000 portugueses no constituiría un incentivo bastante para que Francia deseara su alianza, debiendo asumir para ello los correlativos compromisos; pero nada de esto sucedería si Portugal formase previamente una Petite Entente con España."

La Monarquía española no tuvo en realidad de verdad, durante los últimos ciento y pico de años, una política exterior. La Monarquía dejó a la naciente República una aspiración profunda: llevar a cabo una alianza peninsular. Imaginemos, ante este caso, que Portugal ponga como condición "sine qua non" la integración del bloque así formado en el bloque más vasto de naciones orientado por Francia. Esta condición, ¿sería recusable? Desde que en Italia existe el fascismo, y en Alemania se advierte su triunfo próximo, desde que Rusia gobierna el bolchevismo, las democracias cispirenaicas sólo pueden adoptar una de estas tres actitudes internacionales: el "espléndido aislamiento", la alianza con Inglaterra o la alianza con Francia. No mencionamos el sueño de color de rosa del iberoamericanismo porque el Nuevo y el Viejo continentes tienen problemas tan fundamentalmente distintos entre sí, que no podemos imaginar qué interés material podría cimentar semejante combinación política.

Volvamos, pues, al examen de aquellas tres soluciones. El aislamiento no conviene más que a los individuos y a los pueblos que se creen invencibles. Este no es el caso de España ni de Portugal, a pesar de la opinión de algunos peninsulares dominados por fenómenos de espejismo. Quedarían por tanto dos hipó-

teals: o el acuerdo con Inglaterra o el acuerdo con Francia. Ahora bien: la primera de estas dos naciones tiene mucho más interés en evitar una alianza luso-española que la segunda. Francia, en su deseo de mantener el "statu quo" europeo, estaría ciertamente dispuesta a dar a una Petite Entente peninsular garantías políticas y compensaciones materiales y morales de toda clase para obtener la integración de la misma en su esfera de influencia." ¿Y Tánger? Tánger es entre España y Francia un punto de rozamiento, menor sin embargo que el que constituiría Gibraltar en caso de un acuerdo hispanobritánico; se podría, ciertamente, llegar a una solución de esta "diferencia" si Francia, en vez de mirar a España como un obstáculo a sus comunicaciones entre las costas mediterráneas y atlánticas, pudiese considerarla como una aliada. ¿Y el principio de repudiación de la guerra, solemne y románticamente grabado en la Constitución de la República española? Precisamente es Francia el Estado que tiene más interés en estabilizar la situación actual de Europa o en lograr su evolución por métodos pacíficos; no es de esperar, por tanto, que sea Francia la que provocara la guerra, aunque deba quizá ser la que la sufra..., si el capitalismo continúa inclinándose al suicidio. El proyecto de una alianza iberogala no pueda, pues, ser clasificado en la categoría de los sueños irrealizables. Un tan vasto sistema de alianzas constituiría para Portugal una garantía efectiva, no sólo contra la codicia de los Estados pertenecientes a bloques rivales, sino también contra un poco deseable resurgimiento de las viejas ambiciones de Castilla.

Al terminar de leer estas líneas, el director del diario me miró a los ojos con asombro:

—¿Usted las conocía?—me preguntó.

—Yo ignoraba hasta quién era Cunha Leal. Yo lo único que conocía era aquel *vasto plan* de Bonaparte: "reinar en Madrid y plantar las águilas sobre las fortalezas de Lisboa".

—Ahora comprendo por qué detuvo usted la marcha ibérica de su *Gaceta Literaria*...

—No la detuve. Me la detuvieron. Hoy está defendiéndose en su modesto parque de Artillería madrileño, como un nuevo Daoiz, atravesado el pecho de balazos. ¿Qué iba a hacer un humilde teniente contra la sombra de Napoleón? Sucumbir. Pero la sangre de un humilde puede llegar corrien-

do hasta los campos andaluces de Bailén, donde aun quizá luchan piqueros con el nombre castizo de sindicalistas-nacionales.

♦ ♦ ♦

Si la República española ha de seguir, con *métodos liberales*, apoyando al *absolutismo francés*, ¡perezca la República española!

Si Alfonso XIII, restaurado, hubiera de seguir, con *métodos absolutistas*, apoyando al *liberalismo francés*, ¡perezca Alfonso XIII!

¿Está claro, ingenuos y genuinos españoles?
¿Está claro lo que debe perecer? (1).

(1) Nota de 1932.—Escritas estas líneas instintivas y chisperas, encuentro su comprobación filosófica y profunda en este texto de N. Berdiaef, el místico ruso que postula una "Nueva Edad Media" en el mundo: "Las antiguas ideas conservadoras y monárquicas, llamadas de derechas, que han predominado en diversos países, antes de la guerra y de la revolución eran, en el fondo, ideas individualistas. Comportaban, en sus fundamentos, un humanismo aristocrático: del modo que un humanismo democrático era el fundamento de las ideas llamadas de izquierda o progresistas. La autoafirmación humanista se encontraba implicada en la monarquía de Luis XIV y de Luis XV, así como en la de Guillermo y los Zares. (Podía haber añadido: y de Alfonso XIII.) Contra la afirmación aristocrática y humanista de sí mismo, se alzó siempre la afirmación democrática y humanista de sí mismo; contra la monarquía humana absoluta se elevan la democracia humana absoluta". (Un Nouveau Moyen Age. Paris, 1930. Página 153.)

Son también estas líneas una confirmación más a lo que yo afirmaba sobre el desastre de una política rítmica de derechas e izquierdas, conservadora y liberal.

Desastre cuya raíz está en haber privado al Poder de su origen divino y totalitario, cuyo vértice simbólico era Dios.

El Poder es un Deber y no un Derecho. Un Servicio y no un Favor. Un acto de humildad y no de orgullo.

♦ ♦ ♦

Indudablemente, leyendo todas estas líneas, se me creará un furibundo antifrancófilo, un espíritu a quien Francia hubiese producido las más terribles vejaciones. A mí el único sentimiento que me ha producido Francia siempre es éste: el de *admira-*
ción. ¡Admirable Francia, enemigo admirable!

¿O es que se cree que los manolos y chisperos que navajearon los caballos de Murat no admiraban la egregiedad del Aguilucho? ¡Si en cortar sus plumas estaba su orgullo!

¿O es que se cree que los españoles de San Quintín no supieron rendir homenaje a los ejércitos de Coligny, de Montmorency, de Enrique II?

¡Si en edificar el Monasterio de El Escorial estuvo su gloria!

¿O es que se cree que los madrileños que encerraron a Francisco I de Francia, ahí, en nuestra humilde Plaza de la Villa, no le acataron reverencialmente?

¡Si en meterle entre cuatro paredes estuvo su soberbia!

¿O es que se cree que los soldados de *Seminara*, de *Garellano*, de *Ceriñola*, no supieron quiénes eran el Duque de Nemours y Luis XII?

¡Si en vitorear al gran cordobés, Fernando de Córdoba, *Gran Capitán*, estuvo su delirio!

¿O es que se cree que los navarros en Roncesvalles no sabían lo que representaba el cuerno de Roldán y el bufar de Carlomagno?

¡Roncesvalles, Ceriñola, Torre de los Lujanes, Escorial, Dos de Mayo!

¡Todo el genio de España, oh, admirable Francia, enemigo admirable!

Cuando *Don Juan*—el que reñía con los franceses y admiraba a las francesas—se enamoraba de una *mujer*, no era para convertirse en su *amigo y colaborador*, sino en su *adversario*. Para *venecerla, derribarla y—¡admirable enemiga!—*en el supremo éxtasis de triunfo genital, imprimirla un inolvidable beso ardiente sobre la boca (1).

* * *

Entonces—se me dirá—usted, en una próxima guerra, aconsejaría la alianza de España con una Alemania, con una Italia, con una Rusia, con una Inglaterra... Yo, no.

No: en tanto que Alemania no fuera una *España imperial y cesárea*. Y en tanto que el genio de Roma no hubiese vuelto a encarnar en nosotros.

(1) Nota de 1932.—Sabido es que el mito de Don Juan sigue perviviendo oscura, pero fervorosamente en la casta española. Si no bastasen testimonios espirituales y raciales para demostrarlo—como ya he hecho abundantemente en otros libros míos—, bastaríame con aludir a esa "conmemoración anual" que el día de los Santos le ofrenda España representando su Drama. Drama Sacro de España. Don Juan es un Santo de España: su Héroe, que sale de su tumba un día sagrado, como los héroes de los antiguos, a la voz del pueblo en peligro, para seguir guiándole místicamente. Ese mismo "rito de sacrificio y de sangre" para purificar nuestra casta son las "corridas de toros". Las corridas son el alerta popular de que "la sangre es el crisma que mueve la historia". El toro es nuestro dios más ibérico, pagano, profundo. Y su sacrificio por el taurócolo, por el torero, nos refresca la raíz entrañable de una casta eterna. Este morir sacrificado del toro, de Don Juan, para resucitar un día primaveral y salvador, es el legendario de todos los resucitamientos divinos. Desde Adonis y Mitra hasta el Cristo.

España, para ser el brazo diestro de una nueva catolicidad en el mundo, ¡sí!

España, para ser una Bulgaria germanizada o un factor de política mediterránea italiana, ¡no!

En cuanto a Rusia, ¡basta a España la experiencia mahometana y oriental de ocho siglos! El comunismo para España sería la vuelta auténtica del Oriente.

Y respecto a Inglaterra—la oportunista y wellingtoniana Inglaterra—, todo cuanto queda dicho de Francia puede aplicársele a la rubia Albión: ¡enemigo admirable!... y un poco menos simpático que la dulce *Francia*.

* * *

El secreto de la esfinge española es éste: que España *tiene planteada una auténtica guerra de Independencia*. Y lo más grande del caso es que tal secreto coincide con el de Europa: que nuestra guerra de Liberación habría de ser la misma de Europa, de una *Europa libertada*, ¡nueva Jerusalén!

El genio fundamental de Europa—el católico—lo encarnó España.

Si ha de volver otra vez el equilibrio católico del mundo, ¡pléguese este mundo a quien tan magnamente supo y sabrá servir a ese genio: el genio de España!

Y como estas afirmaciones mías encierran una solemnidad tal que pudiera rayar en lo ridículo;

como podrían sus alas tropezar con lo rasero, ¡tómemos altura, con un golpe audaz de timón!, para contemplar la circundez del panorama: la distribución topográfica de los genios o divinidades que rigen la Historia del Hombre desde que esta historia comenzó a extenderse por la cartografía del mundo—como las nubes por el cielo: en rangos de batallas y tormentas.

V

LOS TRES GENIOS DEL MUNDO

Cada lugar tiene su genio y hay tantos genios como lugares—decía ya el romano Servius.

Por eso la Roma de Servius había casi ecuacionado el sentido del *Genio* con el del *Lar*, y había hecho del *Genio* una divinidad hogareña y lugareña. El cristianismo no hizo sino santificar esa creencia pagana, lugareña (genios del pago y del lugo) y ponerla peana y alas. Los santos y los ángeles fueron los antiguos *genios*.

Ahora bien: si todas esas familias domésticas y lugareñas de santos o de genios—esto es: de divinidades—se pudieran agrupar como se agrupan en mapas lingüísticos los fenómenos filológicos del mundo—los *genios* del hablar—nos encontraríamos que, tales falanges divinas, estaban distribuidas en tres enormes conglomerados, en una tripartición global, en tres grandes manchas cromáticas.

(Téngase en cuenta que esa distribución tripartita de lo divino sobre el mapa del mundo, la veo desde mi altura aeronáutica, estremecida, intuitiva, profética. Que yo no hablo en son de Teología sino de Teofanía. No de sabio, sino de poeta. No de datos exactos, sino de exactitudes indatables.)

Genio es, etimológicamente, la fuerza genesiaca, creadora, vital en función inmanente. El modo específico de manifestarse la Vida, la Divinidad, en un Tiempo y Espacio determinados.

El acto mismo de la fecundación, el *hecho nupcial*, era llamado antiguamente *genialis*, acto *genial*, para aclarar bien lo que había de misterio divino en el amor, en la creación.

También se aplicaba ese adjetivo de *genial*, a todo aquello que significase: abundancia, gozo, felicidad: a todo aquello que, al realizarse plenamente en la vida, cumplía el más íntimo secreto de la vida, que era ese: el feliz realizarse; el pasar de *potencia* a *acto*. Eran geniales Dionisos, las estaciones del año, los héroes de una tierra. La *Felicidad* no era ni es otra cosa que el *llegar a ser plenamente, lo que plenamente se era*. Por eso todo genio tiene su Felicidad, su Satisfacción.

Y cuando esta suma de *felicidades geniales* se religan entre sí, forman un Panteón, un Nirvana, unos Campos Elíseos: un *Paraíso de Eternidad*. Esto es: moradas inmanentes, donde los bienaven-

turados se subsumen en la contemplación total de su vida eterna: de su *Dios*.

—Pero, ¿es que hay más de un Dios sobre la tierra?—me preguntará asombrado un cristiano.

—Si no hubiese más que un solo Dios sobre la tierra—el Dios cristiano—no hubiera tenido que luchar este Dios cristiano con los otros Dioses, con los dioses heréticos. No habría habido en el mundo luchas *religiosas*, batallas de *credos*, pugnas de *verdades*.

—Pero ¿usted es cristiano, al decir eso?—me seguiría argumentando ese cristiano.

—Precisamente por ser cristiano, y cristiano por la gracia de Dios, que es mi *verdad suma*; precisamente, por saber de la “agonía o lucha del cristianismo”, es por lo que hablo en son de *lucha*, de *batalla*.

Como las nubes por el cielo, así los Dioses, en falanges de batallas y tormentas, desde que el mundo es mundo.

—¿Y son muchos, esos dioses?

—En rigor, *dos*, una dualidad. De cuya hierogamia o choque nació la tercera Divinidad, el tercer genio, el decisivo. Esta *dualidad* a que yo me refiero no es la que han señalado todas las religiones: esa dualidad del Bien y del Mal, del Brahma y Vishnu, de Ormuz y Ariman.

No. No es esa dualidad a la que yo me refiero. Vuelvo a repetir que yo no hago Teología, sino Teofanía, Teografía: descripción divinadora.

Con términos muy actuales podríamos delimitar esa dualidad genial o divina, en estos símbolos geográficos: *Oriente y Occidente*.

1) *Genio de Oriente*

¿Qué significa este misterioso símbolo conceptual? ¿Qué nos quiere decir su mirada mágica y muda, pero cargada de sentido? ¿Qué interpretación daremos a esa enorme mancha cromática—*Oriente*—que se distiende a nuestra *derecha*?

Atrevámonos—desde nuestra carlinga divinatória—a dibujar en un trazo esencial y totalitario cuanto de accidente y de diversidad se presenta a primera vista en esa vastedad oriental.

Oriente significa esto y nada más que esto: *Dios sobre el hombre*. Dependencia del hombre con respecto a Dios.

¡Con cuantas modalidades o salvedades o diversidades queráis! Pero todas ellas siempre radicadas a esa invariable característica, a ese *inmanente genio de Oriente: Dios sobre el Hombre*. El hombre *dependiente* de Dios.

* * *

Vedlo: ahí tenéis *Asia*. Dentro de *Asia*: el *Budismo* amarillo y milenario. ¿Qué es el *Budismo*? La anulación del *Ego*, la supresión de la *Líbido*, la muerte del *Deseo*, que pierde al hombre y le impide llegar a su paraíso o finalidad: el *Nirvana*.

“El yo es el principio de todo odio, de la impiedad, de la calumnia, de la impudicia, de la indecencia, del robo, de la opresión, del crimen. El yo es Maya, el tentador, el creador del mal. El yo seduce por los placeres... El yo es el velo de Maya, el hechicero... El yo... el yo.” Así habló el Gautama, el rey Sakya de Kapilavastu, el que se despojó de su yo—casta, linaje, riquezas, voluntad, del mundo del Samsara—al ver un día las miradas de un cadáver, de un viejo, y de un enfermo.

“¿Qué nos librará de la tiranía del yo? ¿Quién de nuestras miserias? ¿Quién nos llevará a una vida de felicidad? Todo es miseria en el mundo de Samsara”. La verdad es la paz del Nirvana. ¡Bienaventurado el que ha encontrado la paz del Nirvana! ¡La verdad es el Budha!

Ahí tenéis el Budismo—*Budha vivant*—de Cachemira, Nepal, Tibet, China, Birmania, Siam, Ceylán, Japón... Budha inmenso, amarillo y milenario. **El Todo sobre el Hombre. El yo: es un Mal, un Pecado. Algo: a suprimir, radicalmente.**

Ved el arte, el canto, la casa, el templo, el suspirar, del hombre amarillo. Pagodas, flores, pájaros, soles, barroquismos, serpientes, desprecio de la vida; una sonrisa fría, fatal, fanática. La Naturaleza, el Cielo, la Jungla sobre el hombre desnudo y mísero.

Es cierto que en una China, por ejemplo, Confucio, Laotsé, Mengtsé, son espíritus liberadores y

distinguidos, filosóficos. Pero el confucionismo es religión de *selectos*. Y el taoísmo, el budismo: la religión de la China en masa. Esta China donde el dios bolchevique del *Hombre-Masa*, de la *Máquina-Nirvana*, tiende sus tentáculos, sus tornillos, *fraternamente*.

Como tiende los dientes de sus ruedas hacia el país del Gandhi. ¡No resistáis al mal! ¡No resistáis a la barbarie del *yo*!

Ahí tenéis, dentro de Asia, el espectáculo hindú de Benarés, ese *Ganges*, dios de la Tifoidea, que se come a los fieles con sus aguas infectas, como Moloch a los suyos, implacablemente.

Esas carrozas de aplastantes ruedas donde Vichnu o Jaganato sale de sus dos mil templos para machacar el cuerpo del hombre, del *yo* que se tira bajo esos rodajes, en un suicidio místico y absolutorio.

* * *

Ahí tenéis, dentro de Asia, la vieja concepción sideral y astrológica de los viejos asirios y los babilonios. Famosos *estrelleros* que adscribían cada *yo* a un planeta. Y hacían depender la vida humana del capricho cósmico, de la fatalidad estelar y celeste.

* * *

Ahí tenéis, dentro de Asia, el chamanismo del mongol, el hechicero manchú, con su danza epilép-

tica, para perder el *yo* y hacerlo perder a los fieles, y así “salvarlos de la enfermedad y del dolor”.

Ahí tenéis, dentro de la vieja tierra asiática, el *Moloch* de los fenicios, que llega con sus fauces hasta Cartago.

Y al viejo Jahveh, de los hebreos, implacable, cruel, insaciable y terrible.

+ + +

Y si miramos al Africa, ved el dios de la muerte de los egipcios. La vida es la muerte. Se vive para morir. Y como lo firme y seguro en la vida es la muerte, todo hay que aparejarlo para esa eterna morada material: la pirámide. Y los campos de Jalú. Las bandeletas de la momia. Y los alimentos sobre la tumba. El *Ka*, necesita nutrirse en el trasmundo, un trasmundo blanco e inmóvil de desierto. La vida es un valle como el Nilo, que se desborda e inunda todo, menos el vértice de las pirámides: la muerte.

+ + +

Ahí tenéis Africa, el máximo fenómeno religioso de Africa: el *Islam*. ¡Todo, todo lo es Dios! ¡Alah es grande! ¡Cuanto acontece al hombre estaba escrito! Todo es fatal. Nadie puede apartarse del Designio. Mahoma, el *alabado*, es Profeta de este Dios, de este genio. Leed sus mandatos en el

Corán. (Il Kur'an: la lectura.) Son 114 suras. Acudid a esa ciudad o Medina donde está la casa de Alah, la *Kahba*. A la Meca. Todo lo es Dios. Mahoma su Profeta. Alah es grande y absoluto. ¡La Ilah il Allah! ¡Millares de alminares como lanzas de Mahoma, de Abderramán, de Solimán, ¡Allah Akbar! lo predicán, llegando hasta Europa, hincándose en Córdoba, en Sicilia, en Estambul, en Sarajevo, en Sofía, en Bucarest, en Calatayud... (Mustafá Kemal—ojos verdes del Ghazi, media luna, una hoz, las armas de sus ojos—sueña en un haz de esas viejas lanzas, mientras espera la rota de Occidente. Mientras espera que el genio fatal de Rusia le entregue la orden de marcha sobre el trémulo mundo europeo. Trotsky—la revolución permanente—a la vera del Bósforo helespóntico.)

+ + +

Contemplad, contemplad el *Oriente* de América, de Australia, de los negros centro y sudafricanos: polinésicos, malayos, quichúas, senegaleses, pamúes, aztecas, incas, bantúes.

Ved sus cultos al *Sol*, al *Fuego*, al gran *Manitú*... Fetiches, tótemes, amuletos, sangre, implacabilidad: *Dios sobre el hombre*.

+ + +

Ved el bolchevismo, ved el viejo Dios de Oriente, provocando sus *nuevas* revoluciones antiguas: Méjico, Perú, Berbería... *Dios sobre el hombre*. El

hombre es vanidad y ceniza frente a la implacabilidad inexorable del todo. El *individuo* no tiene derechos. El *yo* es inútil. Maximalismo. Bolchevismo. Socialismo “científico” (y mongólico). Budismo. Islamismo. Dios de Oriente. *¡Dios sobre el hombre!* Genio de Oriente.

2) *Genio de Occidente*

Si de mirar a la *derecha*—el *Oriente*—y contemplar ese vastísimo espacio global donde *Dios* está por encima del *hombre*, donde el *hombre* es un concepto absolutamente “dependiente” de *Dios*, giramos la vista hacia la *izquierda*, ¿qué vemos en nuestro mapa terráqueo? Pues vemos una bermeja mancha, mucho menor que aquella de la derecha u oriental: un sector vibrante, dinámico y misterioso que se llama *Occidente*.



¿Qué es Occidente?

Atrevámonos—desde nuestra carlinga divinatória—a dibujar en un trazo fundamental (como hicimos para nuestra visión de Oriente) toda la circunscripción occidental; por encima de toda diversidad y accidentalidad. Occidente significa esto y nada más que esto: *El Hombre sobre Dios*. Independencia del hombre con respecto del todo.

¡Con cuantas modalidades o salvedades que-
ráis! Pero todas ellas radicadas a esa invariable
característica, a ese *inmanente genio de Occidente*.
El hombre sobre Dios. El individuo, el yo, inde-
pendizante del todo.

♦ ♦ ♦

Vedlo. ¿Dónde empieza y dónde acaba el Occi-
dente?

El Occidente empieza ahí, allí. Remotos tiem-
pos, tierras indocaucásicas y tierras nórdicas.

Los arios. ¿Quiénes los arios? En sánscrito, la
palabra *arya* tenía ya el significado de esencia
noble, de algo *distinto* y *primacial*, *individuado*.

Somáticamente ya los más viejos testimonios
advierten que el *ario* era *alto*, *rubio*, *principal*,
hablando una lengua que tenía esta palabra para
calificar a las gentes del pueblo, morenas y acha-
tadas: *Dasyas*, es decir, *enemigos*.

(Entre los baltas, iranios, hindúes, antiguos
persas, eslavos, germanos, griegos, griegos etrus-
cos, celtas... se extienden o acomodan los arios:
germen de Occidente.)

Vedlo. Los *Vedas* distinguen netamente las
castas. Guerreros, sacerdotes, labradores, esclavos.
Hay un Dios superior y regio que se llama *Dyaus*
Pitar.

Ved a ese Dios, *unitario* y *egregio*, “sobresa-
liente”, independizado de los demás dioses, repro-

ducirse en el *Zeus* griego, en el *Júpiter* romano, en el *Jehová hebraico*, en el *Dios Padre* medieval de Europa, en el *Wotan* germano. El dios de las batallas—de nuestro Herrera.

Imperator. Que confunde su misión casi con la de *César*. Un *César celeste*. ¿*César*? *César*... ¿Y quién es *César*? ¿Qué es eso de *César*?

¡Mirad sobre la testa radiante del *César* volar un águila! El águila es su emblema. Esto es: el pájaro que se atrevió a llegar hasta el Sol, y robarle su fuego, su rayo. En Grecia, los frontones de los templos se llamaron *aetoi*, esto es: *águilas*, viniendo a significar como *pararrayos*, como *pájaros de fuego*. Por eso cuando derivó el signo del águila *prometea—previdente—*sobre un titán: *Prometeo*, pasó a ser el héroe que roba el fuego sacro con audacia aguileña, gran héroe, *César* magnífico que alcanza el Poder divino, el Rayo. (Aun cuando en su audacia llevase su perdición.)

El águila cesárea, signo de todo imperio (*César*, *Késar*, igual *Káiser*). *Ciro*, *Dario*, *Alejandro*, *Carlomagno*, *Carlos V*, *Napoleón*... *Imperatores*...

Fausto, *César* de la ciencia; *Prometeo*, del saber. A caballo sobre el mundo de las tinieblas, en busca de la luz, como el águila. (El caballo es en viejo anglosajón, *vicg*; de donde procede un día el *vikingo*, el *César* rubio de las dinastías.)

Excusadme si con este método taquimetafórico, rápido, quiero conducirlos a una urgente con-

cepción de la esencia occidental; esto es: lo *independizante e individuante*, el esfuerzo por la *libertad* frente a lo divino. ¡El *Progreso indefinido!*

Libertad, humanicidad, progresividad: esencia de Occidente.

Ved que seis siglos antes de Cristo, en plena India, hay una secta, la de los *jainistas*, que se atreve a esculpir *estatuas desnudas, hombres*. Es que ya los *jonios* han enviado los reflejos de sus *Javanas, o Juanas, o Juanes*, esos primitivos *Apolos* del arte griego.

Ved que en Egipto, bajo la testa de toro, de ibis, de tótem, animal, hay figuras humanas. Osiris. Toro y hombre. Pero el mito de Osiris es el mismo de Adonis, de Mitra, de Orfeo; un mito de *Hombre-Dios*, de Dios que muere en forma de hombre, para resuucitar en forma de Dios.

Es el hombre que empieza a atreverse a la ecuación trascendental: a la de hacerse igual a Dios.

Nada hay más alucinante en este respecto que apercibir—desde nuestra carlinga—la historia de Grecia; de Grecia, el hogar más perfecto del genio de Occidente en la antigüedad.

Primero: la Grecia prehomérica (Grecia egea, minoica, micénica); una Grecia sin imágenes, sin sonrisas, totémica, animalística, donde *Dios es igual a Naturaleza todavía*.

Segundo: la Grecia homérica. Donde ese animal totémico pasa al servicio de Dios. En forma emblemática, heráldica.

Tercero: la Grecia clásica. Donde la divinidad se ha hecho antropomorfa: estatua, ántropos, *hombre*.

La *Ciencia* se inventa. La *Filosofía* se descubre. La *Dialéctica* se halla. La *Astrología* se hace matemática, ciencia de número y medida: Astronomía. La matemática, el número, se reverencia como cosa en sí. La religión se separa del puro amor al saber: de la Filosofía. La Razón, genio de Grecia. Todo queda preparado para que el griego —como Prometeo—, cuando quiera alcanzar su absoluta libertad y poderío, perezca. Todo queda para ese cuarto ciclo de la época helenística.

Cuarto: La Grecia postclásica, o sea aquello que Voltaire hace decir a Spinoza frente a Dios: “Mais je crois, entre nous, que vous n'existez pas”.

Anaxágoras se ríe de los dioses. Y es muerto por los dioses. Sócrates, condenado a suicidarse por la ciudad a cuyos dioses ha corroído la diosa socrática: *la Razón*. Como el cuervo corroyó las entrañas prometeicas.

* * *

Pero el genio de Occidente no muere con Grecia. Ya lo sabéis. En Roma hay un trágico que afirma *no serle ajeno nada de cuanto se refiere al hombre, porque él, hombre es*. Ya sabéis lo que significa la época de Augusto. Y la trascendencia

del suicidio de Séneca. Y la ruina de Roma, corroídas las entrañas, “demasiado humanas, demasiado prometeicas”, por las larvas de Oriente y por los vultúridos escitas.

El genio de Occidente no muere con Grecia ni con Roma. También lo sabéis. Lo veis aletear en Plotino y reaparecer en San Agustín. Y, a través de los judíos y árabes hispánicos—Avicebra, Averroes, Maimónides (¡oh Aristótil medieval de Toledo y de Córdoba!)—, llegar a Tomás de Aquino y a la Universidad de París.

Y preparar su segunda eclosión europea y espléndida: el *Renacimiento*. ¡Libertad a la Filosofía de la dependencia de Dios; al yo, esclavo de la Teología! Genio de Occidente. *Rebeldía, orgullo. El hombre sobre Dios.*

Ulrich Hütten lo grita: ¡Los espíritus han despertado, Renacimiento! El *Quattrocento* fué la aurora. El *Quinientos*, Lutero. ¡Rebeldía! Los grandes herejes. Se inicia la *ciencia libre*: Giordano Bruno, Galileo, Nicolás de Cusa. Fausto. Ya sabéis lo que viene. Vienen “las luces”, la ilustración francesa, la Enciclopedia. Voltaire, como Spinoza, *duda, sin vacilar*, de la existencia de Dios. Viene la revolución francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad... Pero sobre todo Libertad. Genio de Occidente.

La Filosofía, el amor al saber por el saber mismo, levanta sus más altas barbacanas. Des-

cartes, Spinoza, Leibnitz, Hume, Berkeley, Kant, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche. El hombre se queda solo en una isla en medio del mar, e inventa la industria. Mito del Robinsón, genio anglosajón de Occidente.

El hombre en la vida pasa a ser un dinámico. La dinámica desemboca en la máquina. La máquina es la liberación del hombre. Pero la máquina se va comiendo al hombre, como el cuervo a Prometeo. Genio de Occidente.

La Libertad del 89 llega hasta Carlos Marx para que la conduzca a su última consecuencia: Lenin. Y Lenin se come la Libertad política del 89. Vultúrido de la fábula. Fatum implacable de Occidente.

El nacionalismo, mónada política del Renacimiento, cumple su destino, haciendo mónadas de mónadas. Estadillos dentro de estadillos. La anarquía se come al Estado. El hombre se revuelve contra el hombre. Así vamos llegando a estos días nuestros en que Prometeo, de nuevo: sus orgullosas y rebeldes entrañas desgarradas. Como en Grecia, como en Roma, como en la Reforma. *Untergang des Abendlandes*. Decadencia. *Götterdämmerung*, los dioses occidentales se van.

Suenan por todo el ámbito occidental el ¡crac! de los negocios. El grito de las masas en paro y sin amparo. El seco estampido de los suicidios financieros. El suicidio vuelve a la moda, como en tiempos de Séneca, en tiempos de Celestina, en

tiempos de Werther. El surrealismo hace un culto de ellos. El arte se ha descompuesto, como el hombre. La pintura se ha roto. El verso se ha roto. La Filosofía se ha roto. La Física (la Natura) se ha roto. Todo es relatividad, fenomenologismo, atomística, greguería; vida de los sueños, de las larvas. ¿Y el hombre dónde está? Ese es, ese: el drama de lo moderno. El drama del humanismo. El hombre ya no está sobre Dios. Se ha quedado, una vez más, sin Dios y contra Dios. Fatalidad de Occidente. Fábula de Prometeo. Y del Arbol del Paraíso Terrenal.

Y 3) *Genio de Cristo*

Van siendo conocidas aquellas palabras de Lenin poco antes de morir. Paralizado de cuerpo y agónico de luchas internas, en el silencio de aquel rincón ruso llamado "Gorki", recibiendo raras visitas, algunas de ellas viejos amigos, incluso "gentiles"; a uno de los cuales le entregó esas palabras que ya van siendo conocidas: "Quizá me equivoqué. El pueblo ruso hubiese necesitado una decena de hombres como San Francisco". Verdaderas estas palabras o apócrifas, es lo mismo. Si Rusia no se equivocó en responder a su más secreto genio—el de Oriente—, es lo cierto que ese genio de Oriente se equivoca siempre cuando quiere rebasar su órbita y hacerse universo. El genio de Oriente, el *Todo sobre el Hombre*, la *Autoridad sobre la*

Libertad, el dolor del Yo, que hay que desarraigar, como una muela que duele, en la conciencia, es de antemano un genio condenado, como la serpiente, a morderse la cola, a perecer en sí mismo, en ciclo cerrado. Gengiscan, Abderramán III, Stalin... (Secreto indecible de nuestra Córdoba la muerta, la Córdoba musulmana.) Donde no hay hombre, no puede perdurar Dios.



De modo que donde no hay *Dios*, no puede existir plenamente el *hombre*.

¿Cuál es la enfermedad que aqueja hoy a nuestros occidentales, a esas voces doloridas y frenéticas que se levantan de punta a punta de Occidente?

Muchos nombres pudieran darse a esa enfermedad. Tantos como facetas tiene para presentar sus llagas. Pero se le ha dado uno que parece como si resumiese todas esas angustias en un grito genérico: *mal de Dios* (1).

El hombre ya no se atreve a mirarse cara a cara en su soledad. Como decía un observador agudo de este mal (2), el hombre, a fuerza de cantar la vida y decir que creía en la vida, le ha entrado miedo a vivir solo. Y se asocia o se suicida.

(1) Daniel Rops, *Le monde sans âme*. Ch. Paris, 1932.

(2) Carlos Antonio, *Principe de Rohan*. Antieuropea, Roma, 1931.

Vedle: necesita asociarse, apiñarse en rebaño, socializarse, anonimarse, porque, sólo, peligra y sucumbe. Y ese es el secreto que está usufructuando la bastardía *socialista*.

El hombre, de tanto analizar su propia conciencia, ha terminado por corroerla y diluirla, y a no creer en la unidad de lo *individuo*. Y ese es el secreto que está usufructuando la bastardía del freudismo y del *superrealismo*. Freud, Pirandello, Proust, Bergson, Gómez de la Serna, Joyce, Bre-tón: crepúsculos espléndidos.

El hombre, de tanto querer estar *libre de toda dependencia*, de todo concepto de absoluto, ha terminado por esclavizarse al vacío de sí mismo. Y ese es el secreto que está usufructuando la bastardía maquinística, la *dinamicidad moderna*. El hombre moderno no cesa de moverse y girar para ocultarse bien a sí propio de que no va a ninguna parte y que no se mueve, en último término, por nada.

El hombre, a fuerza de inventar liberaciones, ha terminado por no inventar la decisiva, si no se llama liberación decisiva, como Séneca y los pesimistas, la del suicidio. "Cada invención potencia la impotencia", se ha dicho exactamente. Y esta bastardía es la que usufructúa el llamado *progresismo*: el cientifismo de la vida.

Crisis económicas. Crisis morales. Un ¡crac! Un suicidio. Aquí, allá. *La Libertad se muerde la cola*. Ha perdido la certidumbre en sí misma.

Eso ya pasó en 529, cuando Justiniano cerró la Escuela de Atenas, último refugio antiguo del *pensamiento libre*. Eso pasó y pasará siempre que el pensamiento libre se muerda la cola. Eso sucede ahora.

Todos los productos nacidos del individualismo absoluto se están disolviendo: liberalismo, democracia, parlamentarismo, constitucionalismo, formalismo jurídico, filosofía racionalista, capitalismo, industrialismo, socialismo. En suma: autoafirmación humanista, crisis de lo moderno. Por eso todo intento de galvanización de esas cosas resulta de esencia tan reaccionaria en la práctica.

¡Vuelta a la Personalidad!, gritan desde París algunos jóvenes videntes que quieren salvar el Genio de Occidente en sus fundamentos individuales (1).

¡Vuelta a la Totalidad!, gritan desde Moscú los pregoneros del bolchevismo, del Hombre-Masa, queriendo salvar el Genio de Oriente en sus fundamentos materialistas y absorbentes.

A Oriente le duele la muela del *Yo*, de la *Persona*. A Occidente le duele la carie de lo *Absoluto*, de lo *Trascendente*. Con esos mismos dolores se preparó la ruina y muerte del mundo antiguo. Mundo que resucitaría en el Misterio y Drama de lo Cristiano. En la Verdad *Universa*, *Cató-*

(1) Plans. Núm. 13, pág. 65. París, 1932.

lica. Y única del hombre. Porque era Dios que se hacía Hombre para morir y resucitar en Dios.

• • •

He ahí el *Genio de lo Cristiano*. Genio del Cristo. Fórmula exacta de lo universo del hombre. “Agonía”, como calificó excelsamente nuestro Unamuno. Agonía y lucha del Cristianismo.

Nos dicen que el Cristianismo no significó nada nuevo sobre el mundo antiguo. Que el Orfismo, y los Misterios de Eleusis, y el pitagorismo y las fábulas de Osiris y de Adonis y de Mitra equivalían a la verdad del Cristo. Pero quien nos dice eso—los exégetas racionalistas, los heréticos—lo dicen no para comprender la esencia del Cristo, sino para que no la comprendamos nosotros.

La palabra *Cristo* viene del griego *Kriein*, un- gir. Y significa—literalmente—el *ungido*.

¿Ungido de qué? Ungido: del gran *misterio doble* de Oriente y Occidente. De Libertad y de Absolutidad.

A través de Cristo llega todo lo sustantivo del Genio de Occidente: el albedrío, la gracia, la fortaleza, la personalidad, la alegría de vivir, la fe en lo humano, la posibilidad de un progreso moral e intelectual, salvador y heroico. ¡Hijo de David! ¡Amigo de Pitágoras, de Platón y de Plotino! ¡Resurrección de los muertos! Inmortalidad.

Y a través de Cristo llega todo lo instintivo del Genio de Oriente. Dependencia de un todo, de un Dios Amor infinito de lo humilde, de la masa, del esclavo, del infante, de la mujer, del enfermo, del débil. Paraíso del proletario. Apaciguamiento del dolor del Yo.

Por eso Cristo no se instala en Benarés, ni en la Meca, ni en Moscú, ni en París, ni en Londres, ni en Berlín definitivamente. Nace en Jerusalén (Oriente). Pasa por Atenas con San Pablo (Occidente). Se instala—definitivamente—en *Roma*.

Porque Roma—ya desde el mundo antiguo de César—era la confluencia espiritual y material de Oriente y Occidente. Y si había dado al César lo que era del César, bien podía dar a Dios lo que era de Dios.

*** * ***

***Roma*: César y Dios. Libertad y Autoridad. Jerarquía y Humildad. Independencia y Dependencia. Genio de Cristo.**

Agonía cristiana: ecuación dramática. Drama del cristianismo.

Balanza mística de Roma. Si un platillo pesa más, Roma tiembla en el mundo. Si el otro pesa más, también Roma periclita.

Pero la salud de Roma es la salud del mundo. Genio universo del Cristo.

Comparad, comparad:

Tomad un Buda (Oriente) y un Kant (Occidente). ¿Creéis posible un universalismo búdico de la Humanidad? ¿Lo creéis uno kantiano?

Buda no puede levantar ejércitos en la historia para su defensa. Proscribía al César.

Kant no ha levantado mártires en la historia para sus razonamientos. Proscribía al Dios.

Cristo ha empuñado la *Espada* que terminaba en *Cruz*. Y por esta verdad han muerto y han luchado generaciones y generaciones de hombres en todos los rincones del globo.

¿Es cierto, caballero San Ignacio? ¿Militar de Dios? ¿César de Dios? (Genio de España. Genio de Cristo.)

Frente a Kant, que vacila en entregarse a Dios y frente a Buda, que vacila en entregarse al Yo, contemplad la *santidad* de San Agustín, *sabio* de Hipona, en su *Ciudad de Dios*. Agustín era un oriental educado en Occidente. (Pero su cuna fué católica.)

El oriental que llevaba dentro empujó a Agustín en su absorbencia. Agustín se hizo maniqueo. El sentido materialista y sensual del maniqueísmo le acarició sus fibras orientales como una caricia irrechazable de mujer. Genio de Oriente. Pero el Occidente que también llevaba dentro Agustín le empujó a la liberación, al gusto individual por las *aporías*, los problemas del saber. Filosofía. La *crítica* y la *duda*—se ha dicho—nacen en Agustín con

predecesión cartesiana perfecta. Agustín está empapado de platonismo, de virgilianismo, de mundo antiguo. Ama la matemática y sabe que la astronomía no es una ciencia de fatalidad. Genio de Occidente.

Algo semejante les había ocurrido ya a los primeros Padres de la Iglesia cristiana. Clemente de Alejandría, Orígenes. Pero en Agustín la agonía resultó genial y decisiva. Su fondo natal, materno, despertado por la voz de San Ambrosio, le hizo concebir y aceptar la posibilidad de una *fe sin pruebas*. De que el Ser y el Pensar se resumían en una única palabra: *Dios*. De que había un mundo sensible y un mundo inteligible, sin más clave de unión que la divina, a la que se llegaba por un acto intuitivo, por una razón del corazón. Agustín no retrocedió ante la Duda, germen de la Ciencia Libre. Ni tampoco ante la Sumisión, germen del misticismo. Logrando así la sublime armonía de su salvación. La libertad en Dios. Sin el cual no era posible la libertad. *Ciudad de Dios*. (*Ciudad, Civitas*, concepto esencialmente humano. *Ciudad de Dios, del Cielo*.) Y junto a esta *civitas dei*, la *civitas terrena*. Porque al César hay que dar lo del César. Fe en la vida. Fe en la muerte. Morir es resucitar. Seguir viviendo San Agustín: un filósofo, un *sabio*. Pero también un *santo*. No se disuelve en nirvana, como Buda. Ni se suicida como Séneca. Ni espera de la ataraxia ningún paraíso arti-

ficial, egoísta y único. Morir para resucitar. *Genio de Cristo.*

Y así surge—con infinita más gracia que Afrodita del mar—la Edad Media europea, cubierta de las espumas caladas de las catedrales, al son de campanas, queriendo vivir y sin miedo a morir, porque hay una resurrección de vida en el Cristo.

Pinturas, teatro, música, corazones, poemas, vestes, espadas, inciensos; el hombre es libre, pero en el seno de Dios. Toda la Edad Media.

Y cuando el genio de Occidente—con el racionalismo aristotélico filtrado por árabes y judíos y las herejías—quiere desequilibrar la sacra balanza; y cuando el Genio de Oriente, con las invasiones sarracenas y asiáticas, quiere desequilibrar la sacra balanza, Tomás el de Aquino hace un supremo esfuerzo y restaura la cruz en peligro, el genio de Cristo, *Summa Teológica.*

Y Dante la poesía de esta Cruz. Y San Francisco y Santo Domingo, la Abnegación. Y los caballeros cristianos, el orden universo del Cristo en sus cruzadas.

Santo Tomás equilibra el *conservadurismo* de San Buenaventura y el *progresismo* de Alberto Magno. Utiliza de Aristóteles lo necesario para la revaloración santa de Roma. Pero sobre el racionalismo que reverdece sigue colocando, como San Agustín, en todo lo alto, el Dios cuyo amor mueve a todas las altas estrellas. Ese Dios que dos

siglos más tarde iba a ser cubierto de cascotes marmóreos del mundo antiguo. Iba a ser sepultado por lo *Moderno*, por el Yo lleno de orgullo y ambición. Este Yo que hoy llora en silencio, en silencio—cadáveres, hambres, miserias, guerras en ciernes—; este Yo que llora en silencio su inconfesada nostalgia infinita de un *Dios*.

La santa balanza de Roma—¿verdad, verdad que la columbramos de nuevo?—comienza a lucir sus medidas eternas sobre sus siete colinas allá a lo lejos.

• • •

La situación del mundo al terminar la Gran Guerra (1918) fué exactamente ésta: el *Genio de Occidente* acababa de perecer. Por eso el *Genio de Oriente* se aprestó a repartirse el cadáver. ¡*Todo el poder para el Soviet!* El mundo moderno había querido establecer en el mundo la primacía de la *Razón*. Y la *Razón* se acababa de estrellar contra lo más irracional: la *guerra racionalizada*. La guerra científica. El mundo moderno—el *Genio de Occidente*—pagaba una vez más su *pecado original*: el de rebeldía, el de orgullo. Y se acababa, una vez más, de suicidar, saliendo de su paraíso, el de los Derechos de Adán. Por querer ir sin Dios y contra Dios. Por haber bastardeado todo el sentido religioso de la vida.

Efectivamente: ¿qué había hecho el *mundo moderno*, que se suicidó en la Gran Guerra?

Pues todas estas bastardías:

a) Del *Cesarismo* había hecho un *injerto degenerado* que se llamó *Capitalismo*. Cada *capitalista*, un capitán sin más *Dios* que este sustituvo infame: *Dinero*.

César era un burgués, casi siempre judaico: un puro en la boca y un hongo encasquetado, chillando en la Bolsa, nuevo templo de Dios.

b) *Dios* era una letra de cambio, pagadera a tantos días vista; tantos, que se perdieron esos días de vista en cuanto terminó la guerra. Frente a esta infame ignominia y esta burla atroz de Occidente, el Oriente se alzó vengativo. ¡Perezca este mundo podrido! ¡*Todo el poder para el Soviet!* Voz de Lenin. ¡*Todo el poder para el proletariado*, para el débil, para la masa, para el Hombre-Masa, sacrificado por Occidente, por Adán el orgulloso.

c) Pues de la Masa, del Débil, del Proletario, ¿qué habían hecho *los modernos*? El mundo social, que tenía un sentido religioso, jerárquico y trascendente, lo quisieron laizar desde el siglo XVIII.

Las Comunidades Gremiales de la Edad Media las quisieron sustituir por la *Máquina*. Y a las masas atónitas—de los parados, de los caídos—les quisieron dar una cultura humanista, liberal y sin más fin que creer en un perfeccionamiento indefinido e hipotético de sí mismas, emborracharlas con

el alcohol del progreso indefinido, el más vil de todos los alcoholes *européos*.

Así nació el socialismo, el falso gremialismo clasista, “el hijo bastardo del miedo burgués y de la cobardía proletaria”—como se le ha definido exactamente—. Falso cristianismo. Falsa piedad del débil. Piedad sin caridad: sin Gracia.

¡Por eso el Oriente se levantó en el acto, vengativo y magnífico, recogiendo toda la injuria que abrumaba a los débiles del mundo, a todas las razas de color sacrificadas por la *Democracia*, a todos esos millares de obreros y campesinos de todas las razas, sacrificados por el *Dinero* del *Burgués*, por el Genio de Occidente, por la *Libertad del Individuo*, por la *Democracia* de la *France éternelle*, de la falsa y herética Roma que desembocaría en Ginebra, la falsa y herética Roma de Ginebra, cloaca de toda Piedad y de todo Heroísmo! *¡Todo el poder para el Soviet!* He ahí Lenin, el marxista, Genio de Oriente.

* * *

Y es en estas circunstancias cuando un *marxista* que había hecho la guerra europea—Mussolini—llega a *Roma*. Y en Roma encuentra la eterna faz salvadora de Roma. Y nace el fascismo. Viene del Oriente, del Nuevo Jerusalén de Moscú. (Marxismo, revolución rusa, derechos del Débil.) Pero ha pasado por Atenas, como San Pablo (Lon-

dres, París, Berlín, Nueva York: Capitalismo, Derechos del Fuerte). Por eso se instala en *Roma*. Primero tenuemente, localmente, con una apariencia particularista y circunscrita: puramente *económica y nacionalista*. Pero pronto—ante el asombro del mismo Mussolini—, con una fuerza arrolladora, de cariz *religioso*, esto es, por encima de lo *económico* y de lo *nacional*.

El fascismo toma a Mussolini como punto de partida. Y es que a su vez era *Roma* quien tomaba—como punto de partida—al fascismo.

Y se da este fenómeno milagroso en el mundo: que ese *mundo romano*—despreciado por todos los *occidentales* de tres siglos—invade el Occidente y planta sus *legiones* en Berlín y Viena, con Hitler, y sus *socialistas imperiales* en Inglaterra, con Mac Donald, y su glorificación soreliana en Francia, ¡y hasta sus Comités Paritarios o Jurados Mixtos en la republicana y socialista y bastardeada España! ¡Todo el antiguo *Orbis romanus* que renace!

Y en Oriente influye en la psicología de un Kemal, de un Pildsuski... Y hasta hoy se habla de una fascistización bolchevique, como consecuencia de la NEP, del *desarrollo individualista* a que se ve obligado Moscú a ceder poco a poco. (Esas brigadas de choque, esos obreros calificados, esos *Caballeros de la Economía*, esos kulaks, ese comercio libre...)

¿Cuál era—pues—el mágico secreto del fascismo?

Pues el eterno de Roma:

1) *En lo económico*, un sistema corporativo, integrador. Nada de Capitalismo puro (Occidente), ni de Obrerismo puro (Oriente). Nada de izquierdas por un lado y derechas por otro. Capital y Trabajo, unidos en unidad superior: el Estado. ¡Eterna síntesis de Roma! (El Estado aparece como unidad religiosa antes de asumir Dios la confederación cruzada de estos Estados religiosos.)

Europa y el mundo no podrán vivir a base de Explotadores ni a base de Explotados. Ni derechas ni izquierdas. Ni Oriente ni Occidente: Roma. Suma e integración de Occidente y Oriente, del Capitalismo y Marxismo: Roma.

2) *En lo político*, el Fascismo representaba la Libertad frente al Bolchevismo. Y la Jerarquía frente al Capitalismo. Defendía al mundo de los dos monstruos: el Yo del Capital ensoberbecido e implacable: Genio de Occidente. Y la Masa del Proletariado, ensoberbecida e implacable: Genio de Oriente.

3) *En lo social*: era la liquidación de todas las bastardías modernas.

a) El César ya no sería banquero judaico ni un fumador de puros: el César ya no sería un burgués, ni un Kaiser más o menos de opereta, ni un Presidente republicano vestido con faldones de

frac, ni un rey de película de Chevalier. El César sería un *Héroe*—un primate humano hecho en el combate—, conductor de tropas y milicias, de masas encuadradas en *falanges* entusiastas (1).

El burgués nacido de la bastardía moderna, hijo de las tres RRR, se disolvería, saldría corriendo. El burgués era el falso cristiano, el humanista y humanitario, el “cristiano confortable”. Ese burgués de las tres RRR, que tuvo un hijo natural en el marxismo, y al que le había legado su traje de domingo, su entusiasmo por lo material, por el estómago, su doctrina bajuna de que “tripas llevan pies” y que lo primero en el mundo era la “economía”. ¡Muerte al *homo oeconomicus*! Se llame Briand o se llame Marx, he ahí el evangelio del fascismo.

b) El *Dios* no sería ya un *Cheque de Banco*. El dinero es inmundo y vil y no merece más reverencialidad que la penosa e inevitable. El *Dios* motor del mundo volvería a salir de esa caja de

(1) Nota de 1938.—La palabra “Falange”, que hoy cifra nuestro movimiento, tuvo un origen político circunstancial. Pero ya estaba usada con preciso sentido fascista en este libro (páginas 167-196-223-261). Y anteriormente se lanzó en grandes titulares de “La Conquista del Estado” para las breves iniciales fuerzas de choque de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (J. O. N. S.) y se compuso entonces el himno, por Juan Aparicio: “a las Falanges de combate”.

Es una palabra feliz y certera. Y que me obsesionó largamente desde 1927. Pues $\varphi\lambda\lambda\alpha\gamma\eta$ (falanx) en antiguo griego significaba: “estaca”, “basto”, “clava”. Símbolo que exalté en mi libro, “Hércules, jugando a los dados” (1928), cuyo as de bastos o bastón de mando, lo interpreté como emblema de toda dictadura, de todo rey natural—incitando al general Primo de Rivera a usarlo.

De modo que “falangista” viene a significar “el que da leña y estacazos”. El combatiente del manganelle, de la porra.

reloj en que le colocaron los modernos Aristóteles. Y se alzaría en el cielo con majestad solar sobre la tierra, con luces de heroicidad: en Espíritu puro, de Armonía, moviendo a las otras estrellas con el amor dantesco y franciscano inmortal.

c) El *Hombre* ya no sería un Monigote engraido de Cultura y Suficiencia. Sería un Hombre con sentido de sus límites y dependencias. Nada de Socialismo ni de Liberalismo. Nada de bastardear el sacro sentido del *Trabajo* y de la *Técnica*. Vuelta al Sindicalismo Gremial, al sentido religioso de la *Técnica* y del *Trabajo*. Cada cual en su puesto: Jerarquía. Y un puesto para cada cual: Armonía, Sistema. (Esto es, Corporación Gremial, funcional.) Se restauraría, no el concepto de Derechos del Hombre, sino el sublime concepto cristiano y heroico del *Servicio*, del *Deber*. Del *obligarse a algo*.

* * *

El secreto del fascismo era el secreto eterno de Roma. El Genio universo de Roma. Unico universo del mundo. Era una nueva universalidad. Una ecumenidad, una nueva catolicidad (1). Era el Genio del Cristo, de la *Eclesia del Cristo*. Genio del Cristo por el que España—*César y Dios, Espada y Cruz*—había vivido, penado, muerto, resucita-

(1) Nota de 1934.—Así denominé el libro siguiente, complementario de éste, "La Nueva Catolicidad" (1933), donde se desarrolla esta profecía.

do, generación tras generación, por siglos y siglos.

El Genio de España tenía que resucitar y mirar de nuevo a la nueva Roma, que se alzaba en pie sobre el mundo, solicitando—nuevamente—un brazo diestro para salvar a este mundo. Porque la historia vuelve, y vuelve porque es siempre la misma. Porque son los mismos Genios y Divinidades, que vuelven a su eterna lucha.

Como las nubes por el cielo, así los Genios del mundo, desde que el mundo es mundo: en rangos de batallas y tormentas (1).

(1) Nota de 1938.—La armonización dogmática entre los dos genios antagónicos de Oriente y Occidente, que me sirve de base espiritual para mi afirmación del Genio de España, —respondía, sin yo saberlo, a la tradición más profunda y clásica del pensamiento español.

Con orgullo y alegría encuentro hoy corroborada mi doctrina en estos párrafos decisivos de "La Iglesia y las Escuelas Teológicas en España" de Menéndez Pelayo, que leo en la Antología hecha por D. Miguel Artigas (pág. 205).

"En las doctrinas de procedencia oriental—ya árabe, ya hebrea—todavía, a despecho de la levadura panteística, se descubren generosos, aunque infructíferos esfuerzos, para salvar del naufragio de la emanación, la conciencia individual, cuyo sentimiento ha sido siempre tan enérgico en nuestra raza".

"Así como tampoco puede ocultarse a ojos atentos, cierto sentido armónico, cierta aspiración a conciliar los dos capitales términos del problema metafísico. Conciliación que, buscada por recto o torcido sendero, es sin duda, una de las notas características de nuestra ciencia, y una de las que determinan, desde el "Keter Malkuth" y el "Makor Hayim" hasta el "Arte Magna" y el "Arbol de la Ciencia" y el "Libro de las Criaturas" (Raimundo Lulio); desde el artificio dialéctico de Fernando de Córdoba, hasta la concordia platónico-aristotélica de Fox Morcillo".

También con alegría y orgullo, encuentro esta doctrina mía corroborada por otro clásico pensador español de nuestro siglo XIX: Donoso Cortés. En la Antología que de su obra ha publicado A. Tovar (Ediciones FE, 1938) re veo en sus primeras páginas mis propios pensamientos. Lo que indica que existe una tradición en el pensar: una línea; una constante. Aun cuando nosotros, los eslabones de esa cadena, ignorásemos la concatenación antecesora. Por eso no hay plagio en la tradición, como afirmó agudamente Eugenio d'Ors. Y puede encontrarse uno—como es mi caso—en el rango más clásico de un Pensamiento nacional. Aun desconociendo—como es mi caso—a los maestros anteriores de esa filosofía española.

VI

GENIO DE ESPAÑA

Exaltación y humildad

Ignoro si el lector de este libro ha acompañado mi exaltación hasta este momento en que se me ocurre preguntármelo. ¿He llegado solo hasta aquí? ¿Sólo, como estaba en mi celda y mi noche, en mi *noche celular*? O bien, ¿he tenido la gracia de ser seguido, escuchado y entendido? ¿Y la virtud de transfundir a un alma más que la mía esta exaltación y fe que llena la mía?

Comprendo que este libro no debiera haberse escrito, sino predicado. Por lo menos yo siento las palabras que en él van escritas como *dichas* más que como escritas. Pues ¡es tan difícil al arte de la pluma reflejar el ademán, el gesto, la voz y el fuego del mirar! Pero por ahora, mi tarea es de poeta y no de santo. De escriba y no de predicador. (¡Ya me llegará la hora de hablar!)

Los que hayan observado mi vida literaria o espiritual de estos últimos tiempos saben que no he podido ni puedo ahora ser insincero ni retórico. Y que mi ánimo se levanta hoy del yermo y soledad donde hace un año se ejercita en liberarse de

crisis e inquietudes, algunas de las cuales he ido transcribiendo a esta mi obra monacal de *El Robinsón Literario de España* (testimonio respetable, al menos, por su generosa abundancia). Saben, esos que hayan tenido la amistad o curiosidad de seguirme, que este libro es un fruto de pura soledad y lucha. Y, aunque escrito en rápida y fogosa fluencia, es un ánimo madurado, crítico y severo quien lo dicta.

No aspiro a ser un nuevo Obispo de Hipona de los presentes tiempos. Me faltan sabiduría y santidad. Aunque sé que un nuevo San Agustín es el tipo espiritual a que debe aspirar el mundo, este mundo occidental y viejo—antiguo—donde—entre el escepticismo de los dioses cansados e irónicos—el Oriente asoma sus bárbaros y sus rusos amenazantes. Su *estrella roja* y su *media luna de plata: su hoz argéntea*.

No aspiro a categoría alguna en la feria de vanidades. Porque reconozco de antemano—con leal humildad—que no soy un filósofo, un profesor, un erudito, un *sabio*, un ordenador teórico y científico de la vida. Ni tampoco un héroe moral, un *Santo*, un ordenador ético del mundo. No poseo ni *Saber* ni *Abnegación* que regalar a mis hermanos de especie. Mi exaltación es mi humildad, como dijo el viejo profeta. Porque mi humildad es justamente mi exaltación.

¿Profeta? No sé. Ya Darmesteter dijo que en la regeneración religiosa de Europa el profetismo

sería una fuerza. Yo no sé lo que soy. Sólo siento que, por hoy, soy lo que soy, lo que era y lo que quería ser: un angustiado y estremecido descifrador de sí mismo. Angustiado y estremecido ¡no por el placer egoísta de salvar un *yo* determinado—el mío—; no por la sensualidad ególatra y analítica del conocerse a sí mismo! No. Sino porque era ese el único camino de alcanzar un secreto más trascendente que ese contingente de un *yo*: el camino único para intuir el genio matriz e inmanente donde ese *yo* contingente estaba radicado y religado; esto es, el *genio de su pueblo*. Esto es—y en mi caso—: el *Genio de España*.

Hacia una objetividad en la esencia de España

Por eso, si he partido de una intuición radical y mística de mí mismo, ha sido a condición de no hablaros de mí mismo, de no haceros un libro lírico, sino un libro *objetivo* sobre mi pueblo: España. Y digo *objetivo* en cuanto que mi subjetividad se ha dejado trasladar hacia algo trascendente de ella. En cuanto que ese *yo* está supeditado a un *ello*. Y no a un *ello* de tipo kantiano y freudiano, no de un objeto sólo dependiente de mí, en cuanto que *lo piense o lo sienta*, sino un *ello* que tiene su validez—casi sexual, genética—justamente en cuanto que determina mi *yo*, mi *sujeto*. *España existe, luego soy*. Y si soy de tal y tal modo es

porque existe España, el genio de España, que me exige y determina así. Y al que llegué como llegó el místico hasta Dios: por vía *remotionis* y vía *excellentie*. Distinguiendo mi *yo* de la divinidad. Infundiéndolos sin confundirlos.

¿Pero es que España es una divinidad? No. La divinidad es aquella a quien el genio de España sirve, donde está inmersa. ¿Y dónde está inmersa España?

* * *

Tal como he situado, en mi visión, los datos del sistema—del sistema genial o divino del mundo—, creo que un niño, un alma elemental y sencilla, podría resolver la fácil ecuación. Igual que en un juego de *testes*. Igual que en un juego infantil donde *jugase* una intuición pura y sana.

Tomad el *Genio de Oriente—Dios sobre el Hombre—* y aplicadlo integralmente sobre el cuerpo de España? ¿Coincide?

Tomad el *Genio de Occidente—Hombre sobre Dios—* y aplicadlo integralmente sobre el alma de España. ¿Coincide?

España y su experiencia islámica

La más amplia y decisiva aplicación del *Genio de Oriente* sobre el cuerpo de España ya sabéis cuál fué: la del *Islam*, en nuestra Edad Media. Ocho siglos de ensayo fueron los suficientes para expe-

rimentar si España se sometía o no a la categoría oriental.

Apenas iniciado el dominio, ya se forma un haz de defensa en el Norte del país: justamente el heredero de Occidente, del germanismo. Esos ocho siglos, ya sabéis que no son de dominio oriental absoluto sobre España, sino de lucha y agonía de Oriente y Occidente sobre el solar de España. Pero no de un *Occidente puro*—de un *Occidente franco*, que diría Ortega—, sino del *Occidente romanizado y cristianizado* de nuestros Reyes. (Esos Reyes, asturleonenses y castellanos que, en su estirpe astúrica: el hálito godo. Y en sus espadas: la cruz de Roma.) Mucha de la población islamizada ya sabéis que tuvo siempre una inquietud rebelde contra el sarraceno y que conservó sus cultos cristianos y su arte y su alma. Por lo que se les llamó *mozárabes*. *Semiárabes*. (Y, en cambio, a los renegados, *muladíes* o *maulas*. Los marranos cristianos.) Ahí quedaron sus santos y mártires: *Esperaindeo* (¡magnífico nombre!), *Eulogio* y *Alvaro*. (Alvaro el héroe de la independencia cordobesa cuyo *Indiculus luminumus* gime de pena al ver perderse entre sus hermanos la cultura grecolatina.) Ahí quedaron esos “independizantes”, criollos de cristiano y moro, los Beni Casi, Beni Muza, Beni Meruan, de la Rioja Aragón, Mérida. Especies de *kulaks* del Islam.

Ahí quedaron esas iglesias, algunas de las cuales todavía subsisten, aunque muy modificadas:

como las toledanas de *Santa Eulalia*, *San Sebastián* y *Nuestra Señora de Melque*.

Tan inadecuado resultó el ensayo total de Oriente sobre España, que *España* no pudo llamarse así, íntegramente, hasta el triunfo de 1492: hasta lo toma de Granada la mora por los Católicos Reyes.

España y su experiencia ariana

La más amplia y decisiva aplicación del *Genio de Occidente* sobre el alma de España, ya sabéis también cuál fué: la de los *Góticos* en nuestra Edad Media.

Iniciada en el siglo V, ya al siguiente tuvo que claudicar en su *arrianismo* o *arianismo*.

Aquello de que Cristo y Dios eran *homoioussios* encerraba tal dificultad para entenderse y fundirse con el cimiento hispanorromano-católico—fundamental del país—que hubo necesidad de reunir en Toledo un Concilio (587) e inaugurar la Católica Monarquía romano-germánica y secular de España. La herejía española de Prisciliano—aquel nórdico heterodoxo—no prosperó.

Lo que prosperó fué el genio de San Isidoro de Sevilla. De San Leandro. De San Martín de Braga. Y de Paulo Orosio.

Ese gran Isidoro, que reunió en sí la misma armonía cristiana que lograran San Agustín en

Hipona, que Beda el Venerable en Gran Bretaña, que Alcuino en Francia, que Casiodoro en Italia, que Capella en Africa. Y que continuaría luego un Raimundo Lulio en Baleares.

*Razas, ideas partidos: modalidades
de combate*

Sí, ya sabéis que la Historia de España no es ni el predominio de Oriente ni el de Occidente. Que la Historia de España es aquella de la *lucha o agonía* entre esos dos genios; unas veces en forma de combates de razas; otras, de *ideologías*; otras, de *partidos políticos*.

Por eso la Historia de España tiene esa *estructura piramidal* que he mostrado en la primera parte de este libro: *una vertiente en ascendencia —un vértice—y una vertiente decadente*. O sea: un plano de *lucha progresiva* por conciliar los dos genios. Un vértice de armonía. Y un plano de *lucha regresiva* en que se van desconciliando otra vez las fuerzas armonizadas en el vértice de nuestro siglo XVI, el vértice de *César y Dios*. Veamos claramente esta *lucha patética y piramidal* del Genio de España.

Prehistoria española, razas en lucha

En la Prehistoria y la Edad Antigua—tal *lucha* de Oriente y Occidente sobre España—toma un

carácter marcadamente *racial* o de *Kulturkreis* poblador. No son *ideas* ni *partidos políticos* los que se disputan nuestro solar patrio, sino pueblos enteros en forma de invasiones y colonizaciones.

Ya en el *Paleolítico* hispano la confluencia es conocida. De un lado, el genio *capsiense*, iberomediterráneo. De otro, el *magdalenense* francocantábrico. Un arte donde lo mágico se entremezcla con lo humano. Un culto naturalista y totémico, pero en el que aparecen claras huellas antropomorfas. (Cuevas de Altamira, de Cogul, de Alpera.)

* * *

Los orígenes de los primitivos pobladores de España encierran esa misma alternancia, que se puso de alto relieve cuando se abordó la concreta cuestión del vascoiberismo.

¿Quiénes fueron los iberos? ¿Qué es eso del vasco?

Es indudable que hay una raíz africana—dicen algunos investigadores como Ulenbech, Jiménez Soler y Bosch Gimpera—. Los vascos son la sobrevivencia ibera—dicen desde Humboldt hasta Schuchardt—. Entre los iberos y los vascos no hay parentesco, dicen Vinson y Philipon. Puede admitirse una hipótesis caucásica, dicen Trombetti y Marr.

Los vascones, o gentes del Alto Aragón y de Navarra, eran más morenos que los vardulos y caristios de las hoy *Provincias Vascongadas*. Eso lo

afirma un observador en el siglo XII. Y antes los mismos romanos lo habían distinguido al integrar a cada cual en distinto convento jurídico.

* * *

¿Y los ligures? ¿No eran de procedencia indoeuropea? ¿Llegaron a España por el Laburdan francés, constituyendo quizá una población preibérica y precéltica? Así piensa Gómez Moreno.

* * *

Los celtas, al arribar, unos seiscientos años antes de Cristo, a España y establecerse por el Centro y Oeste de la Península, marcan una frontera con lo iberoafricano.

Los celtíberos

Cuando esta limitación se funde, prodúcense los *celtíberos*, primer y curioso ensamble racista de Oriente y Occidente en la España histórica. Que sólo por el hecho mismo de armonizar ambos genios racistas, se sintieron con unidad y vigor suficientes, para atreverse a atacar a Francia, a los galos, y llegar hasta el Ródano, de donde los expulsaron hacia el año 400 antes de Cristo.

Certamen de la Antigüedad en España

Fenicios y griegos representan posteriormente esa misma heterovalencia de Oriente y Occidente

sobre tierras tartesias y levantinas. Junto a un dios Melcart aparece una Artemisa. Frente a Gaddir, Jate, Adra—fortalezas españolas de Tiro y Sidón—las clásicas ciudades helenas de Rosas, Ampurias, Denia. Junto a la Dama de Elche, la Bicha de Balazote: Occidente, Oriente.

+ + +

Y esa misma disyuntiva de genialidades—sobre el solar de España—son las famosas de Roma y Cartago.

España reacciona contra Cartago (Africa) con el glorioso *Sagunto*. España reacciona contra Roma (Europa) con el no menos glorioso *Numancia*. Sagunto, Numancia, Viriato, Indivil, Mandonio; antecesores de las guerras y guerrilleros por la independencia de España.

El regazo romano

Sin embargo, lo que no habían conseguido ni griegos, ni fenicios, ni cartagineses, ni celtas, lo consigue Roma al poco tiempo en España: no ya una sumisión casi absoluta, sino una potenciación entrañable del genio de España. Roma se acerca a España como un invasor más. Sí. Pero Roma—todos lo sabéis—no es un invasor más de España: es la genialidad—crisma de Oriente y Occiden-

te—que alumbra a España: la *madre* perdurable de España (1).

Como a un infante toma Roma a España en su regazo. La enseña a hablar, con raíces tan bautismales, que estas mismas palabras que estoy escribiendo sienten aún el palpitar románico de aquella maternidad lingüística. La enseña a sostener sus derechos en la paz y sus fuerzas en la guerra. La enseña a administrarse. Y abrir las tierras a un mejor cultivo. Y a llenar las sierras y las navas de calzadas hasta hoy vivas y conducentes. Puentes, teatros, acueductos, castros, templos, aras, puertos, faros, arcos triunfales, necrópolis, casas palacios, esculturas. Familia, Municipio, Provincia: Estado. He ahí lo que alumbra Roma en España. Y cuando la criatura española llega a hombre y este hombre a su madurez, Roma le abre de par en par las puertas universas del mundo, como se las abriría luego con su *catolicidad cristiana*. Con generosidad y fe de madre. Sabiendo que la honra de los hijos cae sobre la honra de quien los engendra.

Es inútil que argumentéis en contra. Dadle todas las vueltas y revueltas que gustéis. Por arriba y por abajo. Por dentro y por fuera. Por el haz y el envés. Por un lado y por el otro lado. España

(1) Nota de 1938.—Léase mi "Roma, resurgida en el mundo", Premio Internacional del Fascismo en 1937. (Edición Italiana de Hoepli, Milán: "Roma, risorta nel mondo", traducción de Carlo Roselli.) La edición española aparecerá en "Jerarquía", de Pamplona.

sólo produjo *genialidades universas* en cuanto que no traicionó a sus orígenes genéticos.

Césares, sabios y poetas con la Roma antigua. Capitanes, santos y poetas con la Roma católica.

Roma es la que hace posible en el mundo antiguo que una península tan apartada, tan en *finisterræ* como la ibérica, pueda aparecer ante ese mundo antiguo con almas de primera calidad humana.

Roma logra cinco *Emperadores* españoles para el mundo antiguo. Logra que un sencillo provinciano cordobés plante su espada en otro confín de Europa, y conquiste los Balkanes, y eche los cimientos de esa nación actual de 18 millones de almas que se honra llamándose *Rumania*. La *Rumania de Trajano*. Trajano el cordobés. Ese español cuyo paisaje de olivos, tierras rojas, cielo azul y alcotanes late aún enrollado, como una bandera, a la columna inmortal de su foro en Roma. Ese español que aun deja caer su sombra de honor sobre los españoles que hemos abordado hoy los Balcanes, haciéndonos amigos y conocidos—de un golpe—de esas tierras tan lueños de nuestra Bética.

Y junto a tales *Césares* los otros, los del Saber y de la Poesía: *Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano*, por no citar toda la vieja lección colegial. ¿Qué otro genio filosófico superior a *Séneca* tuvo España? ¿Qué otro nombre de más amplio ondaje universal en contemplar la vida? *Séneca*: el manantial donde beben Edad Media y Renacimiento.

El inventor de que el “premio de la virtud en solo la virtud misma consiste” y de que “la vida es milicia”—con lo que cimentó la ética del catolicismo futuro. Y, hoy, del fascismo.

Es cierto que—bajo el genio de Oriente—España produciría un Averroes y un Maimónides. Pero seamos leales con España misma: ¿es un Maimónides español? ¿No escucháis su canto pertinaz y filial a Sión y su fuga constante de España, hasta tocar en Jerusalén y morir en Fostat, en ansia de realizar su Genio de Israel, su *genio racista y elegido de Israel*, por el que suspiran y arden de que-
rencia las musas de un Gabirol y de un Jehuda Halevi? *¡Leschana haba biruschalayim!* Si Maimónides, Averroes, Gabirol y Halevi se producen en España con luz, sin embargo, universal, es porque la España medieval de los siglos XI y XII no era sólo *Islam* ni *Israel*. Había un *aura*, en torno, específica, incitante. Esa que nuestro Miguel Asín ha precisado en su estudio del “Islam cristianizado”.

Pruebas y demostraciones genéticas

Es inútil que argumentéis en contra. Dadle todas las vueltas y revueltas que gustéis. Por arriba y por abajo. Por dentro y por fuera. Por el haz y por el envés. Por un lado y por el otro lado. España sólo produjo *genialidades universales* en cuanto que no traicionó a sus orígenes genéticos.

¿Quién fué el Cid? ¿Quiénes Hernán Cortés y Pizarro? ¿Y Fernández de Córdoba? ¿Y Cisneros? ¿Y Roger de Lauria? ¿Y Vasco de Gama? Ciertamente que no albigenses, ni fraticelos o cerceras, ni judaizantes, ni moriscos, ni luteranos.

¿Y Santo Domingo de Guzmán? ¿Y San Ignacio? ¿Y Santa Teresa? ¿Y Cervantes, y Lope, y Quevedo, y Calderón, y Gracián, y Góngora, y Fray Luis, y Vives, y un Padre Vitoria, y un Melchor Cano, y Velázquez, y Greco? Es decir: capitanes que dominan el mundo. Teatro que influye al mundo. Teología que influye al mundo. Poesía que influye al mundo. Organizaciones sociales y religiosas que influyen al mundo. Novela que influye al mundo. Pintura que influye al mundo.

¿Cómo se explica que desde el siglo XVIII—desde que el *Genio de España* se bifurca y rompe—no volvemos a dar un solo *alma universal* al mundo? ¡Explicádmelo esto, si podéis, de otra manera que la mía! Ya conocemos todos los límites ambiguos de un Feijóo. La musa alfeñique de un Meléndez Valdés, el casticismo particularista de un Moratín, de un don Ramón de la Cruz; el acartonamiento dogmático de esos curas intelectuales a lo Fray Diego González, a lo Padre Marchena.

Ya conocemos todos el área exacta y circunscrita que cubrieron los romanticismos del Duque de Rivas, de Espronceda y de Zorrilla. Las pasiones dramáticas que despertaron Bretón de los

Herreros, Martínez de la Rosa García Gutiérrez, Hartzenbusch, Tamayo, Ayala y Echegaray.

Y el eco lugareño que despertó el pistoletazo de Larra. (Comparad la muerte de Larra con la muerte de Séneca.)

Ya conocemos todos que sin un naturalismo francés previo no hubiéramos tenido a Galdós. Que sin Zola no habría Blasco Ibáñez.

Y que sin Dickens, Dostoyewski, Gorki, Pío Baroja, no hubiera pasado de ser un galdosiano más.

Y que sin Paúl Valery no habría esta *poesía pura* de España y América actuales.

Ya conocemos todos la trascendencia de la filosofía de un Sanz del Río. Y la patética situación de nuestro Ortega y Gasset.

Recuerdo que al terminar una conferencia en la Universidad de Francfort, hace tres años, y reunirme con algunos universitarios alemanes en pequeño ágape amistoso, le pregunté a un fino y notable discípulo de Max Scheler si leían mucho en Alemania la *Revista de Occidente*. Y recuerdo la sonrisa con que me respondió: *En general, conocemos los números de antemano*.

Donde no hay tradición, hay plagio—dijo Eugenio d'Ors—. El plagio en política se llama: servidumbre.

Pero hay pueblos donde la servidumbre y el plagio van constituyendo una tradición.

Y ese va siendo el caso de España. El grande nombre hispánico que ha circulado más en los

últimos tiempos ya lo conocéis. Menéndez Pelayo, porque asentó en grandes sectores de genio nativo y leal.

No le deis vueltas. Ni revueltas. Miradlo por arriba y por abajo. Por dentro y por fuera. Por el haz y por el envés. Por un lado y por el otro lado. España fué uníversona mientras no traicionó a sus orígenes genéticos. Por no traicionarlos alcanzó su Imperio. Y con él una lengua “compañera del Imperio”—como la calificó *genialmente* Nebrija—. Si el Imperio cayó, la lengua no tardará en seguir su suerte. Cataluña es hoy gran prueba. La restricción del libro español en América es otra prueba. No porque América no lea el castellano, sino porque el castellano ya no tiene cosas *universales* con que interesarla *maternalmente*.

El turista ante España

Desde que la Revolución burguesa con sus Derechos del Hombre (del hombre francés y del hombre inglés) permitió que naciera esa institución de cultura humana tan estéril, petulante, mediocre y mercantil que se llamó el *Turismo*, ya conocéis el gesto de los *descubridores* extranjeros en España.

Se pasean por nuestras viejas ciudades y por nuestras ciudades nuevas. Ven las torres mudéjares y las portadas platerescas. Las iglesias barrocas y las líneas de tranvías eléctricos. Los borricos por las callejuelas estrechas y los Rolls por las avenidas asfaltadas. Oyen los pregones populares

y la música de Falla. Sienten el *tin tin* de las ancestrales herrerías y el hervor metálico de los altos hornos. Contemplan las corridas de toros y un partido de fútbol. Hablan con campesinos analfabetos y leen una prensa cuidada y literaria. Observan un cura con aire de derviche y un profesor con gafas de alemán. Miran labios morunos y ojos egipcíacos, pero también miradas azules bajo cráneos rubios. Se admiran de los bordados y filigranas y ceramiquería de nuestro arte popular y también de esos cuadros tan parisinos de nuestros muchachos pintores. Oyen romances de ciego y descifran luego poemas herméticos.

*¿Qué es esto?—se dicen—. ¿Esto es Africa?
¿Esto es Europa?*

En el mejor de los casos se salen del compromiso incitante, como se salió últimamente ese pobre hombre que es Wells, diciendo que España *no está en Europa*, queriéndola dispensar del honor de *hundirse* con su Occidente, con Inglaterra y Francia. ¿Pues dónde *está* España, piadoso occidental?

Señores turistas: ¡España no está en Oriente ni en Occidente! ¡España está—desde muchos siglos—en la *cristiandad!* España es *catolicidad*. Moros, luteranos, judíos y cuáqueros. España los acogió y los acogerá siempre bajo su signo fundidor y antirracista. España—genio romanogermánico—es genio de Cristo. Creedme. ¡Genio de España!

¿España, catolicidad? ¿Aun en estos tiempos que el Jefe de un Gobierno al frente de una Constitución ha exclamado con solemnidad gratuita que España *ha dejado de ser católica?*

Precisamente en estos tiempos. Precisamente en estos tiempos (1931-32) de Manuel Azaña, España no ha dejado de ser católica. Ni España, ni Manuel Azaña, ni todos sus flamantes *radicosocialistas y socialdemócratas*. En estos tiempos de Azaña y en los anteriores de los siglos XVIII y XIX. Tiempos todos ellos en que—rota la armonía corporativa, integral y *genuinamente católica* del vértice español, del quinientos—España busca *sustitutivos de urgencia* para dirimir una vez más la milenaria escaramuza de los dos genios hostiles que tornan a sus luchas seculares sobre el solar patrio: genios de *Oriente y Occidente*. Que tornan ahora, no en forma de invasores *raciales*—como en la Prehistoria, la Antigüedad y el Medievo—, sino en forma de *luchas ideales y de partidos políticos* ¡de *Derechas* y de *Izquierdas!* Desde el siglo XVIII, la *Derecha* tiende a asumir la *genialidad* hierática, oriental, oscurantista y despótica. Por eso la Inquisición y el absolutismo de estos dos siglos son, sencillamente, intolerables, repugnantes. Desde el siglo XVIII la *Izquierda* tiende a asumir la *genialidad* occidental, rebelde, romántica, revolucionaria, diabólica y suicida. Por eso los afrance-

sados, liberales, masones y librepensadores de estos siglos son, sencillamente, buenos diablos, estériles y descastados.

La *derecha* se apoya en una falsa Roma, anticristiana en el fondo, una Roma que es más bien una *Meca*; y se llama *Oscurantismo*. Una madrastra. Por eso las *Derechas* de esos siglos son *almas bastardeadas*, sin fuerza genital para reconstruir un *César* y un *Dios*: un *Imperio Católico*.

La *Izquierda* se apoya en otra falsa Roma, anticristiana en el fondo, una Roma que se llama *Ilustración* (París, Londres, Ginebra). Por eso las *Izquierdas* de esos siglos son *almas bastardeadas*, sin fuerza genital para reconstruir una España genuina.

Y como en España los dos *Genios*—adversos y eternos—no pueden triunfar a solas, de ahí que cuando uno de ellos sube al *poder* (al *poder más* que el otro) tenga que buscar el *sustitutivo urgente*.

De ahí esos nombres horrendos de *carlistas* e *isabelinos*, de *progresistas* y *persas* y *chorizos* y *frigios* y *conservadores-liberales*. ¡Pacto de El Pardo! ¡*Canovismo*! Cánovas: ¡que siga la barquita! Primero metiendo un remo. Luego el otro remo.

Y así llega Primo de Rivera, el Manco. Y así llega la República, la Manca. Para inventar *sustitutivos*, pinzas de cangrejos. (La República se consideraría feliz si diese en otro *canovismo* Azaña-Lerroux, Lerroux-Azaña u otra rotación cualquiera. Como quería últimamente la Monarquía: con Alba-Cambó.)

¡España no puede ser—a secas—ni lo uno ni lo otro!

¡Y como no puede ser ni lo uno ni lo otro, había que inventar esos *sustitutivos de una pérdida armonía católica*, de la corporación hispánica, rota en el siglo XVII.

La bastardía de las “Izquierdas” españolas

Yo sostengo que la política de Azaña es *católica* en su última esencia. Yo sostengo que los flamantes partidos nuevos de España que se llaman *radicalsocialismo* o *republicanosocialistas* encierran un secreto *católico* en sus últimos secretos. (*Autocracia y Libertad. Individualismo y Masa.*) (1).

Sólo que ese catolicismo de Azaña, de los radicosocialistas y de los socialrepublicanos españoles es un *catolicismo bastardo*, desleal y antegenuino: falso. El catolicismo falso y bastardo de la *Democracia*, el inventado por la falsa Roma, que es *lo moderno*; ese que—a través de Francia e Inglaterra—llega a su actual sede de: *Ginebra*. ¡Ginebra, la auténtica *Bizancio*, de *lo moderno*; la auténtica *falsa Roma de lo moderno*!

(1) Nota de 1932.—Tan es cierto lo que afirmo, que me basta citar la comprobación del nada sospechoso y más acreditado definidor de la República española, Salvador de Madariaga: “Aunque el socialismo de Castilla se ufana de su libertad religiosa y se considera como adversario natural de la fe católica, su política se inspira, al menos subconscientemente, en una actitud para con las cosas de la vida fuertemente influenciada por las profundas tradiciones de la España católica”. (España, Ed. Clap, pág. 83.)

Ginebra: la Roma del Burgués, con techo bajo, zapatillas, cupones en el Banco, olor a cocido y brasero para los catarros. ¡Nada de persignarse ante un Crucifijo en una iglesia! Bastan unos signos indecentes hechos con la mano en las Logias: nuevos *Templos de la Humanidad*. ¡Nada de milicias heroicas y nacionales para defenderse o agredir! Bastan unos gendarmes de asalto para guardar las puertas, basta un *Estado-Policía*, neutro y siniestro.

Y si pasa algo gordo en el mundo, ahí están los cañones y los buques de los *amos* de Ginebra. Ya defenderán a los pobrecitos parlamentarios del mundo, que sólo quieren la Paz, y nada más que la Paz. La Paz y todos los enchufes burocráticos de esa paz ginebrina.

Ginebra: la Roma de la Democracia. Pero ¿qué es la Democracia ginebrina? Pues la Democracia ginebrina es esa Roma bastarda, nacida y criada en los *burgos y villas* de la Edad Media, *burguesa y villana*. Esa que, no pudiendo resistir el que *César y Dios*, los *podere*s divinos, gobernasen la Historia, les cortó un buen día la cabeza, tras una preparación refinada de volterianismos y de corrosivos sociales, entre otros el de utilizar el fundamental rencor de Israel contra César y Cristo. *Renacimiento, Reforma, Revolución francesa*: preparación metódica de las tres RRR. Sólo que el hijo dilecto de esas tres RRR salió hecho un pillastre y por poco lo estropea todo. ¡Ah gran pillastre de

Napoleón! A Napoleón le faltó tiempo para alquilar un *Aguila* que volase sobre los sansculottes; para montar a caballo por el mundo, como Alejandro, César, Carlos V y Luis XIV. Y para volar a Roma, a fin de que el Papa—el odiado *Papa*—le echase una aparatosa y apretada bendición ecuménica.

Pero aquel pillastre pereció. No apoyaba su alma y sed de dominio sobre fundamentos trascendentes.

Desde entonces, ese mundo *moderno* no sabe cómo disimular su *sed de dominio* y su *terror del alma*. E inventa todos esos *mitos de sustitución*—como certeramente los ha llamado el autor del *Monde sans âme*—, que culminan en *Ginebra* (socialismo, humanitarismo, radical-socialismo).

Por eso Lenin—genio de Oriente—se levantó con todo su genio a gritar desde Moscú contra Kautsky, el *demócrata puro*: “La democracia pura no es otra cosa que una *hipocresía* liberal destinada a engañar al proletariado”.

Por eso Mussolini—nuevo genio de catolicidad—se levantó con todas sus fuerzas a gritar desde la nueva Roma fascista: “¡El Estado corporativo supera—¡por fin!—esa *hipocresía* del Estado liberal y burgués!”

Por eso el genio occidental y europeo, que despierta purificado en algunos jóvenes espíritus franceses, se levanta hoy con un grito desesperado de alarma: “¡Vuelta a la *personalidad!*” Al individuo

puro. Y los navegantes solitarios del Occidente comienzan a poner de moda el alejarse solos a islas y mares desiertos, otra vez como Adanes en el Paraíso, como nuevos Robinsones. Como en el romanticismo primigenio del siglo XVIII.

La bastardía de las "Derechas" españolas

Y ahora vengamos a la otra bastardía católica de España: la de las llamadas—tradicionalmente, desde la bifurcación moderna de nuestra política—*fuerzas de derechas*, las fuerzas que perecieron virtualmente el 14 de abril de 1931 en España. Enjuiciémoslas con la misma serenidad, la misma conciencia pura, *cristiana*, que aplicamos a las izquierdas españolas.

1) *EL REY*.—¿Era ya un *Rey de España* Alfonso XIII, no el 14 de abril, sino muchos meses antes, muchos años antes? Yo me atrevo a decir que no. Porque de haberlo sido no hubiera preparado, poco a poco, el dejar de ser Rey el 14 de abril. Un Rey que pronuncia aquel famoso dilema de su discurso de Zamora: *¿Monarquía, República? ¡España!*, es que ya no es Rey, sino un provocador de lo contrario de la Monarquía: la República. Yo siempre he sostenido, y sostendré, que la mayor responsabilidad de un Rey es la de traer la República a su país. Y no porque la República resulte buena o mala para el país, sino porque un Rey no

puede pensar, como buena para su país, más que la Monarquía (1).

Alfonso XIII supo que venía la Dictadura en 1923. Pero supo también que venía la República en 1931. Quizá supiese algo más. Y por eso se marchó a Fontainebleau. Y por eso se marchó—no heroicamente, a El Escorial con sus egregios muertos—, sino tranquilamente, en su automóvil, a París. Protegido por Romanones y por Alcalá-Zamora, por Berenguer y por los ministros republicanos. Por toda aquella *hermandad* que se formó de repente en Madrid para salvar la vida preciosa del Rey. Había que pensar—sin duda—en que algún día venidero se podrían salvar otras vidas preciosas republicanas del mismo modo, si *París* desde *París*, veía que la República no convenía a la *felicidad de España*. *¿Monarquía, República? ¡París!* (Sombra de Napoleón.)

2) *LA IGLESIA*.—Yo no sé si tal Cardenal era un santo varón. Ni si lo eran todos los obispos y primates, canónigos, clérigos y monaguillos de la Iglesia española cuando vino la República. Yo no sé si la aristocracia, la burguesía y el pueblo de España eran tan católicos y fervorosos como diariamente nos lo aseguraban los sermones de púlpito y los sermones de prensa católica.

(1) Nota de 1933.—El último monarca de España sólo podrá reivindicar como algo grande y providente su política marroquí. Gracias al núcleo marroquí militar ha sido posible hoy la salvación de España.

Yo sólo sé una cosa: que no hubo un solo creyente que afrontase la barbarie de la masa iconoclasta y ofrendase su vida en martirio de cruz, en imitación de Cristo.

Yo sólo sé una cosa: que no hubo un solo eclesiástico o fiel que arriesgase su sangre, oponiéndose a la disolución de Ordenes religiosas españolas.

Yo sólo sé una cosa: que no hubo ni sigue habiendo espíritu capaz de oponerse seriamente a la invasión laica, que va quitando todos los días las obras sociales, pías y caritativas a quienes las monopolizaban en nombre de una fe, de una caridad y de una abnegación cristianas.

A los pocos católicos oficiales que yo conocía les vi escabullirse o huir apenas llegó la República.

En cambio vi correr a pobres monjas por las calles, con las faldas levantadas, seguidas por la chusma. Las defendían los soldados y los guardias neutramente.

¿Qué sucedía a la fe tradicional de España? ¿Dónde estaba esa fe que había opuesto su pecho con Santo Domingo de Guzmán contra el hereje, con Santa Teresa y San Juan de la Cruz contra el luterano, con mártires y santos innumerables contra los sarracenos, contra los turcos, contra los indígenas de América, contra los asiáticos y los polinesios? ¿Dónde estaba el Dios sublime de San Francisco Javier? ¿Y el que inspiró a Ignacio la formación de “las Milicias de Cristo”; el “Dios

de las batallas”, de nuestro Herrera; el que hizo perder su mano a Cervantes, el de nuestros cruzados caballeros de *Calatrava* y *Alcántara*?

¿Qué sucedía a nuestro *Dios español* que no movía una sola mano y un solo corazón en su servicio y gloria?

Pues sucedía que ese *Dios* que adoraba esa *España* no era ya un *Dios*. Sino un *Idolo*. Un *Dios* falso y de oro. Un *Dios* de orden municipal, de los negocios, del “confort”, de la transacción y de la Bolsa.

Al menor soplo de viento ardiente, ese *Dios* se derribó en el pecho—cuajado de joyas—de los que le llevaban ostentosa y pecadoramente.

Los verdaderos cristianos de *España*—en su conciencia atribulada—saben hoy que digo verdad. Y que la salvación de la Iglesia española no estará en producir más clericales ni más *conspiradores nocturnos*, sino *Santos* y *Reformadores* a la clara luz del día heroico (1).

3) *LA ARISTOCRACIA*.—La aristocracia existía en *España*. Parece ser que sigue existiendo, aun después de la República. Y existiendo lo mismo que antes, esto es, *nominalmente*.

No me mueve pasión bajuna de ninguna clase contra la aristocracia de mi país ni de ningún país.

(1) Nota de 1938.—La persecución religiosa de la guerra roja en *España* ha sido de tal frenesí que gracias a ello nuestro Catolicismo quedará salvado. *España* más católica que nunca en la Historia.

Si me moviera, a estas horas sería un social republicano y estaría luciendo mi fraque por los antiguos palacios de Sus Majestades.

Como esto no sucede, sino que, por el contrario, la aristocracia española es ahora cuando me inspira más piedad y estima que antes, puedo hablar con perfecto derecho de ella.

La aristocracia española había ido dejando de ser española y aristocrática. Se había ido disolviendo a sí misma. Por un lado, sus mezclas de sangre la habían bastardado mucho. Por otra parte, su "irrupción en la cultura" la había terminado de corromper.

La tragedia de la aristocracia española fué la de saberse—un día—inútil para España. Saber: que no imponía ninguna categoría vital al país. Que no se iba diferenciando del país más que en los membretes de las cartas. En vez de desarrollar su instinto originario de casta conquistadora, se había ido dejando aburguesar y aplebeyarse, hasta el punto de formar, más que una *casta*, una especie de *sindicato*.

En vez de desarrollar su instinto religioso y trascendente, se había dejado ganar la conciencia por el enemigo, cayendo en todas sus trampas, asistiéndole en todos sus "cursos" y "conferencias", dejándose ganar la conciencia por una palurda admiración hacia "lo culto", "lo filosófico", "lo liberal" de la vida. Admiración acompañada, sin embargo, de un gran desprecio por el "intelectual".

Es lógico que cuando el Rey amargamente exclamara el 14 de abril: *¡Adiós, nobles míos!*, todo el mundo entendiera: *¡Adiós, republicanos, burgueses míos!*

Por eso algunos de los más principales se apresuraron a ofrecer sus Casas al Presidente de la República. ¡No para quemarlas con él dentro, gesto de romance!, sino para sacarlas una rentecilla mensual con propina. Por eso cuando don Niceto se dió el gustazo de sentarse en la silla real de la plaza de Oriente, no hubo un solo noble español que se pegase un tiro, que hiciera un heroico harakiri japonés.

La aristocracia española existía y sigue existiendo. En los membretes de las cartas. *Nominalmente.*

Que dentro de esta *Aristocracia*, como dentro de la *Iglesia española*, haya almas puras, jóvenes y nobilísimas, dispuestas a recobrar el señorío, a la contricción y al honor sagrado en un próximo futuro, eso son otras cosas. Eso son: esperanzas de uno (1).

4) *EL EJERCITO.* — “Un Ejército no puede existir cuando se elimina de su horizonte la posi-

(1) Nota de 1938.—Hoy ya no son esperanzas mías: sino realidades españolas y excelsas. La aristocracia tradicional de España, en las persecuciones sufridas por los rojos, en sus sacrificios y en el valor militar de la mayoría de sus varones ha recuperado ante la Historia nacional una profunda mirada de respeto.

Así como esta aristocracia secular, sabe hoy mirar de otra manera a las nuevas aristarquías que van naciendo de esta Causa.

bilidad de una guerra". Estas palabras de un filósofo perogrullesco sobre el Ejército son tan exactas porque son genéricas, y, por tan genéricas, son las que convienen concretamente al caso del Ejército español.

El Ejército español es ese Ejército al que se le ha suprimido la posibilidad de la guerra. Y no ahora, con la *Constitución pacífica* que quiere dar la República a España, sino desde hace mucho. Por lo menos desde aquello de las *llaves al sepulcro del Cid*, de Joaquín Costa.

El Ejército español, que en sus orígenes tuvo —como la Nobleza y la Iglesia—un fundamento aristárquico, selectivo, fué poco a poco aburguesándose, acochinándose. En lugar de aquella divisa ejemplar: *¡Deber obliga!*, había ido adquiriendo esa, digna de un gremio de ultramarinos: *¡A ver si hay derecho!* Este *¡A ver si hay derecho!* fué el causante de las famosas Juntas de Defensa. Que, lejos de ser unas instituciones o ligas de "los deberes del militar", fueron unas sociedades masonicas de "los derechos del funcionario militar".

Al Ejército español no le quedaban más que dos escapes en el ajedrez: dos salidas en su juego. La *Zona marroquí* y los *Pronunciamientos*. Los dos últimos estertores de vida. Los jugó y los perdió. Se pronunció con Primo. Y Primo pacificó el *Marruecos español*.

Es natural que se volviera este atónito Ejército ante el país; este Ejército sin guerra, guerri-

lla ni ganas de más jaleos, preguntándole: *Bueno España, ¿y yo para qué sirvo ahora?*

Pues para disolverte como el azúcar—contestó Azaña en nombre de la conformidad general. Y, sobre todo, de la conformidad del Ejército, que se sentía azúcar, terroncito de azúcar.

¿Qué de extrañar si este Ejército—*aburguesado, socializado, ilustrado, pacifista, burócrata*—se dejase operar de apendicitis sin necesidad de cloroformo?

Ya sé que *todo el Ejército* no son *todos los militares*. Que una cosa es la *institución* y otra las *conciencias individuales* de esa *institución*. Que dentro de los llamados “*oficiales retirados*” y de los “*no retirados*” hay *gérmenes de honor, de abnegación, de sentido del deber y ansias de demostrar ante España que todos esos gérmenes existen* (1).

Y 5) LA BURGUESÍA CAPITALISTA. — Finalmente, la burguesía capitalista de España también venía jugando sucio y bastardo. La burguesía capitalista de España venía creyendo lo que creían otras burguesías inexpertas del mundo antes de la guerra: que *el dinero no tenía patria ni régimen especial de vida*. Cuando una voz maligna denun-

(1) Nota de 1938.—Ese ha sido el origen del Movimiento nacional en el Ejército. Ese núcleo de honor de abnegación y de sentido del deber. Por lo que al salvar el Ejército a España, esta España nueva—a su vez—ha salvado al Ejército.

ció a la Monarquía española como una “sociedad anónima en que el mayor accionista era el Rey”, esta burguesía pegó un salto de indignación. *¡Cómo!* —se dijo—. *¿Una “sociedad anónima”, un “negocio” en el que yo no manejo un tanto por ciento mayoritario de acciones? Pues ¡viva la República!* Y echó su papeleta a la República como suscribiéndose a una succulenta empresa industrial, como un bono de participación en el Tesoro nacional.

Cuando la buena e infeliz burguesía española fué a cobrar sus dividendos y vió que sus papeles de Estado le bajaban, la contribución le subía, el obrero le holgaba y la peseta se le ponía por los suelos, y tuvo que reducirse de vida, y cambiar de piso, y vender el coche, y asistir menos al cine, y llamar menos veces al médico, y hacer menos consultas al abogado, y gastar menos en las tiendas y en las pastelerías, sólo entonces esta buena burguesía española (el industrial, el comerciante, el abogado, el médico, el ingeniero, el boticario, el empleado, etc., etc.), sólo entonces se dió cuenta de que el *dinero tiene siempre una patria: la patria de quien lo produce.* Y de que la Monarquía no era un régimen basado en más valores de Bolsa que aquellos con que los astutos banqueros de la República pensaban llenar la suya, sus carteras ministeriales, *repletas de presunta clientela.*

Resunción

Creo que he analizado con todo coraje y pureza de alma la trayectoria *genial de España*.

Creo que nadie podrá tacharme de partidista, de impuro, de cuco, de cobarde ni de bastardo.

A diestro y siniestro he aplicado mi visión implacable, porque había en mí algo implacable y superior a mis propias conveniencias que me lo exigía así.

De arriba abajo—de abajo hasta arriba—he recorrido la trayectoria integral de mi patria. (¡Os aseguro que con este libro aprendéis la historia esencial de España! ¡Una historia sin pedantería y sin huesos: todo meollo, pulpa y corazón!)

Creo que os he mostrado con toda claridad—con la máxima meridianidad de mi esfuerzo poético—la crisis eterna de España entre los Genios eternamente hostiles en España de *Oriente* y de *Occidente*. Eternamente hostiles en cuanto no se funden en el mágico crisol cristiano.

Habéis visto que España, en cuanto que deja esa fusión católica, pasa a la *bastardía*. A la bifurcación, a la genialidad incompleta, a andar a la patita coja.

Por eso es la hora de que os expliquéis definitivamente el gran misterio que pesaba sobre esas almas españolas de nuestros últimos siglos: de *esos hombres del 98* y de un *Ortega y Gasset*, por ejemplo.

Ahora sabéis ya a lo que yo quería aludir cuando afirmaba que eran esos espíritus *hijos de dos madres*: la *madre de Occidente* o de *Oriente*; las *madrastas*, de un lado—y—de otro, la madre legítima, natural, subconsciente, nacional; la *cris-tiana*, la *romana*, la *católica*.

¿Veis ahora—límpidamente—por qué un Gani-vet es *castizo y descastado*? ¿Por qué un Unamu-no huele a *azufre e incienso*? ¿Por qué un Ortega da los gritos en un *lao* y pone los huevos en otro?

¡Gran misterio sin secreto! ¡Gran secreto sin misterio! Pero ¡cómo pesaba sobre la historia *mo-derna y reciente* de España!

Y ¡qué enorme servicio haberlo desvanecido, para una España futura, ambiciosa, ágil y otra vez joven, joven; con la juventud única que da la pu-reza de sangre: de *madre*!

Mi angustia reformadora

Sin partido de derechas ni de izquierda; *solo, solo*; en una soledad de isla, que yo he simbolizado en mi *Robinsón Literario de España*, siento que la angustia y las lágrimas vienen llenando mi garganta, mis ojos, desde hace más de un año.

¡Yo no he nacido para la soledad! ¡Yo me as-fixio en mi *noche celular de España*! Y, sin em-bargo, algo implacable, religioso, imperativo e ine-fable me empuja en esta actitud, que ha llegado a tomar para mí mismo carácter de *misión*.

¿Soy un pobre hombre o un loco? Es posible. Y todo cuanto os he ido diciendo hasta aquí es posible que sólo sea un sueño. Un sueño que muera conmigo.

Pero cuando veo que mi alma se va cada vez más desnudando de vanidades y de ambiciones primarias, y cuando veo que “la hostilidad” y “la soledad” han sido siempre los ambientes *confortables* donde se han movido las palabras *puras*, las que anuncian *verdad*, las que exigen *reforma* de una mentalidad o de un mundo determinado, parece como si en mi Peña Pobre—como San Jerónimo en el desierto—recibiese el pan divino por el pico de un ave. Parece que un espíritu santo consolase mi tribulación y agonía y anunciase a mi soledad próximas compañías fraternales (1).

Y este sentir que las fuerzas no me faltan cuando creo que me van a faltar—y que aun me sobran para seguir con mi lucecita en mano—, eso me hace pensar que sobre mí hay algo mágico, algo o alguien a quien estoy ya sirviendo, alguien que no soy yo; alguien—al cual—por someterle mi *yo* humildemente, me concede el máximo de los bienes que un alma sumisa obtiene en el mundo: la libertad. Creedme: ¡no hay libertad verdadera más que en la sumisión!

(1) Al corregir estas pruebas, 1938, esa Orden militar y monástica que es mi amada Falange Española y Tradicionalista tiene más de un millón de hijos, de afiliados: de milites. De Combatientes. De “Compañías fraternales”.

Es posible también que esta fe y esta libertad me flaqueen un día. Que caiga de un *lado* o de *otro lado*. Que yo también me bastardee.

Pero sabed—amigos míos—que mi alma pertenece al Dios de San Ignacio: “A un Príncipe liberal y humano”. Príncipe y Magnánimo. Autoritario y Libertador. Dios de batallas duras y de paces inefables. ¡Genio de España!

Y con el genio de España, sintiéndolo palpitar en las entrañas, puede uno bajar a los infiernos sin mancharse.

Aun cuando son los *cielos de ese genio*—la salvación, la resurrección total de ese *Genio*—lo que uno sueña, exige, pide y reza por España. Y para España.

VII

LAS TRES BANDERAS

¡No son dos banderas—San Ignacio—las que España puede hoy escoger! Sino tres.

No son sólo la bandera de Oriente y la de Occidente, sino junto a esas dos también la bandera crismática del *Cristo*.

La elección de hoy—una vez más en la historia de España—está en elegir la exacta y genial

bandera. Está en que los conductores de nuestro pueblo no se equivoquen de campamento. *Oriente, Occidente, Cristo*. He ahí los tres rangos de batalla, desfilando ya en falanges como las nubes por el cielo. Las tres banderas geniales. Y cuyos nombres exactos—¡sabadlos, para la elección del hoy y del mañana!—son éstos: *Ginebra, Moscú, Roma*.

¡He ahí las tres únicas y totalitarias banderas que resumen las tres únicas y posibles *políticas* del mundo actual. *Moscú, Ginebra, Roma*.

Es decir: *Comunismo, Democracia, Fascismo*.

El Comunismo y España

Pruebe la España actual el alistarse bajo la bandera roja de Moscú. ¿Pruebe? Ya está probando.

Ya está probando con todas sus fuerzas (que son muchas) de *genio oriental*. Con toda la tendencia *fatalista del español*, que es mucha. Con toda la *noluntad* del español, que es mucha. Con todo el *mesianismo* del español, que es mucho. Con toda la tendencia española a que las cosas las resuelva el *Estado*, nueva Virgen de la Macarena. Con todo el ansia de echarse a dormir sobre la capa en el suelo. Ansia que es siempre grande en el español.

Pero hasta ahora... Hasta ahora el *Genio comunista de Oriente* en España va de pifia en pifia. Cuando cree hacer una revolución social, le sale un Parlamento radical socialista con cantos a la

libertad. Cuando cree dominar las masas obreras, se le biparten entre el socialismo y el sindicalismo anarquista. Cuando cree cubrir el mercado del gusto—a base de literatura rusa servida en kilos—, este gusto decae y se aburre.

Pero todo ello, si quiere decir que España, la genuina España, lucha una vez más contra “el enemigo de Oriente”, no quiere decir que “no haya moros en la costa”.

¡Y auténticos moros!

No quiere decir que no triunfe el comunismo en España si el comunismo triunfa sobre el mundo occidental en ruinas.

Pero si triunfa, ¡prepárese España a la vieja lección del Guadalete!

Porque el comunismo en España, ¡son otra vez los orientales, la vuelta de los orientales auténticos a España!

Creedme, que no fantaseo. El triunfo del comunismo en España supone la derrota previa del Occidente, que pudiera venir (como los cruzados) a ayudarnos. Y Lenin ya sabemos dónde tiene sus aliados: donde Mahoma. En Berbería y en todas las razas de color, en todos los *colonizados*, los *explotados* de Oriente.

¡Volverán los asiáticos sobre el oeste de Europa, sobre la península balcánica! ¡Volverán los berberiscos y negros sobre el oeste de Europa, sobre la península ibérica! Aliados, claro está, con

los otros aliados indígenas, con los llamados *bárbaros verticales*. Los *explotados de cada país*. El socialista y el sindicalista de hoy se convertirían automáticamente en aliados comunistas. (Con unos cauntos judíos que ayudasen al *tránsito*.) Aun cuando luego se volvieran a hacer *muzárabes, kulaks* de la libertad.

Moscú enviaría a España—como Damasco la otra vez sus *omeyas*—unas minorías directrices, guerreras y de enlace (1).

El comunismo en España es eso, y nada más que eso. Su bandera es la estrella roja. Y junto a la estrella siempre estuvo la media luna, la hoz del cielo oriental.

La democracia y España

Precisamente por ser la bandera de la democracia aquella a la que se ha alistado la República, la *España oficial* que nos rige. Precisamente por ser el peligro máximo que se cierne sobre la actual España ese de la bandera de Ginebra, es por lo que este libro ha dedicado sus campanas de más alto vuelo a tocar tanto a rebato.

La bandera de Ginebra sobre España—¡queridos españoles, queridos hermanos, creedme!—¡es la Guerra de la Independencia otra vez en pie! Esa

(1) Nota de 1938.—Esta es otra visión que la realidad de la guerra española ha dado exactitud.

guerra que nos planteó Napoleón, con sus Consti-
tuciones y sus Borbones. Esa guerra que nos plan-
teó Inglaterra, con su Gibraltar. Esa guerra que
Francia y Albión nos plantearon con el “Protec-
torado marroquí”, donde estamos haciendo, desde
años, ¡de cipayos y senegaleses de cuota!

Esa guerra—¡españoles!—, que hoy la veis al-
zarse cada vez más atrocemente, con la separación
de Cataluña. Porque Ginebra, el bloque *continen-
tal y demócrata* de Ginebra, quiere y necesita una
España rota para siempre. Dividida, cercenada,
controlada, desmedulada, bastardeada, perdida, si-
filítica en sus ideales patrios.

Necesita una península descoyuntada para re-
partirse sus entrañas a zarpazos.

Nos ilusionarán con federaciones ibéricas, con
condecoraciones y títulos y oro, con todo ese *Velo
de Maya* fascinante que poseen las sirenas terri-
bles de Occidente.

Pero la bandera de Ginebra es eso: mandar a
Ginebra a los Titulescos o Zuluetas, a los minis-
tros yugoeslavos o checoslovacos, a predicar la Paz
del Mundo. Mientras, los monstruos, los amos de
Occidente, calibran sus cañones y emproan sus na-
ves de proa. ¡Alerta, pueblo genuino y *sindicalista*
de España! ¡Alerta, muchachos *tradicionalistas* de
España! ¡Alerta, Genio de España! ¡Que nos ro-

**ban, que nos matan a España! ¡Que se la lleven!
¡Que se la lleven! (1).**

El fascismo y España

Si el comunismo y la democracia no sirven para España, claro está que es el fascismo lo que convendrá a España, ¿verdad, joven profeta?—me dirán con sorna.

Yo sé que en la mente de todo maligno que me lea o me escuche, yo sé que en el fondo de todo bastardo que lea o escuche mis afirmaciones hay ya como una rebotica o reserva indigna donde me guarda este agresivo insulto: el de que yo sea un *agente fascista en España*. La infamia de crearme o un insincero o un insensato. O de crearme comprado por Mussolini, por Hitler, o bien de crearme un majadero de la propaganda.

En cuanto a lo primero, he de advertir una cosa muy sencilla y muy fácil no ya de demostrar, sino de comprender: *la imposibilidad de un oro fascista*. El fascismo no puede comprar a nadie, entre otras razones por esta primaria: *que no tiene oro*. Que Italia es más pobre que las ratas. Y que si mantiene sus ensueños heroicos y religiosos en el mundo, es a costa de lo que saben todos los que conocen la verdad de Italia: de ilu-

(1) Nota de 1938.—Con lágrimas releo este alarido mío de angustia, lanzado en 1932. Es que yo sentía ya y veía ya a mi España asesinada, arrastrada... Veía el 18 de julio Pero mi ¡al arma!, de entonces, por fin ha florecido de bayonetas. Y ese Canto de guerra civil ha fructificado de defensores, de liberadores, ¡oh héroes y santos de España!

sión, de abnegación y de sacrificio. El oro fascista existe menos aun que el oro ruso. Porque eso del oro ruso es otra leyenda. Yo no digo que Moscú no mande algunas pesetas de auxilio. Los comunistas del mundo no son potentados precisamente. Pero suponer que Rusia *compra al mundo*, es trasladar sobre Rusia una mentalidad capitalista y burguesa que la invalidaría en el acto. A Rusia le bastan para comprar al mundo, al mundo del humilde, *sus monedas de ilusión y de piedad*. A un bracero andaluz, que pena de fatiga, de hambre, de miseria y de enfermedad, y ve pasar por delante al ricacho en automóvil o al socialista fumando puros, le basta una mirada simple de Rusia que le diga: “¡Ese bienestar para ti, para el Soviet!”, y ya lo tiene Rusia a su lado.

El oro en la política actual no puede utilizarlo más que quien lo tiene. Y quien lo tiene todos sabemos que no es Italia ni Rusia, sino el *Genio del Oro*, el de Occidente; el dios del Dinero, del Capitalismo, de la Banca; ese dios que se alió al *Dios de Israel* para su política financiera del mundo; Francia, Inglaterra, Estados Unidos. Sólo el oro de Versalles puede darse el lujo de comprar naciones, de inventar Estados, de azuzar *hechos diferenciales*. Sólo el oro de Occidente puede lograr una Checoslovaquia, proteger una Yugoslavia, animar una República Catalana, por no citar más cheques a la vista.

✧ ✧ ✧

A mí el fascismo—ya lo sabéis los que no lo supierais—no me ha dado oro ni oropeles, sino disgustos, terribles peligros, renunciaciones y sacrificios. ¡Yo no tengo nada que ver directamente con Mussolini ni con los fascistas de Italia ni de Alemania! Ya lo sabéis los que no lo supierais. Ni me interesa conspirar a su lado, ni que España cuchichee con sus Embajadas.

Pero, amigos míos, si yo hablo de bandera fascista en España, es bajo una sola condición: *que el fascismo para España no es fascismo, sino catolicidad*. Otra vez: catolicismo.

No os llaméis a engaño. Os lo vengo advirtiendo lealmente desde que he pronunciado la divisa genial de España: *César y Dios*.

Para España el fascismo no puede significar una especie de dependencia mediterránea de Mussolini. Tampoco un nidal de espías hitlerianos en Iberia.

Para España, la bandera del fascismo no es el *fascio*, sino *Roma*.

Para España el *fascio* existe antes de que lo clavara en su sombrero un Italo Balbo. Lo pusieron en su escudo nuestros Reyes Católicos. Su *haz* de flechas, en vez de estacas castrenses y lictorias. No necesitamos de símbolos prestados. Hemos sido nación un poco antes que la nueva y orgullosa Italia actual y que la prepotente Alemania. ¡Una pequeña diferencia de cuatro siglos!

Es cierto que en la actualidad estamos dejan-

do de serlo. Que la República española significa el *último* 98 de España, la última desvertebración de España. Y que necesitamos *fajar* de algún modo —otra vez— estos miembros rotos y sueltos. Pero para *fajarlos* rechazamos la habilidad felina de Occidente con sus encandilantes “federaciones ibéricas controladas”.

Para *fajarlos* de nuevo sólo aceptamos: ¡la reintegración de España a su ciclo secular e histórico! ¡La vuelta de los ideales eternos de España por un *César* y un *Dios!* (1). Los ideales armónicos que ya germinan desde antes de Cristo sobre el regazo de la Roma antigua. ¡Trajano, Júpiter tonante! Los ideales que se concretan y asientan definitivamente sobre el solar español, desde que los Reyes Germánicos de España sueñan con reconstruir el Sacro Romano Imperio.

Recaredo: siglo VI. Alfonso VII, “*imperator totius Spaniae*” (siglo XII). Alfonso X: siglo XIII,

(1) Nota de 1932.—En el caso concreto de una Cataluña, nosotros somos partidarios—de siempre—de una Cataluña libre, autónoma, aventurera, mientras no podamos volverla a enrollar a una empresa universal. La actitud demócrata y unitaria de algunos republicanos españoles (Unamuno, Ortega, Sánchez Román) nos parece monstruosa. El catalán volverá a hablar español cuando este lenguaje torne a ser otra vez cristiano. “¡Háblame en Cristiano!”, dicen aún los campesinos de Castilla frente a los extranjeros y dialectales. Esos campesinos, herederos populares de nuestra Gesta Del per hispanos. Ortega parla mucho de un “nacionalismo de alta envergadura”, de “una empresa incitante”. Pero, ¿cuál esa envergadura? ¿Cuál esa magna empresa? No será, desde luego, la empresa de Crisol (†) ni la de Luz, los dos periódicos de este nacionalismo sin médula nacional.

Nota de 1938.—Las larvas de ese nacionalismo sin médula, masónico, quedan aún sueltas en la nueva España nacional. ¡Hay que vigilarlas, españoles! Son los tóxicos con que los “intelectuales” nos volverían a adormecer para entregarnos al comunismo de nuevo.

¡el fecho del Imperio! La lucha de nuestro Alfonso el Sabio contra Ricardo de Cornuailles, el inglés, por el "*fecho del Imperio*", como él decía. Ese sueño que por fin lo realiza España, tras siglos de ansias (Alfonso V de Aragón el Magnánimo y Reyes Católicos), en el símbolo de *Carlos V, el César germánico al servicio del Dios de Roma*. Y con su hijo Felipe II. ¡Genio de España! ¡Triunfo de España en el mundo! ¡Grandeza y plenitud de España! ¡Vértice de España! ¡Brazo diestro de lo católico en el mundo. ¡Escorial: triunfo de España sobre el Occidente! ¡Lepanto: triunfo de España contra Oriente! (1).



España sólo podía admitir—y admitió y volverá a admitirlo—el *germanismo*, el *fermento rubio*, para ponerlo al servicio de una *religión sin razas*, basada en un *credo* y no en una *casta*.

Utilizando al *Ario*, en su capacidad mágica de *jerarquías*, de *organización* y de *invenciones mecánicas en la vida*.

Y para utilizar así el *fermento ario, rubio*, ¡no necesitó fundirse con *francos puros*, con *ostrogodos* raceadores, en amplias ganaderías humanas! Le bastó—¡oh señor maestro Ortega y Gasset!—

(1) Nota de 1932.—El profesor Ernst Curtius ha publicado recientemente (Zeitschr. f. rom. Phil. LII) un precioso estudio sobre "Jorge Manrique und der Kaisergedanke", donde aparece palpitante el ensueño y el ideal cesarista de nuestra Edad Media.

utilizar el ario feudal y egregio en esa mágica institución que se llama la *dinastía* (1). Y más tarde, en épocas de cruzamiento culturales: a través de la *mística flamenca* del norte.

Yo censuro la adopción integral y palurda de los sistemas ideológicos de Alemania para España. Eso es lo que hizo Sanz del Río y luego Ortega y Gasset.

En cambio, lo que me parece excelente es esa *renovación de espíritu occidental* que supone el contacto amoroso con lo germánico. La labor de Sanz del Río y la de Ortega y Gasset han sido fecundas para España, *a pesar de ellos mismos*. Si no hubiesen sido fecundas no estaría yo escribiendo este libro para dosificar tal aportación ru-

(1) Nota de 1932.—La palabra *dinastía* viene del griego: *dynasteia*. *Dynastes* o *dinasta* equivalía a Señor. Este título lo llevaron algunos oligarcas helenos y algunos militares romanos.

Pero pasó a formar—esta voz de mando—la esencia mística de las Casas reales o *Dinastías*, de esas especies biológicas del mundo medieval y moderno. Esto es: Instituciones basadas en el cultivo de la Sangre: laboratorios somáticos de dominio, destilerías automáticas y casi científicas (eugenésicas) de almas gobernantes, fábricas de Señores. Tales instituciones las asumió, casi siempre, el mundo germánico, el basado en la Sangre. La mayoría de las *Dinastías* o motores egregios de mando proceden del solar germánico, rubio, feudal, jerárquico. Sin embargo, los arios debieron tener derivaciones en el mundo oriental, en algo de los árabes y persas, por ejemplo. Sólo con esa doble mezcla señorial puede explicarse el señorío español de nuestro medievo. Así el Cid, cuyo nombre arábigo significaba una categoría germánica: señor feudal. Así debieron ser nuestros reyes y aristócratas medievales: mezcla de germano y árabe, morenos y de ojos verdiazules. Y tal vez con otro sedimento de calidad jerárquica: el judío. Pero predominando siempre en ellos lo germánico, lo dinástico. Por eso nuestros reyes y aristócratas tuvieron a tanto el descender de los godos.

En esa sublime extranjería de lo dinástico se basa el que—hasta los pueblos más primitivos, como ha mostrado Frazer—buscaron siempre Reyes extranjeros, alógenos, para dar solución a los conflictos internos y domésticos. Suponía ello "lejania", "jerarquía", "objetividad" en el mando.

bia. Como fué fecundo para nuestra mística el contacto con Ruisbroquio y Landulfo el de Sajonia. Como lo fué para nuestro pensamiento y para nuestra novela el contacto con Erasmo el de Rotterdam y con Lorenzo Valla el italiano. Como lo fué para nuestra pintura el contacto flamenco y florentino. Y para nuestra arquitectura el contacto gótico.

Sólo gracias a esa renovación de *libertad occidental* pudo el genio fanático y obscuro que nos dejara Oriente florecer en *Genio español*, en la magna riqueza — espiritual, material, moral — de nuestro Siglo de Oro.

Hoy ya se sabe que los reinados de Carlos V y Felipe II fueron épocas magníficas de *pensamiento, de ciencia, de virtud y de arte, de tolerancia y de armonía: De Humanismo y de Teocratismo.*

Que tuvimos matemáticos, geógrafos, filólogos, exploradores, capitanes, teólogos, pintores, escritores, arquitectos, mujeres, profesores, obreros, soldados, hacendistas, no sólo tan buenos, sino mejores que los demás del mundo. Eso ya lo saben hoy, no ya nuestros retóricos tradicionalistas—*cantores de los tiempos pasados porque fueron pasados*—, sino los historiadores objetivos y cada vez más generosos de la moderna investigación europea y americana.

VIII

EXALTACIÓN FINAL SOBRE EL MONTE DE EL PARDO

Termino este libro de exaltaciones españolas—simbólicamente y como sin querer—un atardecido del Corpus, sobre el monte madrileño de El Pardo.

Os confieso que el monte de El Pardo ha sido siempre como mi monte Tabor, siempre una incitación para mis transfiguraciones más íntimas y líricas.

Enraizado a esta tierra de El Pardo—encinas, cérvidos, sierra azul, olor a romero, a río y a pólvora de cacerías velazqueñas—, enraizado a esta tierra de El Pardo por parentesco de sangre y familiar, siempre lo he considerado como el generatriz de mi ser, de mi alma y de mi poesía, como si en él residiese el mejor genio de mi casta.

Y así es. Contemplando estoy la ermita del Cristo, famoso Cristo de El Pardo, yacente en urna de cristal, y entre tañer de campanas conventuales, Cristo rodeado de encinas. Y su cuerpo exangüe dominando el Palacio que construyó el César hispánico Carlos V. Palacio de pizarras, palacio

germánico que antecedió a El Escorial en intención y grandeza.

A mí me ha placido siempre más la exaltación de este monte de El Pardo que la de El Escorial.

El Escorial es un sucedáneo de El Pardo. El Pardo es el monte matricular de España, donde se cuajó la realeza, la monarquía y el imperio de España.

El Pardo es el Madrid medieval y feudal, corrido por monteros y caballeros del Rey cuando la monarquía luchaba aún con el moro y no tenía aún Corte exacta, residencia real fija; cuando la capital de España era aún campamental, trashumante.

Este Real Sitio de El Pardo es el antecedente de El Escorial.

Como El Escorial lo es de Aranjuez y de La Granja.

Y todos ellos—con las ciudades viejas y castellanas de Toledo, Segovia, Valladolid y Avila—constituyen la egregia corona de *Madrid*. Madrid, esto es: una corona de ciudades preciosas, con las gemas de los Reales Sitios. (Por eso la caída de Monarquía implica automáticamente la caída de Madrid. Y si Madrid no vuelve a la *villa y el madrueño*, casi al *municipio*, es porque le salva aún la Burocracia, o sea el último refugio de una ciudad capitalicia que es la burocracia, el madriguerismo. Piénsese que Madrid tiene un valor geomé-

trico y político. Y no un valor *natural*, como Londres, París, Roma) (1).

Por eso—desde este mi Tabor de El Pardo—, en este atardecido del Corpus veo a este *Cristo* que simboliza toda el alma cristiana, dolorida, abnegada y humilde de España. Junto a la sombra del *César*, que cabalga en aquel caballo que Tiziano le pintara un día. (Sobre el cielo, la estrella hesperal, la estrella histórica y augurante del César, la de Hesperia, la de España.)

Veo a Carlos V, nuestro hitleriano, nuestro *racista germánico*, con sus ojos color de lago y avidez de águila cabalgando entre encinas, encinas jupiterinas, árboles de Júpiter, árboles cesáreos. Cabalgando para defender el Cuerpo exangüe y moreno de este Cristo.

Veo al *César* pugnando por la *Cruz*.

Y esta visión estremecida, cuajada entre rumor de encinas y doblar de campanas, me hace pensar en que los oráculos de Grecia reconocían la llega-

(1) Nota de 1938.—Sobre el sentido histórico de Madrid—y su símbolo en España—deben leerse mis "Exaltaciones sobre Madrid". (Ediciones Jerarquía, 1937.)

Madrid ha podido ser la tumba del fascismo como gritaba el genio bolchevique de Oriente. Pero ha sido, como proyección espiritual, de sus orígenes escurialenses, la tumba mundial del comunismo.

No se olvide que este libro mío tuvo su inspiración: en Madrid. Que en Madrid salió "La Conquista del Estado". Y en Madrid, se fundaron las J. O. N. S. Y la Falange. El esfuerzo inmenso de todas las demás regiones españolas por reconquistar Madrid—"cueste lo que cueste"—y el esfuerzo internacional para ayudar a esa reconquista en forma de Cruzada, indica al más ciego que Madrid ha sido el "objetivo del mundo" en esta guerra.

Una meta—más que histórica—espiritual.

da de la divinidad genial justamente porque las encinas susurraban y los bronces vibraban.

Por eso en este Tabor de mi Pardo siento que algo profético y delirante me asciende desde las entrañas de esta tierra, que son mis propias entrañas.

Un grito que pudiera expresar toda esta profecía iluminada:

¡Españoles! ¿No creéis que los Genios eternos del mundo vuelven a extenderse por el mundo en rangos de batallas y tormentas, como las nubes por el cielo?

¿No creéis que en este mundo guerrero que se avecina, España podría volver a asumir otra vez su papel directriz?

¡Yo os aseguro que lo que os digo no son locuras, insensateces, caprichos ni desvaríos! ¡Yo os afirmo que no son malabarismos historicistas e insustanciales!

Españoles: por primera vez desde tres siglos ¡hay un alma española que os promete seriamente, fundamental y fundadamente, optimismo, grandeza, reconstrucción y genialidad! Imperio (1).

• • •

(1) Nota de 1933.—La consigna de "Imperio" lanzada por este libro en los momentos más antitimperiales de España—los de la República social-demócrata del 14 de abril—pareció entonces una locura o un desvarío de poeta. Pero nosotros los poetas somos, a fin de cuentas, los hombres más prudentes y sen-

¡No sonriáis, no vaciléis por pensar que la situación actual de España es otra que la de nuestro Quinientos!

¡Es la misma! Y es la misma porque luchan sobre España las mismas potencias del Quinientos Oriente y Occidente.

¡Y es la misma porque Roma ha despertado en el mundo y nos llama al corazón y al sexo, al genio!

***¿Qué creéis? ¿Acaso la España de los Comu-
neros era distinta de la de ahora?***

satos de un pueblo. Ignoraban aquellos social-demócratas que el "Imperio" era la única fórmula capaz de superarles su lucha de clases. No ahora, con los llamados regimenes totalitarios, sino desde que el mundo es mundo.

Nosotros—los imperiales—no ignoramos en cambio que la lucha de clases es una realidad eterna en la Historia. Porque siempre ha habido débiles y poderosos, feos y guapos, tontos e inteligentes, cobardes y valientes. Y siempre existirá la lucha y el odio, del miserable, del feo, del tonto y del cobarde contra el pudiente, el apuesto, el capaz y el hombre bravo.

Sólo ha existido en el mundo un sistema eficaz para superar ese encono eterno de clases: y es: trasladar esa lucha social a un plano distinto. Traslada-la del plano nacional al internacional. El pobre y el rico de una nación sólo se ponen de acuerdo cuando ambos se deciden a atacar a otros pueblos o tierras donde pueden existir riquezas y poderes para todos los atacantes. El sentimiento de igualdad social que origina toda lucha de clases sólo se supera, llevando esa igualdad en el ataque a otros países que son desiguales a nosotros. Esa expansión de pobres y ricos de un país, contra otras tierras, es lo que constituye la motivación íntima del Imperio.

No hay dónde elegir: o se es comunista en el mundo o se es imperial.

España sólo terminó sus luchas sociales del siglo XV con la expansión imperial hacia Africa, América y Europa. (Nuestra unidad nacional fué imposible mientras no encontró horizontes expansivos.)

La Italia de Mussolini sólo fajó su unidad interna en vista de la inter-
vención imperial en Africa y ante Inglaterra. Y así la Alemania de Hitler. Y el Japón actual. Y los propios Estados Unidos. Y el inglés de la Reina Victoria. Y el francés de Napoleón, tras la Revolución francesa. Por eso es tan impres-
cindible para un pueblo que acepta la consigna de "Imperio" mantener una moral militar y escapar de todo peligro obrerista, jurídico, civilista, pacifista. Sobre el desarrollo de esta consigna de Imperio debe leerse el fascículo excelente de A. Tovar "El Imperio de España".

La España de los Comuneros era tan separatista, en el fondo, como la de ahora. (Francia la rondaba sus zancajos, como se los rondó en la guerra de la Independencia y se los ronda ahora.)

Aquellos Fueros trajeron estos Estatutos.

Y era España tan pobre—¡mucho más pobre!—que la de ahora. ¡Y tan palurda—mucho más palurda—que la de ahora!

Pensad que aquellos españoles que saltaron con salto de tigre sobre el mundo no conocían más que el campanario de su pueblo. Al final del siglo XV España era un país de gentes que se habían pasado los siglos pegándose con los moritos en un constante Annual y Alhucemas. Que cada ciudad española era una especie de Tánger.

Y, sin embargo, de un salto esa España se vuelca sobre Europa, América, África, Oceanía. Y las conquista. Y llega a civilizar continentes. Y españoliza a Europa. Ese era y es el genio de España: borrar hechos diferenciales, dejar nombres de naciones, de modas, por el mundo. Esa es la europeización de España. Esa es la soberbia española que pudo adquirir el pobre y enteco español de la España comunera (1).

(1) Nota de 1932.—Conocidas son las Redomontadas de Brantôme sobre la soberbia española. Y los datos sobre ella que ofrecen: Herrero García en sus Ideas de los españoles en el siglo XVII; Américo Castro en su Pensamiento de Cervantes, y Ortega y Gasset en un ensayo sobre La soberbia española. Ved, sin embargo, un testimonio vivo de la época. El de Castiglione:

“Mirá los españoles..., deci si hallaréis muchos que no traigan consigo una soberbia y una fantasía loca dondequiera que se hallen con hombres o mujeres.” Esa soberbia degenerada es lo que constituye hoy nuestro famoso señoritismo y nuestra chulería.

Recuerdo que estando pescando el año pasado en el lago de Oggiono, al pie de los Alpes lombardos, me enteré por un libro local de que aquella pesca en el siglo XVII se pagaba... a Madrid. Y pude ver en Como una estatua de Cardenal protegiendo una "ragazza" contra el terrible Don Juan hispánico... ¿Y en Nápoles? ¿Y en Luca? ¿Y en las llanuras holandesas, y en los campos belgas, y en el Canal de la Mancha, y en el Danubio, y en el Helesponto? ¿Y en América entera? ¿Y nuestras queridas Filipinas? ¿Y Túnez?

¿Y esas villas francesas victorhuguesas de Besançon, vielle ville espagnole? ¿Cartas de Américo Castro y el profesor Viñas, desde Francia, señalándome nostálgicamente huellas españolas en el Franco-Condado, en la Borgoña... para estudiarlas filológicamente!

Nada de nostalgias. El español debe volver a Europa ¡como volvió antes! Y debe volver siempre. No a mendigar. Sino a ofrecer y a dominar.

Me diréis que el español del Quinientos había almacenado un entrenamiento de triunfos militares sobre el moro.

Pero decidme: ¡y el depósito de rabia y desesperación que hemos almacenado los españoles de hoy después de tres siglos de bofetadas, de vilezas, de derrotas y de amarguras!, ¿no es una fuerza quizá mayor que aquélla?

Me diréis que el español del Quinientos luchaba con armas iguales a las de otras naciones.

Pero decidme: ¿no tendremos otra vez al ingenioso tudesco o al circunstancial britano para suministrarlas, y al ginovés para administrarnos las fuerzas y las economías? “El español nació para mandar” (1). Ya lo sabéis. Todo eso de la economía y la técnica se pide en auxilio y en servicio. Lo que no se puede adquirir es el genio del mando y de universalidad. Y para que ello sea otra vez posible, ¡reunamos todos nuestros haces de defensa nacional, genial!

¿Cuáles esos haces? ¡Vedlos! (2).

Ante todos, esos núcleos de españolidad, con genio de España, que no se resignan a perecer ni en la Democracia, ni en el Comunismo. Esos núcleos sociales, con genio de España, que se alistan en el Anarco-sindicalismo, de un lado, y en el Tradicionalismo, de otro lado.

“¿El anarco-sindicalismo fuerza de nacionalidad hispánica?”, me dirá alguien asustado. ¡Sí! El anarco-sindicalismo, en cuanto que se le saque de su vago callejón, confusamente internacional y sin salida. En cuanto se le haga Nacional a ese Sin-

(1) Nota de 1932.—Ese es el genio de Castilla. Soldados y Misioneros. Funcionarios y Señoritos. Madrid es el campamento de la meseta. Que vive sin Industria ni Agricultura. De gobernar a los demás. Gentes prontas al señorío y al ataque. Todos nuestros vagos, golfos, señoritos; todos nuestros castizos parados están pidiendo rancho y pistola, fusil y botín, enchufe y fiesta.

Nota de 1938.—Así ha sido nuestra guerra. El ingenioso tudesco y el circunstancial ginovés o italiano han sido las fuerzas legionarias que flanquearon nuestro choque, nuestro despertar.

(2) Nota de 1938.—La enumeración de esos haces españoles de salvación que yo prevía entonces son los que, exactamente, se han dado en nuestro Movimiento. Son hoy, los nervios de nuestro triunfo.

dicalismo. Piénsese que la fórmula anarco-sindicalista es el refugio más auténtico que ha tomado el catolicismo popular en España. Esa enorme contradicción de ser anárquicos de una parte y sindicalistas de otra parte indica al más ciego la fórmula substancial del genio popular español: individualista y autoritario (1).

Por eso el anarcosindicalista es el refugio popularísimo de la tradición heroica de los conquistadores de América, de los combatientes contra el sarraceno, de los guerrilleros contra Napoleón, de los toreros, de las chulitos castigadores y apasionados, de la gente con sangre en las venas. Los pistoleros no son delincuentes vulgares. Por eso, miradas avizoras y profundas que saben calar lo hispánico los han reverenciado a esos pistoleros, que son algo más que aventureros y golfos. Pío Baroja ha mostrado en su novela sobre la sublevación de Vera la muerte de unos cuantos de esos valientes, destacando en ellos un estoicismo y una virilidad que sólo tuvieron los héroes de vieja cepa española, senequista. Por eso yo he exaltado "lo chulo" como una categoría hispánica de gran estrato racial. La "chulería" es el heroísmo hispánico degenerado. Pero heroísmo al fin, que puede regenerarse un día. En cuanto se le dé una alta meta

(1) Véanse mis análisis de esta esencia española en mis estudios Loyola y Lenin, El anarquismo y España, Tres defensas nacionales: Lo Chulo, el Crimen apasionado y lo Cavernícola, publicados en El Robinson Literario de España (1931-2).

nacional. De ahí que el anarcosindicalismo se le considere como el partido más español y característico del obrerismo español. O sea: ni socialista (Occidente) ni comunista (Oriente). Es un partido trascendentalmente católico y heroico: español (1).

En cuanto al socialismo y al radicalismo, si no como partidos, pueden dar—como conglomerados de fuerzas—haces valiosos de disconformes, de almas que sientan cada vez más “lo nacional” “sobre lo internacional”, que sientan cada vez más “lo heroico” sobre “lo burocrático”.

Lo mismo digo del Tradicionalismo, ese núcleo que pervive en España, defendiendo una Monarquía y una Divinidad puras, intactas, sin bastardías. Los tradicionalistas han sido los únicos elementos de derecha que han dado sus vidas y sus pechos frente al Estado policiaco del liberalismo. Son como los anarcosindicalistas del otro lado. Y por eso no es extraño que a veces se alíen instintivamente.

Junto a estos haces de defensa genial deberán acudir los elementos religiosos que crean aún en la posibilidad de una Santidad en el mundo. ¡No los clericales, no los burócratas, los socialistas de la Iglesia! Sino los místicos, los abnegados, los nuevos depuradores y reformadores de órdenes mo-

(1) Nota de 1938.—Esta es la base ideológica y espiritual en que se fundó la política nacional-sindicalista de nuestro Movimiento. A la argumentación de esta página deberá recurrir quien desee saber el origen espiritual, la base ideológica, del nacional-sindicalismo en España.

násticas, los que vean la Cruz en forma de salvación social y de redención ante la muerte.

Deberán acudir los elementos militares que crean aún en la posibilidad de un Heroísmo en el mundo. ¡No los militares de oficina! Sino los bravíos, los "antiguos combatientes" (1), "los fanáticos del Deber, de la Santa Disciplina, los que vean la Espada en forma de sacrificio y de cruzada.

Deberán acudir los elementos aristócratas que sueñen en una renovadora fe sobre su Casta, que crean en la mística del linaje, en la Nobleza a que la sangre obliga. ¡No los señoritos! Sino los que quieran ser nuevos señores: duques, porque conduzcan de nuevo a su pueblo; marqueses, porque marquen una nueva frontera heroica en la nación; condes, porque acompañen a un nuevo Príncipe, sano y viril, en su misión divina.

Deben acudir las mujeres indomables de España, que son la mayoría. Indomables: frente al Oriente, que no logra hacerlas esclavas, mujercosas. Indomables: frente al Occidente, que no logra hacerlas mujeres públicas, libres, sueltas y hostiles al varón (2).

(1) Nota de 1933.—Esta obsesión mía de "Los Combatientes" nace desde mi primer libro en 1923, "Notas marruecas de un soldado", se renueva en estas líneas, y prosigue hoy. Mi exaltación del Combatiente, no puede ser en mí una simulación, ya que es el mismo nervio de mi predicación espiritual de siempre. (Véanse los números del periódico de Frente redactado por mí, con este título: "Los Combatientes".)

(2) Nota de 1932.—Véase mi explicación de la Mujer española en mi Folletín dieciochesco "Las Mujeres de Cogul" ("El Robinson Literario de España", 1931-2). En esta explicación va analizado el mito de San José, que es el culto nacional de la mujer española. Así como el de la Inmaculada lo es del hombre español.

Deberán acudir los estudiantes, profesionistas, intelectuales y políticos que vayan sintiendo el corazón cada vez más seco de decepciones, más vacío de poesía, de aliento, de sed de gloria y de universalidad.

Deberán acudir—en haces estrictos, férreos y místicos—todos aquellos elementos nacionales que sientan en sí germinar el genio fecundador de España.

Yo no digo que inmediatamente un nuevo César germánico fundido al Dios de Roma tome a España en su diestra, como una lanza (1).

Pero auguro qué batallas de San Quintín tornan a aparecer a lo lejos. Y nuevas batallas de Lepanto (Occidente y Oriente).

Auguro que está llegando la hora de una Cruzada en el mundo. Que el sepulcro del Cristo en el mundo se pierde y se pulveriza. Y los bárbaros vienen. Y los grandes ciclos históricos de pueblos se preparan.

Si un Mussolini sabe conducir un ciclo católico en el mundo próximo, ¡que lo conduzca! Pero si

(1) Nota de 1932.—Es curioso que estas intuiciones históricas las vayan teniendo más almas históricas. Compuesto este libro, aun me da tiempo para registrar una simple nota de la página 18, pertinente a la obra "La Bussola dell'Hidalgo", de Stefano Molle, que acabo de recibir. Y en la cual sitúa la actualidad española como en el siglo XVI. "La caduta dei Borboni d' Spagna, semplificando una quantità di problemi e fra gli altri quello dell'Unione Europea, ossia dell'Impero, se riporta, con nuove forme, alla situazione storica di Carlo V".

Nota de 1938.—Así ha sido. Lo germánico fundido a lo romano ha tomado a España en su diestra. Y ha vuelto a dar gloria y triunfo a España.

cae y su Roma se deja otra vez invadir por el francés, deberemos ir al saco de Roma otra vez los españoles y librar nuevas Pavías.

Porque los Genios del Mundo son como las nubes por el cielo. Siempre iguales. Tornando siempre y retornando, en rangos de batallas y tormentos. Desde que el mundo es mundo.

Yo sé que todas esas voces mías proféticas y augurales están ofendiendo profundamente a muchos españoles. A todos esos españoles de segunda sangre, que son los bastardos. Los que se indignan, no ya de pensar en una España otra vez ecuménica e imperial en la historia, sino hasta de que haya alguien que pueda soñar y pronosticar una España así. Su indignación y su protesta y su llamarme insensato o loco serán los mejores signos de su bastardía y de su resentimiento.

Pero vosotros, ¡los genuinos, los fieles, los puros de nuestra casta, ¡escuchadme, y no en vano!

¡Fe, clarividencia, coraje, optimismo! El Genio de España, con sus milenios de muertos, está llamando a nuestros corazones en ascua viva.

Escuchad el evangelio hispánico, que habla a nuestros pechos con claridad definitiva ya:

*Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.*

¡Voz viva del inmortal poeta nuestro! Evangelio hispánico: Al Príncipe la vida y a Dios la libertad, el alma. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

¡Sed CATOLICOS E IMPERIALES! ¡CESAR Y DIOS! Esta es la voz de mando. Vosotros, y sólo vosotros, ¡volved a creer en vosotros!

Y el Genio de España volverá a renacer, ¡como un milagro!, sobre vosotros, sobre la tierra de España. ¡Resucitando a España!

Y—como Genio universo que es—resucitando también al mundo. A este mundo que me parece verlo perecer, como veo perecer el crepúsculo rojo de esta tarde del Corpus sobre mi Tabor de El Pardo.

INDICE

	Págs.
Nota para esta 3. ^a edición	7
Nota para la 2. ^a edición	15
Introducción	17

PRIMERA PARTE

Los Nietos del 98 (Notas a Unamuno)

I.—Filiaciones	25
La hora de las almas nietas	26
II.—Los Trece Pactos de España	29
III.—El concepto de "98"	35
El concepto de "España"	36
IV.—Máxima España, yema del mundo	41
Los primeros estupores del siglo XVII	44
V.—Los Cinco Remedios	51
1) El remedio de Trento	52
2) El remedio Económico	57
3) El remedio de la Cultura	59
4) El remedio de la Libertad	62
5) El remedio de lo Indígena	63
VI.—La experiencia total de la República española	65
La generación amortiguada	66
Mi grito	67
¿Muere o resucita España?	69

SEGUNDA PARTE

Los huevos de la Urraca (Notas a Ortega)

Textos elementales	73
La última sarta o el martirio de San Sebastián	75
Deber por encima de Devoción	76
Un libro tímido	78
Análisis	81
Las dos zonas de la equivoques	82
La zona oscura	83
1) El tema de la decadencia	83
2) El tema de lo "franco"	84
3) Roma y Castilla	90
4) El tema de "lo selecto"	91

	Página
La zona perspicaz	95
1) Roma	96
2) Los pueblos pequeños y bárbaros de la trasguerra	98
3) Cesarismo	99

TERCERA PARTE

César y Dios (Notas una inventad con genio de España)

I.—Bastardía	107
Nuestro conejo de Indias	110
Izquierdas y Derechas	120
II.—Encuentro con mi Madre	123
Los bastardos de d'Arcilla	125
El drama de lo moderno	131
III.—El secreto de todo nacionalismo	134
1) El secreto del Führer alemán: Hitler	138
2) El secreto del Ghazi otomano: Mustafá Kemal	144
3) El secreto del Padrecito ruso: Lenin	151
4) El secreto del Duce italiano: Mussolini	157
IV.—España, la esfinge sin secreto	170
¡Admirable Francia, enemigo admirable!	178
V.—Los tres genios del mundo	194
1) Genio de Oriente	197
2) Genio de Occidente	202
3) Genio de Cristo	209
VI.—Genio de España	
Exaltación y humildad	226
Hacia una objetividad en la esencia de España	228
España y su experiencia islámica	229
España y su experiencia ariana	231
Razas, ideas, partidos: modalidades de combate	232
Prehistoria española, razas en lucha	233
Los celtiberos	234
Certamen de la Antigüedad en España	234
El regalo romano	235
Pruebas y demostraciones genéticas	238
El turista ante España	241
Los mitos de sustitución	243
La bastardía de las "Izquierdas" españolas	245
La bastardía de las "Derechas" españolas	248
Resunción	257
Mi angustia reformadora	258
VII.—Las tres banderas	260
1) El comunismo y España	261
2) La democracia y España	263
3) El fascismo y España	265
VIII.—Exaltación final sobre el monte de El Pardo	273



EDICIONES JERARQVÍA

MCMXXXVIII